

Z/13135 : [M4], 693 (1925)

FRAY MOCHO



“TARDE DE SOL”

Por B. CARLOS DELGADO ROUSTÁN

UNA SENCILLA

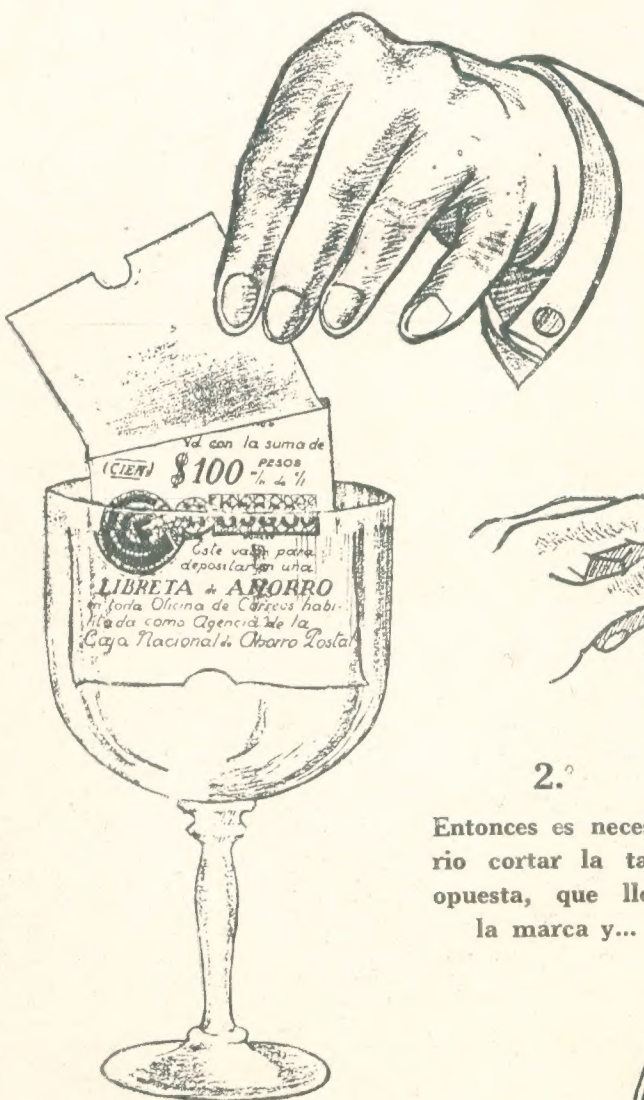
operación debe
efectuarse para
obtener el

BONO



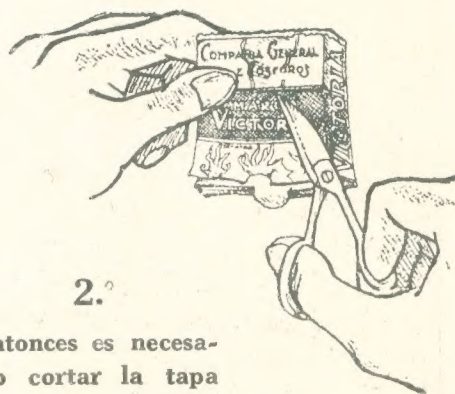
1.º

Si al romper la figurita ve su interior manchado es porque tiene premio.



3.º

sumergirla en agua para obtener el bono de ahorro.



2.º

Entonces es necesario cortar la tapa opuesta, que lleva la marca y...



Hay siempre en circulación para depositar en
la CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL



\$ 100.000 EN BONOS
DE AHORRO

en las cajas de fósforos de la

COMPAÑIA GENERAL DE FÓSFOROS

**LIMA, 239
BUENOS AIRES**

FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 4 de agosto de 1925

Berlin

Núm. 693

Odio implacable

DESDE el día en que los franceses, el año 1796, habían entrado en Bolonia, proclamándola libre del dominio de la iglesia, el conde Nicolás Rocadiferro, más conocido por el conde Nicolino, gracias a su atildada persona y a su voz un sí no es aflautada, el conde Rocadiferro, decíamos, se había convertido en el más implacable enemigo de Napoleón.

Bonaparte. ¡Bueno estaba aquel señor que se hacía llamar primer cónsul! ¡Hacerle la guerra al vicario de Dios en la tierra y llevarlo prisionero a Francia! ¡No era esto más que suficiente para entenebrecer todas las glorias del fundador de la república Cisalpina y llamar tristes a aquellos días que tal abominación habían contemplado!

—¡No!—aullaba casi, con voz aguda y lacrimosa, el ilustre Nicolino.—¡No! ¡Los grandes dominadores, los reformadores de pueblos pertenecen a otra raza! No surgen del montón, sino de familias cuyos jefes estaban avezados a ser conductores de ejércitos, a conquistar y gobernar; eran la flor y nata de una nación. ¡A qué tiempos se había llegado! ¡Semejante a éste—añadía—eran los invasores bárbaros... colosos de barro, histriones convertidos en tiranos!

—¡Silencio, por caridad, señor conde, prudencia! El señor conde seguía gritando y sus contrincantes le respondían:

—Napoleón ha salvado la Francia.

—Salvará al mundo. El mundo entero está con él. Entonces abandonando la historia civil, el conde Nicolino se aferraba a la historia natural.

—¡No habéis visto alguna vez una manada de caballos en estado salvaje? Se lanzan locamente a la carrera, hacen irrupción en todas partes, todo lo destrozan y arruinan hasta que se detienen exhaustos por la fatiga. Y después ¿a quién siguen, hasta que llega el domador, el refrena locos? ¿A quién? Al más loco de todos.

Los contrincantes del conde gritaban a su vez:

—¡Loco Napoleón! ¿Loco el primer cónsul?

—¡Loco, loco de atar! Y os lo podría demostrar con la lógica.

Cierta día uno de sus adversarios le preguntó:

—Con qué derecho, señor conde, juzga tan mal al ciudadano Napoleón Bonaparte?

—Con qué derecho? En el acto contesto.—Y como una exhalación lo vieron correr hacia su palacio, situado casi frente a la relojería donde se celebraban esas agitadas reuniones, y volver con un inmenso volumen encuadrado en tafilete rojo con adornos de oro. Lo enarbolaba como una bandera, lo presentaba ante sus contrincantes como un escudo. En el frontispicio podía leerse:

“Historia de la muy ilustre familia de los señores condes de Rocadiferro, escrita por el reverendísimo monseñor Onofrio Moruzzi y dedicada al ilustrísimo señor conde Lucio Rocadiferro.”

Y abajo el escudo con su corona, sus cuarteles y su flor de lis.

—¡Esta es historia! ¡Historia auténtica! ¡Historia genuina! Todos la pueden leer.

Nadie mostró deseos de hacerlo, de modo que el conde se vió obligado a referir con elocuentes rasgos, las cosas más dignas de memoria, con-

El reloj revelador

Por J. LOMBARD

(Ilustración de Rojas)



tenidas en la obra de monseñor Moruzzi.

Cuando falleció el pontífice Pío VI cruzó por la mente del conde la idea de que el papa había sido envenenado y cuando se supo la elección de Pío VII para ocupar el trono pontificio, el conde entró como una exhalación en el taller gritando aflautada y nerviosamente.

—¡Tenemos el domador! ¡Ahí está ya el refrena locos! Pío VII es de Rumania. Viva el dominador. Pronto veremos cosas sorprendentes.

Tan sorprendentes, tan incomprensibles fueron los acontecimientos que se sucedieron, que nuestro conde estuvo a punto de perder la cabeza.

Una mañana sus adversarios agitaron ante su cara una gaceta que traía la sensacional noticia.

El refrena locos salía para Francia a coronar emperador al ciudadano Bonaparte! ¡Qué catástrofe! ¡Qué decepción! ¡Qué escándalo! Nicolino no quiso creer. Cuando el desastre de todas sus esperanzas se confirmó, no se inmutó, no lloró; se llamó a silencio y con el coraje de un Rocadiferro del año 1482, se encerró en su palacio, dando órdenes a los criados de preparar maletas y baúles. ¡Se iba a la montaña! Empezaba el invierno pero él necesitaba aire fresco...

—Aquí uno se sofoca. Aquí se vuelve loco. El mundo todo es un gran manicomio. Vamos, pronto.

No quería ver más a sus adversarios insolentes ni oír aquel nombre execrado.

—Vamos. A Monterenzo.

Fuera del mundo

En la villa Monterenzo, del antiguo castillo no quedaban sino las paredes externas; en el interior se habían hecho sucesivamente diversas restauraciones a gusto y comodidad de los varios ocupantes, que se sucedían siglo tras siglo, predominando la amplitud grandiosa del seiscientos.

El conde se refugió allí, solo, con tres personas de servicio, ocupando pocas habitaciones, mientras las otras permanecían herméticamente cerradas.

Los únicos que en muy contadas ocasiones lograban acercarse al conde para acompañarlo durante las veladas, eran el buen párroco de la

aldea vecina, tributaria en otros tiempos del castillo, el sastre y el zapatero. Criados y visitantes tenían una severísima consigna: nadie debía atreverse a hablar ni siquiera a nombrar al que entonces gobernaba en Francia.

Estaba visto que nuestro conde estaba en perfecto desacuerdo con Napoleón y nadie se maravilló de ese entredicho a que se obligaba, “mota proprio”, con el primer cónsul.



Al principio, durante las largas horas de la noche, la conversación giraba alrededor de la crónica aldeana y las variaciones de la estación. Hasta allí llegaban los ecos de la política y de los acontecimientos mundiales, pero los visitantes no querían tocar esos temas y el conde prefería aburrirse antes que claudicar de sus ideas.

Cuando llegó la época de las grandes nieves fueron imposibles las reuniones de la noche y durante el día el conde se veía obligado a pasarlo encerrado.

Al ocio siguió inevitablemente el aburrimiento. Y durante las largas jornadas y las noches eternas, el conde Nicolino, solo, enfermo de tedio, abrumado por aquel silencio absoluto que reinaba en su alrededor, gozaba con íntima fruición comparándose con el emperador plebeyo, compadeciéndole por el boato de su corte, feliz él en su soledad, juzgando que había algo más grande y consolador que una corona arrebatada y consagrada por la fuerza: una partida a la brisca!

Quería sin embargo olvidar a su enemigo abandonándolo a su destino. Para olvidar era preciso emplear sus ocios en algo que le distrajera el pensamiento preocupándolo constantemente.

Una idea fulguró en su mente. El tenía alguna práctica en un buen oficio adquirida durante sus largas visitas al taller del relojero: desde ese momento se propuso ocuparse en arreglar relojes.

En pocos días instaló su taller contiguo a su dormitorio y con el santo ardor del conde Lucio, su padre, puso manos a la obra empezando por componer el reloj del buen párroco que cansado sin duda, como su dueño, de largos servicios, marchaba con lentitud desesperante.

El viejo reloj

En vano el conde quería olvidar a su mortal enemigo, y olvidar sobre todo el trastorno producido en el régimen político con el entronizamiento de lo que él llamaba la resaca, la escoria, los bajos fondos de la sociedad.

Sus razonamientos saturados de silogismos, de deducciones, sustentados por los ejemplos de la historia, acompañaban sus funciones de relojero mayor, como si la mente tendiera a cosas más nobles que pulir ruedas o apretar tornillos, mientras el pobre conde se aferraba a la idea de que con estas ocupaciones se olvidaba de Napoleón y sus secuaces. Se engañaba a sí mismo. La obsesión lo perseguía sin cesar.

Un día llegó a las habitaciones que fueron de su madre: ahí estaba el gran reloj de péndulo... un reloj famoso por su regularidad... Cuando niño gozaba en ver oscilar el péndulo luciente como un sol de oro y en contemplar las flores que adornaban el cuadrante... Se había olvidado: ahora quería verlo de nuevo, limpiarlo, ponerlo en movimiento y hacer que se oyeran las vibraciones de su campana.

Logró al fin su intento y con el mismo orgullo con que uno de sus antepasados hubiese llevado el parte de una victoria a su señor y rey, dió cima a la tarea contemplando con visibles muestras de alegría la solemne y acompasada marcha del arcaico reloj.

Pensó entonces que ese recuerdo histórico, ese venerando mueble, orgullo de generaciones pasadas no podía volver a ser depositado entre los trastos viejos del castillo. Era preciso darle sitio preferente y al efecto eligió en su habitación el que ocupaba un gran cuadro que en el acto fué retirado. Y en medio a la vasta pared,

Una obra de Delgado Roustán

En la cartula de nuestro número de la fecha, reproducimos una de las obras de que es autor Carlos Delgado Roustán, joven pintor argentino — hijo de Entre Ríos — radicado en esta capital desde hace tiempo y favorablemente conocido en nuestros círculos artísticos.

Delgado Roustán, que cultiva especialmente y con acierto el paisaje, lleva producidos muchos y

bellos trabajos, de los que algunos que han figurado en el Salón Nacional y en las exposiciones celebradas en Rosario y La Plata han merecido juicios elogiosos de la crítica.

En la última exposición municipal de artes decorativas, realizada en el Pabellón de las Rosas, una obra de nuestro compatriota fué premiada.

solo, el viejo reloj, al mediodía en punto, volvió a cumplir el ejercicio regular de sus graves funciones.

Terrible misterio

Tic-tac, tic-tac. Al compás de ese pausado y monótono ruido el conde trabajaba afanosamente no sin que su mente divagase por los campos de la política, llegando, mal de su grado, a fijarse en lo que constituía su eterna pesadilla.

¡Napoleón! ¡Napoleón! Bueno estaba si, el tal primer cónsul con sus promesas maquiavélicas de "libertad" y "fraternidad"... "Ese" (Napoleón) no se distanciaba en nada según el conde, del asesino que mata por interés o pasión...

Tic-tac, tic-tac... Cosa rara. Al conde Nicolino, durante sus largos soliloquios, le había parecido advertir que el golpeo del péndulo tenía una resonancia especial, como si vibrara sobre una caja armónica.

Tras largo discurrir vino a cuentas de que la causa de esa insólita vibración, de eso que para él era un fenómeno de acústica, no podía residir sino en la pared, y golpeando con los nudillos de sus dedos advirtió que aquel muro en determinado espacio sonaba a hueco. ¿Acaso allí estaba disimulada alguna puerta o ventana secreta? Una puerta no, porque la pared era externa; una ventana tampoco, porque se advertía que el hueco partía desde el suelo.

No hubiese el asombrado conde continuado en fatigar la mente para descifrar aquel misterio sino hubiera advertido que aquel espacio hueco había estado cubierto precisamente por el cuadro que debió retirar para colgar el reloj.

Parecía que se hubiese puesto allí de intento para ocultar mejor la pared vacía. ¿Había allí oculto algún tesoro? Para responderse a sí mismo el conde abandonó a su destino por unos momentos a Napoleón... descolgó el reloj; después con un martillo y un escotafierro, de los que en el taller había en abundancia, horadó el muro hasta dar con un ladrillo que consiguió hacer desprender sin mayor dificultad.

Parecía que manos inexpertas habían tapiado aquel hueco y con materiales tan simples que pudo en poco tiempo hacer una abertura considerable.

Y en el hueco... ¡oh maldita curiosidad! en el hueco surgió una visión macábrica: un cráneo sostenido por un esqueleto, con un puñal clavado en el pecho, el que cayó por tierra apenas fué removida la pared. Y la calavera parecía reír mostrando su dentadura blanca y nítida, con dientes atilados...

Entonces el conde Nicolino no quiso ver nada más. No gritó, no lloro, no sollozó siquiera; salió rápidamente y cerrando con llave la puerta, corrió en busca de aire, pues sentía que se ahogaba y que se le embotaban las ideas.

Aquella noche el conde hizo que un criado durmiera en la antecámara pretextando, y era cierto, que estaba enfermo.

El conde pudo tranquilizarse algo cuando amaneció consolado por una de estas esperanzas: o el asesinato se cometió antes que el duque Galeazo hubiese donado el castillo al fundador de la dinastía de los Rocadiferro, o un miembro de esta familia había sido obligado al homicidio acaso por legítima defensa.

De esto obtendría la prueba en algún documento que encontraría en el mismo nicho donde estaba el esqueleto.

Lo único que el conde encontró tras larga fatiga, fué un par de pequeñas pantuflas de damasco amarillo recamadas en oro! No había duda alguna. La víctima era una mujer. Aquellas pantuflas, por su estado de conservación y el estilo de su bordado, denotaban que el crimen era de fecha bastante próxima... Luego un Rocadiferro era el autor del crimen. ¡Horror! Si los contrincantes políticos del conde hubiesen sospechado esta tragedia... Buena estaba la historia de los Rocadiferro que, él Nicolino, pretendía que todos podían escudriñar...

En un gesto supremo de indignación y al mismo tiempo de temor, arregló como pudo aquellos escombros, ocultó el esqueleto que se había desmoronado falto de apoyo, y cubrió la pared con el cuadro que en mala hora quitara para colgar el reloj revelador.

Revelación

Después volvió a tu tarea de relojero, no sin que le persiguiese constantemente la visión del esqueleto y la idea de averiguar el misterio que envolvía aquel crimen, porque indudablemente de un crimen se trataba.

Cierto día el reloj, debido a un movimiento precipitado del conde, cae de lo alto de su escribanía, saltando la esfera que rodó por tierra y abriéndose como por encanto una tapa secreta en la caja.

El conde no sueña: allí en el fondo de la caja hay una carta... Es una hoja amarillenta. Cuando la desdobra lee en rasgos femeninos de carácter antiguo la siguiente declaración:

"Mi señor y esposo, dominado por los celos, quíreme dar la muerte. Juro in visceribus Christi, ser inocente. Los que aquestas líneas leyeren algún día, ténganlo por sabido. Ayunos, mi alma de consuelos y mi cuerpo de alimento, estoy aprisionada, sin que mi conciencia me acuse de culpa alguna.

Perdónele Dios por amor de los suyos, y mis hijos que mis ojos no pueden ver.

Domitila de Rocadiferro.

A los doce días del mes de julio del año del Señor 1643."

La carta fué un rayo de luz para el atribulado conde. Ya conocía el terrible secreto. El buen Nicolino lloró largamente, y cuando la calma volvía a su ánimo, reflexionó.

Se acordó de sus adversarios políticos; recordó a Napoleón...

El, el conde Nicolás de Rocadiferro, era culpable del pecado de orgullo, y había sido castigado; había odiado y acaso hubiera sido mejor amar.

Napoleón no es un monstruo seguramente; acaso es el instrumento de Dios enviado para reparar las infamias de la revolución y de las barbaries que la precedieron.

—¡Señor, "fiat voluntas tua!"—gimió Nicolino ante el reloj despedazado y el escrito de la infeliz Domitila. Y después añadió "sotto voce":

—Si llega hasta mí la noticia de que Napoleón ha practicado una sola obra buena, me declaro bonapartista decidido.

Por la noche en la tertulia con el cura se atrevió a preguntarle, causando profundo estupor al buen párroco:

—¿Qué hay de nuevo sobre Napoleón?

—Señor conde... no sabemos... hasta aquí no llegan las noticias completas... pero...

—¿Qué sabe usted?—insistió imperiosamente el conde.

—Se dice...

—¿Se dice?

—Que Napoleón Bonaparte ha sido coronado, en Monza, rey de Italia.

El conde Nicolás de Rocadiferro se alzó grave y ceremonioso de su asiento, como para saludar en la persona del cura a "su" rey, e inclinando la cabeza, mientras cruzaba por su mente el recuerdo de la muerte de Domitila, se reconcilió "in pectore" con su grande enemigo pronunciando sinceramente estas palabras, como entonando el mea culpa, por su pecado de orgullo y su vanidad de raza:

Señor... hágase tu santa voluntad.

EL OBRERO

Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad o de igualdad aristocrática y ese título será el de obrero.

Esta es una aristocracia imprescriptible, porque el obrero, por definición, es el hombre que trabaja, es decir, la única especie de hombre que merece vivir.

Quien de algún modo no es obrero, debe eliminarse de la masa del mundo, debe de dejar la luz del sol, y el alimento del aire y el jugo de la tierra para que gocen de ellos

los que trabajan y producen; ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga o de la veta; ya los que cuecen con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica el alma; todo gremio, toda colectividad profesional, tiene necesidad de asociarse, de unificarse, de adquirir personalidad cooperativa para pensar en el conjunto de los intereses sociales.

El trabajador aislado es el instrumento de fines ajenos, y el trabajador asociado es dueño y señor de su destino.

José Enrique RODÓ.

¿QUIERE usted VENDER su casa, terreno o campo, rápido? Diríjase a C. A. Figueroa, Córdoba 3582.

Unión Telef. 7723, Mitre.

OCRE Por Alfonsina STORNI



Señorita Alfonsina Storni.

Humildad

Yo he sido aquella que pasé orgullosa
el oro falso de unas cuantas rimas
sobre su espalda, y se creyó gloriosa,
de cosechas opimas.

Ten paciencia, mujer, que eres oscura:
algún día, la Forma Destructora
que todo lo devora,
borrará mi figura.

Se bajará a mis libros, ya amarillos,
y alzándola en sus dedos, los carrillos
ligeramente inflados, con un modo
de gran señor a quien lo aburre todo,
de un cansado soplo
me aventará al olvido.

Femenina

Baudelaire: yo me acuerdo de tus Flores del mal
en que hablas de una horrible y perversa judía
acaso como el cuerpo de las serpientes fría,
en lágrimas inochoa, y en el daño genial.

Pero a su lado no eras tan pobre, Baudelaire:
de sus formas vendidas, y de su cabellera,
y de sus ondulantes caricias de pantera,
hombre al cabo, lograbas un poco de placer.

Pero yo, femenina, Baudelaire, ¿qué me hago
de este hombre calmo y prieto como un gélido lago,
oscuro de ambiciones y ebrio de vanidad,
en cuyo enjuto pecho salino no han podido
ni mi cálido aliento, ni mi beso rendido,
hacer brotar un poco de generosidad?

Ante un héroe de Iván Mestrovic¹

Tallado en mármol, la cintura fina,
los muslos estallantes, la cabeza
reflejadora de gigante empresa,
la maravilla del cincel camina.

¿A dónde va? La fiebre lo devora
de vencer o morir de tal manera
que en el esfuerzo de avanzar pudiera
hundir el cuerpo en la lejana aurora.

Mármol del siglo XX desvaldo,
a quien un hombre púsole el latido
antiguo y fuerte de las grandes pruebas:

¿Por qué, por un milagro, no te vuelves
humana forma, y al pasar me envuelves
entre los brazos, y al azar me llevas?

En labor de superación continua, esta poetisa no sólo debe considerársele en primera fila dentro la falange poética femenina de América; ocupa tal próspero rango aun dentro la lírica general, y *Ocre*, su último libro, marca el ápice de su fecunda, inspirada y original cosecha.

Evidentemente hermana de Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou, con quienes la une su apasionado fervor, es preciso saber hallar lo que la distingue de ambas. No es erótica como Agustini que por momentos llega a lo morboso; no se abandona con placer a gozar de la naturaleza como lo hace Ibarbourou. Más meditativa, menos instintiva, por lo tanto, que las dos grandes poetisas uruguayas, la nuestra, aun cuando no puede sofrenar los impulsos de su naturaleza apasionada — ¡y que no pueda sofrenarlos nunca es mi deseo, para bien de la explosión lírica! — se da, pero no en cuerpo y espíritu. Nos da sólo su alma, su alma sangrante, adolorida, florecida de desencantos; pero con tal sinceridad de mujer fuerte nos la da, con tal gesto de mujer libre, que los hombres — la mayoría hipócritas y cobardes, pese a sus desenfadados — confunden su actitud, no la interpretan, y entonces la suspicacia y la malevolencia balbucen las más torpes interpretaciones. La desnudez valiente y magnífica de esta alma de mujer libre, los espanta; es luz para sus azoradas pupilas de noctívagos. Se hallan habituados a vagar por las penumbras de los prejuicios, y la verdad los encandila.

Esta es la tragedia de esta poesía tal mal interpretada, tan poco comprendida. Es una mujer libre que se da el derecho de amar y no ocultarse. Y esta actitud — parece paradoja el decirlo — espanta al hombre. Su audacia lo conturba. Sobre esta tragedia, Alfonsina Storni ha escrito los mejores poemas de su libro *Ocre*:

ENCUENTRO

Lo encontré en una esquina de la calle
[Florida]
más pálido que nunca, distraído como antes.
Dos largos años hubo poseído mi vida...
Lo miré sin sorpresa, jugando con mis
[guantes].

Y una pregunta mía, estúpida, ligera,
de un reproche tranquilo llenó sus trans-
[parentes]
ojos, ya que le dije de liviana manera:
— ¡Por qué tienes ahora amarillos los dien-
[tes]!

Me abandonó. De prisa le vi cruzar la calle
y con su manga oscura rozar el blanco
[talle]
de alguna vagabunda que andaba por la vía.

Perseguí por un rato su sombrero que huía...
Después fué, ya lejano, una mancha de
[herrumbre].
Y lo engulló de nuevo la espesa muche-
[dumbre].

El desprecio llega aquí hasta el sarcasmo. En *La otra amiga*, está admirablemente expuesto su drama de mujer inteligente que se ve postpuesta por una vulgar mediocre, tal vez más bella:

Y otra amiga me dice: — Las mujeres men-
[tales]
perdedoras salimos en negocios de amores.
Tenemos, ciertamente, muchos adoradores:
Buscan pequeños sorbos en caldas vestales.

Su corazón lo ponen no en las espirituales,
que fatigan al cabo. Como cultivadores
adoran lo que crean: piensan que las me-
[jores]
son aquellas plegadas a sus modos carnales.

Las mujeres mentales somos las platafor-
[mas]:
Mejoramos los hombres, y pulimos su nor-
[ma]:
refinan en nosotras su instinto desbocado.

Y cuando, ya cansadas de esperar, les pe-
[dimos]
el corazón, en cambio del propio que le
[dimos],
se lleva una mediocre lo que hemos ador-
[nado].

Y en este tono podríamos citar; Y agrega la tercera, *El engaño, Femenina, Palabras de la virgen moderna*.

Ya es "leiv motif" de su libro el menosprecio que exterioriza hacia el común de los hombres. Ella, mujer inteligente, cerebral, ¿qué puede hallar en el hombre dominador y vano, para justificar su soberbia y sus derechos a la dominación? Ya un hombre inteligente halla ese vacío en la mujer, ¿qué no será si es ella, la mujer, la sin derechos, quien lo halla? El drama se intensifica. Definitivo, en tal concepto, es el soneto *Confesión*:

Creí hallar en el hombre la textura interna, lo anímico que justificara su soberbia, pero encuentra el muñeco blanducho, sin consistencia espiritual que sólo es carne perecedera de bruto, instinto sin inteligencia, impulso sin divinidad.

Manifestación de otra actitud espiritual lograda, hállese en composiciones como *Humildad, Palabras a mi madre, Capricho*. Donde hallamos la poetisa que ya conocíamos por sus anteriores libros de expresión más serena.

Pero lo que da singular valor a *Ocre*, se halla en esos dilacerantes versos en que expresa su dolor de mujer ante el macho estúpido que la cree sólo una hembra... como todos, como las hipócritas que ocultan en un mentido recato sus ansias sexuales.

Indolencia, Odio, Rueda, Una vez más, Ante un héroe de Iván Mestrovic, Una, podrían agregarse a las ya citadas, y formar así una serie de composiciones que tal vez no tengan precedentes. Porque esta poetisa apasionada, pero no sensual, ha expresado por vez primera y de modo definitivo, la tragedia de la mujer libre e inteligente ante el hombre cargado de prejuicios y torpe a fuer de soberbio.

Insisto sobre este punto, porque es necesario que la crítica repare bien en él, y no cometa la injusticia que acaba de cometer el crítico uruguayo Alberto Zum Felde en su Antología publicada en el N.º 192 de la revista *Nosotros*: Excluye del coro de las poetisas a Alfonsina Storni: ¡No! Ella bien puede figurar junto a Delmira Agustini a Juana de Ibarbourou y a Gabriela Mistral. La debemos una nota del alma femenina que las otras no han dado: Es original.

Ernesto Morales

Idilios precoces

Por EDUARDO ACEVEDO DIAZ

I

—¡Qué empeño en que ha de estar entre esos cardos, Daniel!

—Te digo que sí, María. ¡Tan porfiada!

La perdiz voló de esta mata, que tiene un tallo con penacho de tambor mayor; y después que se paró allá del otro lado del cerco, alzó la cabeza, se puso a mirar para acá.

—¡Oh, criatura embustera! ¿Ya viste tú que ella miraba eso?

—¡Ya, ya! Y se puso a silbar como si llorase.

María rompió a reír con un eco argentino y delicioso.

—Sí, ya verás—dijo él—como está el nido entre estas pencas y espinas muy arrebujaado.

Y poniéndose de rodillas, empezó a separar con cuidado las largas y temibles hojas del cardo borriquño que con otros de la familia junto al cerco se erguía sustentando un enorme borlón azul-violeta en la extremidad de su bastón de fibras.

María, inquieta y curiosa, se hincó a su lado.

Brillabanle los ojos negros, húmedos y grandes; caíale en parte el cabello obscuro sobre la sien derecha en gracioso desorden, formando al contacto rosas en su mejilla y en sus labios pequeños de aljaba apenas abierta, retozaba esa alegría inocente que condensa todos los candores y estalla en gorjeos de calandria. Sus doce años estaban llenos de encantos, de aromas y de fulgores.

Su compañero, más o menos de su edad, tenía como ella los ojos, las manos nerviosas y finas, el busto gentil, moreno, gracioso y un ceño especial de travesura que hacía levantar el vuelo a los chingolos con sólo hacerles una mueca a la distancia.

Traba siempre en el bolsillo de la blusa una honda por él fabricada, y cinco o seis peladillas, con las que daba diestramente en el blanco cuando se proponía hacerlo y el instante era propicio.

Los mixtos lo conocían bien. Desde lejos, así que le veían llevar la mano al bolsillo y extraer el instrumento mortífero, todos se incorporaban en banda y en redoblado vuelo iban a abatirse en los trigales.

Ahora le absorbía todo el nidal de la perdiz, y con las dos manos esbrazaba aquí y allá, hincándose a veces con las espinas.

María lo dejaba hacer muy quieta, como atisbando el momento del hallazgo.

De pronto, Daniel, que tenía cogidas dos pencas duras para descubrir el escondite, dió un grito de júbilo.

—¿No ves? ¡Aquí está!...

—¡Ah, qué lindos—exclamó María.

—Deja que yo los saque.

—¡Pronto, que me escuecen las espinas!

El nidal tenía dos huevos hermosos de un morado obscuro de ciruela, suaves y calientes. María introdujo su manita delgada con rapidez, cogiólos en el acto con ese tacto exquisito de mujer que preserva de daño lo que ella quiere, e incorporándose sin demora echó a correr hacia el campo, gritando ebria de gozo:

—¡Ya no te los doy! Son míos... míos...

—¡Qué nó!—exclamó Daniel inco-modado—. Míos son los huevos, María, y has de dármelos.

Y corrió a su vez en pos de su compañera, ágil y ligero como un chivato.

II

El aire ardía y cantaba la cigarra. Huyendo de la atmósfera densa, los pájaros se entraban como flechas disparadas del arco bajo del ramaje umbrío; y allí al amparo de su bóveda se quedaban inmóviles con el pico abierto y las alas tendidas.

Los trigos no se columpiaban en sus tallos, sino cuando algunas avocillas diminutas se colgaban de sus espigas. Los saltos de las langostas pequeñas entre aquella dorada selva de canutillos, apenas producían el levísimo rumor de municiones menudas. Algunos trinos dulces y tristes como ecos de flautas suavísimas surgían a veces dispersos del seno de aquel

paisaje color de oro bañado de intensas claridades, solitario y ardiente.

La cuenca del arroyuelo estaba casi seca, y en las grietas de su limo brotaban hierbas de un verde esmeralda adornadas de copetes de deslumbrante blancura.

En los ribazos el manto era espléndido; allí se entrelazaban el burucuyá con el saúco y los cardos en deformes conjuntos de matices, granadillas, alcachofas y racimos negros; manifestaciones de la naturaleza pródiga que da belleza y encanto a lo más inconsciente, destruye, asimila, renueva, siempre nutriendo por doquiera la ilusión de la eternidad de la vida.

III

Maruca—como la llamaba Daniel—atravesó estos sitios como una golondrina; cambió de rumbo; se deslizó por un alfalfal; y por fin, cansada y jadeante se acostó sobre la hierba.

Su linda cabeza descansó en los nutridos trigos allí acumulados, de modo que entre espigas, aparecía coronada con los primores estivales; fresca, lozana, los ojos muy lucientes, el cabello disuelto en hebras sobre los tallos y briznas que le servían de almohada.

—¡No sé nada!—repuso ella sin volver la cabeza—. Tendré mis motivos.

Mas, a los pocos pasos se detuvo, a pretexto de sacarse los abrojos que habían hecho presa de su media sobre el empeño de un pie.

También parecía mortificarle mucho una "roseta" que se había hincado en la corrida.

Daniel se aproximó con aire de humildad, y echóse de bruces, como lo haría un monaguillo delante de una imagen, y púsose a observar con gran solicitud el empeño de su compañera en despojarse de los pinchos.

Se había vuelto tímido de pronto.

María tenía alzado su pequeño pie, apoyándolo en la otra pierna con coquetería, al punto de enseñar con la liga la más torneada pantorrilla que idearse puede; e inclinada hacia adelante, obstinándose en arrancarse la "roseta" clavada en el zapato, en difíciles quiebros de equilibrio.

—¡Oh!—murmuró, llena de impaciencia.

Y sentando el pie de firme, dió un suspiro de cansancio.

Daniel, con la vista fija en ella, y a la manera del gato que alarga temeroso la zarpa para atraer alguna

Fugacidad

¡Cómo hueles a rosas!

No te vayas, Momento.

Refúgiate en los pliegues de mi espíritu.

Todo mi amor te ofrezco.

¿Estás? ¿no estás?

Yo sin embargo aún huelo

tu corazón; te apresan,

impalpable, mis dedos...

¡Cómo hueles a rosas, a subyugantes rosas

de eternidad, Momento!

Bien me sé que te has ido;

y sin embargo, aún hueles en el trémulo

delirar azorado

de mi alucinamiento.

Historia

Erase un alma triste como un agua dormida.

Serenidad de lámina tenían sus cristales.

Y el peso insospechado de un pétalo suicida

puso en las quietas aguas inquietud de espirales.

Fuése el pétalo al fondo. Ni se advirtió la herida.

Y hoy que en su entraña oculta misteriosos rosales,

sigue siendo aquel alma como un agua dormida.

José E. PEIRE.

A poco llegó Daniel muy sofocado.

Pero, en vez de arrebatarse violentamente los huevos de perdiz, como ella suponía, se detuvo y dióla la espalda con enfado, diciendo:

—¡Te los regalo, hurona!

María volvióse a reír impetuosa-mente, y luego que le pasó el acceso, replicó en tono de despecho:

—Ahora no los quiero por lo mismo. Tómalos, tontuelo.

Y los puso sobre la hierba.

En seguida se levantó de un salto con aire arrogante y ceño de enojo, y se marchó de allí a prisa.

Al contemplarla por detrás con su cabellera suelta, que le formaba nidos ondulantes en la blanca nuca; esbelta, gallarda, flexible dentro de su vestido celeste, que apenas le llegaba a la altura del tobillo, todo esmaltado hasta el ruedo de pajillas y tréboles, Daniel se apresuró a decir con aire de tierno ruego:

—¿Me dejas, Maruca?... ¡Si yo no quería quitártelos!

golosina, extendió su mano, cogióle el pie suavemente y en un instante extrajo la "roseta" cruel.

—¡Mira, qué pinchos bravos!—balbuceó, enseñándosela con viveza.

Sintióse la niña aliviada. Callada volvió a alzar el pie para mirar el estrago hecho en la prunela; y, luego, dijo bajito, con cierto gestillo de sorna:

—Goyita dice que es tu novia...

—¡Qué! Maruca! Tan mentira es esa, que yo no la quiero porque siempre se anda mordiendo las uñas y las yemas.

—Sí... Mientras tanto le diste ayer un pañuelo con aromas.

—¿Quién dice?

—Ella, que lo tenía muy envuelto con las dos manos.

IV

Daniel se quedó un momento pensativo, como humillado.

Permanecía de rodillas mirando al suelo.

Su compañera le observaba atentamente, con una sonrisa picaresca que descubría sus dienteillos blancos y afilados con encías muy rojas.

—Tú tuviste la culpa -- murmuró Daniel.

—¡No faltaba más!

—Sí, porque me refiste sin razón. Yo quería que te me acercases más, así como ahora, mi linda Maruca... Mira qué lustrosos los huevos del nidal: son tuyos, yo los busqué para ti. ¡No te vayas y perdóname!

—¡Zalamero!

Al decir esto, ella se inclinó bien y le dió un golpecito en la cabeza que sonó como un coco.

Daniel la cogió de las dos manos, contento, y la atrajo de un envión, besándola en el cuello.

—¡Si te viera Goyita!

—¡Yo no la quiero! A ti sola, solita a ti, Maruca...

Y le selló esta vez los labios con los suyos.

Quedóse ella callada, trémula, vergonzosa, y volviendo a un lado el rostro, se puso a peinarle y a ensortijarle con sus dedos la cabellera suavemente.

Estaban los dos muy juntos, casi estrechados, silenciosos, a la escasa sombra de un arbusto, sin que ojo alguno observase aquel idilio—mezcla de inocencia y de arranques precoces—cuando de repente, el mastín del tío Jerónimo, dueño de la vecina chacra, apareció por el fondo saliendo del trigal, y persiguiendo a escape a un zorrino, que al huir desesperado barria el suelo con su apéndice hecho plumero.

La pareja se puso de pie como movida por un resorte.

El aire pesado acababa de impregnarse de un efluvio insoportable, desvaneciendo todos los perfumes y emanaciones gratas de los campos.

María escapó a través de los trigos con extrema celeridad.

Ferro y zorrino pasaron también veloces, perdiéndose entre las malezas; y Daniel, al verse solo y ya repuesto de la sorpresa, sacó su honda y púsose a disparar sus proyectiles de pedernal a los pajarillos del cerco.

Desde la Patagonia

Para "Fray Mocho".

¿Lo veis, ojos míos?

Ovejas y chivas
y un vasco,
con un perro negro
y un caballo flaco.

—¿Nada más?
¡Tierra! ¡Mucha tierra!
¡Sin un árbol
ni una brizna verde
ni un pájaro!

¿Y luego?
El viento que corre
como un lobo, aullando.

Escuela en la Patagonia

Avizorando el espacio
en lo alto de la loma,
está la escuela de campo
que es blanca como paloma...

Yo me he llegado hasta ella.
La maestra estaba sola
con sus libros. Ya los niños
se marcharon a sus chozas.

¿Libros? Tagore, la Biblia
y Teresa, la doctora...

Francisco de GRANADA.

Puerto Madryn, Chubut.

Páginas olvidadas JUAN CARO

Por ENRIQUE AGESTA

Juan Caro pertenece a la larga familia de micífices. Se empaqueta, se encharola y se perfuma como cualquier hijo de "boulevard", pero al menor descuido muestra su garra de felino.

Como todos los gatos afortunados que han trocado el frío de las azoteas por la tibieza del salón, Juan Caro es un potentado. Hizo una fortuna: cada millar de pesos representa un pecado capital; por eso el amigo Caro es, en verdad, lo que vulgarmente llamamos un capitausta.

Cuando sintió repleta de latrocinios su escarcela, trepó a la cuspide de la chimenea, miró el tejado de sus largas correrías y descendió luego, con habilidad felina, hasta posar sus garras en el alfombrado salón.

Bueno: esto es metáfora; en verdad, Juan Caro era, allá en su pubertad, un buen sujeto a quien el capricho de un cacique bonaerense llevó a la dirección de un juzgado de paz, con el pecador propósito de que administrara justicia plebeya. Y Juan así lo hizo, colmando con su comportamiento las esperanzas del cacique político, que en un arranque veleidoso lo convirtió en magistrado.

Desde luego, Caro se concretó a interpretar irreprochablemente la voluntad de su benefactor, omnimoda personalidad en la comarca. Fue su reflejo, su "alter-ego", su prolongación en todas las cuestiones.

—Usted, amigo—le dijo el cacique—ríase del código. Haga cuanto le digo, y si alguno le tose fuerte, meta leña. La policía del pueblo está a su disposición.

Juan hizo de las breves palabras del cacique su código inviolable de procedimientos.

Por fortuna para él, tenía atesorados en el alma una montaña de rencores. En su vida de infeliz, había recibido muchos agravios de cuantos amos había tenido que soportar en sus luchas por el pan. Se explica, pues, que convertido en autoridad apoyada por el señor de la situación, sufriera la voluptuosidad de las revanchas impunemente perpetradas. Y desde el primer momento sintió arder en su rostro, una por una, la larga serie de bofetadas recibidas en el transcurso de su vida de servilismo.

Y al poco tiempo de consagrada su "magistratura", no quedaba en el pueblo persona que no hubiera sufrido las consecuencias de su agresividad jurídica. Vibraba de gozo cada vez que un ex patrón suyo caía en la desgracia de ser litigante de su juzgado.

No le valían razones, así fueran tan evidentes como el sol que nos alumbraba; y la voz imperativa de "metanle leña a ese zonzó" salía de sus labios acompañada de adjetivos denigrantes para la víctima elegida.

La cólera de Juan Caro era interminable. En su niñez había sido sirviente de toda la gente del pueblo, y su cabeza había recibido tantos coscorrones como habitantes residían en aquél. No es, pues, de extrañar, que en cada causa, el juez Caro, convertido en fiera vengativa, dejara un agravio. Su carácter autoritario, se hizo el terror de los vecinos; y éstos no vacilaban en someterse a cualquier extorsión, antes de defender un derecho en que la conciencia del juez interviniera.

El cacique, creyendo ver en él, no un corazón envenenado por afeos y personales rencores, sino un instrumento de sus intereses, lo hizo su hombre de confianza. Más; lo incorporó a su familia, dándole por esposa a una hija que, a falta de belleza física, contaba el estimulante don de una fortuna cuantiosa amasada por la paternal rapia; y Juan Caro, a su prestigio de autoridad temida, agregó el prestigio del dinero y redobló su insolente autoritarismo.

Un día se levantó con una chifladura increíble. Quería ser diputado y expuso su pretensión al suegro y lo fué...

Ha llovido mucho desde entonces. Juan fué diputado un período íntegro. Como en la Cámara no se podía "meter leña" lo mismo que en el juzgado del villorrio de sus hazañas judiciales,

su presencia pasó inadvertida. Durante cuatro años, solamente abrió la boca para decir "afirmativa", cuantas veces la mayoría afirmaba alguna cosa.

Después fué al silencio. Enviudó, heredando íntegramente a la mujer, que al decir de las malas lenguas, sufrió muchas veces, en el proceder del esposo, la fiera idiosincrasia del juez de paz, en el clásico "meta leña".

Ahora Juan Caro vive en Buenos Aires, disfrutando satisfecho del fúnebre despojo que le diera la muerte de su compañera. Frecuenta más de un club social, de "aristócratas" surgidos del aluvión inmigratorio. Se viste a la moda; es vanidoso como todo ente ridículo a quien la fortuna saca de su nivel moral; lee diariamente la gaceta telefónica, tan sólo por ver su nombre en letras de molde (es abonado); habla pestes de la literatura, siguiendo la costumbre de todos los "Juanes Caros" que en el mundo han sido y conversa con frecuencia de todo lo que no entiende. La calle Florida es su sitio predilecto en la hora del clásico desfile. Tiene, como todos los sujetos de su laya, el prurito de la exhibición. En todas partes habla de su fortuna, ocultando, como es natural, su origen. Busca novia, con una dote que no demerzca al capital que su viudez le consagró. No damos detalles precisos de su indumentaria, porque en esto afecta un eclecticismo de carnestolendas. Hemos dicho que el hombre hace impúdica ostentación de su fortuna y en el cambio casi diario del traje encuentra un medio fácil para eno. El sastrero, tiene la alta misión de dignificar su personalidad, poniendo toda su pulcritud artística en el corte y confección.

¿No conoces, lector, a Juan Caro? Creemos que sí. Su silueta ha de serte familiar ¡Abundan los Caro en Buenos Aires!... Además, su procedencia felina se manifiesta en dos rasgos típicos: la soberbia, llevada hasta el énfasis y la conversación, la cual escapa, rebelde casi siempre, a las evoluciones triunfantes del gatismo. Pero no importa: el "gato" sabe que Buenos Aires es ciudad de hombres de presa y en ella se siente en su centro. El sujeto vanidoso designado por el cauterio de la crítica como "micífuz" es inferior,

mentalmente, al conocido héroe de Grandmontagne, "Teodoro Foronda", pero es más audaz que él. Este se conformaba con la conquista de la fortuna, pero el "gato", además del oro, se muere por la espectacularidad y la figuración. Y como la especie aullante polifera victoriosamente en la evolución de la sociedad, antes de medio siglo, la Atenas de América será simbolizada justamente por uno de esos hermosos "morringos" cabalísticos de tan inapreciable valor para las adivinas.

El rey de los contrabandistas

Regresa a Londres arruinado

Con verdadera impaciencia era esperado en Londres el barón sir Broderick Hartwell, de regreso de un largo viaje que había emprendido por la América del Norte con objeto de impedir la quiebra de la importante Sociedad de crédito que había formado, con objeto de organizar en gran escala el contrabando de "whisky" y otras bebidas espirituosas en los Estados Unidos.

Miles de personas aguardaban en la estación la llegada del viajero. Un servicio de vigilancia fué establecido por la policía, a fin de evitar desagradables incidentes.

Sir Broderick Hartwell fundó hace algún tiempo una gran Sociedad, de la cual formaban parte 800 de los más acaudalados hombres de negocios de la Gran Bretaña, todos los cuales se interesaron en el negocio del contrabando con Norte América.

Esta agrupación comercial fletó por su cuenta vapores de gran marcha y firmó contratos con los principales transatlánticos que efectúan el recorrido entre Europa y los Estados Unidos para conducir millones de cajas de botellas de "whisky", champaña y otras bebidas. En los primeros tiempos los beneficios logrados fueron realmente fabulosos; pero la Administración norteamericana, a medida que los años transcurrían, iba mejorando sus servicios de vigilancia, y ésta, en los últimos meses, llegó a límites de una agudeza imposible de burlar.

Poco a poco los miles de barriles y de cajas de botellas enviados desde Europa fueron cayendo en poder de los agentes del Fisco. Además surgieron multitud de piratas que acometían a los buques contrabandistas y los privaban de su cargamento para beneficiarse ellos.

El negocio de los asociados ingleses de sir Broderick hallábase en la pendiente de la quiebra; pero el director intentó un último esfuerzo. Dijo que sir Broderick había partido para América con objeto de ponerse al habla con el jefe de los piratas, a fin de atraerlo a su causa.

Pocos días después, en las suntuosas oficinas que el barón tiene establecidas en Haymarket, se recibió un cable que decía: "Más de 30.000 cajas de "whisky" han sido apresadas en barcos pequeños. Sólo ha conseguido escapar el "Aranda". De este barco se han transferido a otros tres pequeños los géneros que conducía. Me consta que han llegado felizmente a puerto."

Entre tanto se esperaban noticias de las entrevistas del barón con el jefe de los piratas asaltantes de los barcos contrabandistas. Al cabo se supo que las negociaciones habían fracasado porque el jefe pirata exigía una participación en el negocio superior a la de todos los accionistas juntos.

En consecuencia, sir Broderick desistió de todo nuevo esfuerzo, y regresó a Londres con el propósito de litigar contra los asociados que le reclamaban sus fondos. Basará su defensa en que la captura de los géneros debe ser considerada como "accidente marítimo".



Aproveche las extraordinarias ventajas que le ofrece el acontecimiento comercial más sobresaliente del año:

ESTAMOS REALIZANDO
NUESTRA SENSACIONAL

LIQUIDACION

Jamás comprará tan barato todo cuanto pueda necesitar para uso propio y del hogar.

CRÉDITOS

Los acordamos a pagar en 10 meses, sin comisión, anticipo ni recargo alguno.

A. CABEZAS

SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

Del folklore catamarqueño

El leñador y el tigre

Por RAFAEL CANO

Cierta día encontrándose un leñador en lo más tupido de un bosque vecino a su heredad, sintió los bramidos de un tigre.

Hombre sin miedo, calzó su hacha al hombro y fuése al encuentro de la fiera.

¡Pero cuál no sería su asombro, cuando oyó que el tigre le pedía protección lastimeramente!

Señor hombre, decía: un salto en falso me llevó a la triste situación en que me encuentro y para mayor de mi desgracia, una piedra apretándome la pata, me mantiene prisionero desde hace dos días.

El hombre, contestó: siento mucho la desgracia pero nada puedo hacer en su obsequio, porque somos enemigos y además, tengo miedo que me coma si lo dejo en libertad.

El tigre, dijo: dey mi palabra de honor, palabra de tigre que respetaré su vida.

Ante este solemne compromiso, el hombre que era todo corazón, alzó la roca y lo ayudó a salir.

Una vez en salvo, el tigre sin bajar la cola y con toda la altivez como cuadraba a su estirpe, hízole presente su reconocimiento.

Luego ofrecióse para acompañarle hasta que saliera del bosque porque podía caer víctima de algún animal salvaje.

Juntos se encaminaron nuestros personajes por entre las malezas, conversando de cosas baladíes.

Un kilómetro llevarían de marcha, cuando bruscamente el tigre se encaró con su compañero y le dijo:

—Amigo, le debo la vida, pero hace dos días que no como y estoy resuelto a faltar a mi juramento.

Un triste presentimiento cruzó por la mente del leñador, pero no se dió por vencido.

—Amigo tigre — contestóle. — ¡Usted no puede faltar a su palabra de honor!

Pero como éste insistiera airadamente, resolvieron someter el caso, a consideración de un caballo viejo que pastaba en la vecindad.

Así que éste les vió aproximarse comenzó a temblar de miedo.

Pero ambos pidieronle se calmara, pues le habían nombrado juez para que dictaminara en ese curioso caso y no le querían mal.

El hombre explicó entonces, con lujo de argumentos, las circunstancias en que había salvado al tigre y su juramento de honor, que no podía faltar sin desmedro.

A su vez el tigre reconoció ser cierto lo que afirmaba el leñador, pero agregó que estaba desesperado de hambre y que la necesidad era una ley superior a cualquier compromiso de honor.

El caballo que no hallaba adónde meterse de miedo, se apresuró a dar el fallo.

—Cuando yo era joven — dijo — mi amo me cuidaba sofoito, obsequiándome con los mejores alfalfares de sus rastros. Hoy que ya estoy viejo, tanto, que hasta el tigre no se anima a comerme, me arrojó a este campo para que muera de hambre.

Creo firmemente que el hombre es un ingrato y que usted, señor tigre, tiene sobrado derecho para faltar a su palabra.

El tigre dió un bramido de alegría y dijo:

—¡Ya ve, amigo, hasta el juez que usted eligió me da la razón!

Mal parado se hallaba el leñador pero no se conformó con el fallo y pidió apelación ante el primer animal que encontraran.

Aunque de muy mal humor el tigre aceptó la proposición.

Continuaron la marcha; el hombre a cada instante decía: "abrite tierra y tragame"...

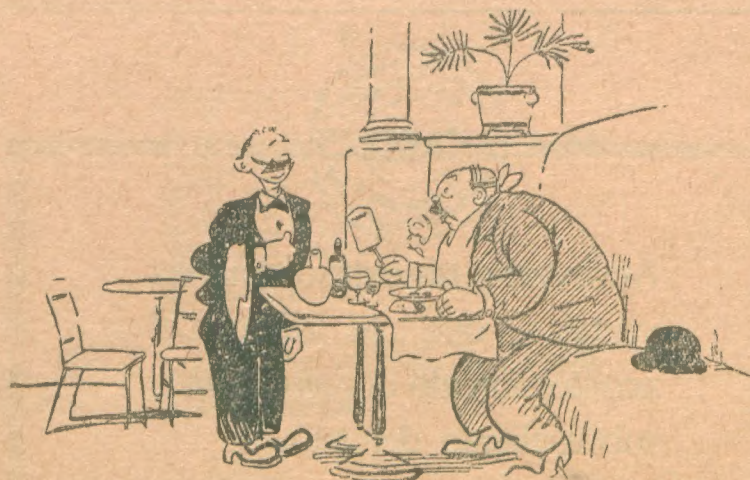
El tigre tenía la mirada hosca y daba grandes saltos quebrando ramas.

A pocas cuerdas oyeron los gritos de ¡Juah! ¡Juah! ¡Juah!...

Era un zorro que al ver al tigre, le resultaba chico el campo para disparar...

Pero en tres saltos el tigre lo detuvo, y aquí comenzó a sufrir don Juan, encomendándose a todos los santos de su predilección. Pero el tigre le ordenó emitiera su fallo rápidamente.

LAS SUBSISTENCIAS EN ESPAÑA



—Antes me dijiste que la ración de tortilla era una peseta. ¿Cómo dices ahora que vale dos?
—¿Usted sabe lo que han subido los huevos y las patatas desde que pidió la tortilla hasta el momento de servirse?

Frente al mar

¿Qué hay en el mar que atrae al alma mía?

¿Qué hay en el mar?

Fijo mis ojos en sus verdes ondas, y me cuesta poderlos apartar.

Hay como un poderoso magnetismo

que me obliga a mirar,

y sueño... y siento un bienestar supremo

[mezclado con un ansia de llorar]...

Frente a la mar, yo siento la nostalgia de amar.

¿Qué hay en el mar que hacia él se va mi alma

cual si guardara lo que yo más quiero?

Lo contemplo... lo escruto, cual si fuera

la desolada Hero

aguardando a su Leandro, y vanamente

[espero... espero... espero]...

Raquel SAENZ

Montevideo.

INDICIO IMPORTANTE

que revela cuán delicioso y exquisito resulta al paladar el insuperable vino quinado

KALISAY



lo constituye el hecho de que, entre sus numerosos adeptos, figuran, en gran cantidad, las señoras y los niños. Bebida delicada y agradable, ofrece, a más de una exquisita sensación al gusto, el saludable beneficio de un excelente y eficaz aperitivo.

23 años de éxito. LAGORIO y Cia

VINAGRE "OMEGA" DE PURO VINO DE PRODUCCION ARGENTINA.

Es el más puro, aromático y mejor destilado que se conoce. Los manjares adquieren con él un sabor incomparable. Exija que sus ensaladas, escabeches y adobados sean condimentados con Vinagre "OMEGA". Por su pureza obtuvo el Primer Premio de la Municipalidad La botella de 1 litro vale \$ 1.20 en la Capital y \$ 1.30 en el interior.

LAGORIO y Cia

El zorro sintiéndose "cadáver", dijo:

—Antes de dar mi fallo, necesito ver el sitio en que cayó el tigre y modo en que la piedra lo mantenía prisionero.

Acataron el fallo y los tres marcharon al sitio indicado.

En el trayecto, el zorro decía cada instante: Mamita, si me salvo de ésta, no me agarrarán en otra...

Una vez en el paraje de la caída, indicó al tigre, se colocara en la misma forma en que lo encontró el hombre. Luego indicó a éste, que le apretara la pata con la misma piedra.

Terminada la operación, preguntó al tigre si podía pararse, a lo que contestó negativamente.

El zorro dirigiéndose al hombre exclamó:

—¡Compañero amigo, mátele con su hacha antes que nos coma!...

Y en pocos momentos aquel ingrato dejó de existir...

Manchado aún en sangre, el hombre tendió su nervuda mano al zorro, le agradeció por haberle salvado la vida, y se ofreció para el futuro...

—Lo único que le pido—agregó el zorro,—es que cada vez que encuentre muerto algún pariente mío, le dé sepultura cuidadosamente, dejándole la cabeza hacia fuera.

El leñador juró cumplir aquel deseo. Luego separáronse tomando rumbo contrarios.

¡Pero al zorro ocurrióse probar la lealtad del leñador!

Dió un rodeo en rápida carrera y se tendió como muerto en el camino por el cual tenía que pasar el hombre.

Cuando éste lo encontró, dijo: he aquí un pariente de mi amigo el zorro y lo enterré de acuerdo a lo prometido, con la cabeza hacia fuera.

No satisfecho con la prueba, el zorro repitió la escena.

Al verlo el leñador, dijo: la suerte me es propicia, he aquí otro pariente del zorro, y lo enterré como al primero.

Pero el zorro no se convenció todavía y tentó por tercera vez la prueba.

El leñador que iba ya cansado y de mal humor, al encontrar otro pariente del zorro cavó un hoyo profundo y lo metió de cabeza, cubriéndolo con piedras...

Y así terminó este cuento, para que entre por un saquito roto, salga por otro y usted me cuente otro...

Para "Fray Mocho".

¿Quién hubiera reconocido, en aquel hombre robusto y lleno de vida, con los ojos iluminados por una intensa alegría y una expresión decidida y firme, al romántico Fausto Rubio, traseador empedernido, bohemio incorregible, pálido, desganado, abúlico y triste? ¿Quién hubiera dicho que él, en algún tiempo, llegó a envidiar a los mendigos y creyó en el nirvana?

Pero era él, aunque no lo parecía. Era el mismo Fausto Rubio, que en una mañana de abril bajó del tren en la estación Retiro. Nadie lo reconoció, porque nadie lo esperaba. Nadie podía, en Buenos Aires, esperarlo. Hacía tres años que se había ido. No quiso mantener correspondencia con sus amigos. Quiso olvidar y ser olvidado. Arrancar de golpe todo lo que fuera su pasado. Quiso separarse de la vanidad, de la frivolidad y de la degeneración mundana. Estaba embebido en Zaratustra, cuyas sentencias eran sagradas para él.

Logró, con facilidad, lo que quería. Todo el mundo pareció haberlo olvidado.

"Todo el mundo"—pensó, sonriéndose interiormente, con cierta amargura—"menos ella..." ¿Qué le importaba el mundo, la sociedad entera? Cada uno debe vivir para sí mismo. Odiaba la sociedad, que mata al individuo, que pone una absurda igualdad entre todo. La felicidad humana no estaba en la vida social. ¿Convencionalismos, cosas aceptadas, moral? No creía en nada. La civilización con todas sus creaciones eran cosas inútiles. Todo era engaño vil. La humanidad había equivocado su destino. ¿Leyes morales, el "qué dirán"? No hay leyes morales, sino conducta social, sentimientos individuales. Una cosa, para uno moral, es inmoral para otro. ¿Buscar placeres? ¿Qué es lo que puede dármelos? ¿Leer? ¿Pensar? ¿Qué puedo leer? ¿De qué pensar? Los placeres mundanales habían perdido su valor para él. No iba a los bailes, no corría detrás de las mujeres... Era cierto que durante los tres años de ausencia no le había escrito. Al irse no le dijo nada claro, dejándolo a su intuición. Tenía fe en ella. "Las mujeres—pensaba—nos adivinan y saben si las queremos o no". Creía que las almas amantes se adivinaban al través de las mayores distancias. El, escéptico como ninguno, creía ciegamente en el amor de su Irene. Dentro de pocas horas...

Prendió un cigarrillo. Todos sus movimientos eran firmes, decididos, de hombre que ha triunfado. Miraba con orgullo y en sus ojos vislumbrábase una alegría honda y grande.

¿Qué había pasado con Fausto Rubio, el pobre abúlico que volvía hecho un león? ¿Qué viento vivificante había soplado sobre su vida estéril? ¿Quién le ayudó a escalar la cumbre? ¿Quién templó su voluntad y fué su Norte? ¿Quién le ayudó a vivir cuando la enorme desolación de comprenderlo todo—no en vano se llamaba Fausto—lo angustió con su dolor?

Llamó un auto. Era temprano para ir a casa de Irene. Daría unas vueltas para ir a Palermo. Eran las ocho. A las diez se presentaría ante ella y le hablaría así:

—¡Aquí estoy, como tú me querías y me imaginabas!

La conoció en una fiesta. La pureza de sus ojos y la dulzura de su boca lo hechizaron.

Lo eterno femenino emanaba lánguidamente de aquella silueta magra, severa y tranquila.

Se comprendieron... Se amaron.

Un día tuvo una amarga revelación. Aquello sólo podía solucionarse de una manera: dejarla.

Bloques erráticos

Por José LIEBERMANN

Era demasiado pura para él. Su alma era como el perfume de una flor, tan tersa como el agua azulosa de los lagos tranquilos. Vió el abismo entre los dos. Tuvo

que confesárselo, en noches de angustia, que le blanquearon el cabello.

Revivió su pasado. Analizó su vida. Sintió repugnancia por lo que había hecho.



No se fije en pagar

un poco más...

COMPRE CHOCOLATE

GODET

EXTRA (PAPEL BRONCE)

DANIEL BASSI & Cia B. Mitre 2538-54 BA.

LA NATURALEZA

Entré en una inmensa sala subterránea de altas bóvedas.

Toda ella estaba iluminada por un resplandor que parecía surgir del suelo.

En el centro estaba sentada una mujer de majestuoso aspecto, vestida con un amplio traje verde.

Apoyaba en la mano su cabeza y parecía meditar profundamente.

Comprendí que estaba ante la Naturaleza, y al punto nació en mí alma algo como un temor sagrado o reverencia silenciosa.

Acerquéme a la mujer sentada, y después de saludarla con respeto, le dije:

—¡Oh, madre común! ¿En qué estás pensando? ¿Acaso en los futuros destinos de la humanidad? ¿En las condiciones necesarias para que alcance toda la perfección y dicha posibles?

Lentamente volvió la mujer hacia mí los ojos sombríos, penetrantes y temibles; entreabrieron sus labios, y oí su voz resonante, como de hierro que chocara con hierro.

—Pensando estoy en el modo de dar mayor fuerza en los músculos de la pata de la pulga, para que más fácil le sea evitar las persecuciones de sus enemigos. El equilibrio entre el ataque y la defensa se ha roto. Es necesario restablecerlo.

—¡Cómo!—exclamé balbuceando—¿En eso estás pensando? ¿Y nosotros los hombres no somos tus hijos predilectos?

Ella frunció un poco el entrecejo.

—Todos los animales—dijo—son mis hijos. De todo me preocupo igualmente y a todos por igual los extermino.

—Pero... el bien... la razón... la justicia...—murmuré.

—Esas son palabras humanas—repuso con voz de hierro—yo no conozco el bien ni el mal. Nuestra razón es mi ley. Y ¿qué es la justicia? Yo te di la vida, yo te la quitaré para dársela a otros seres sean gusanos u hombres, indistintamente. Tú, mientras no te llegu la hora, sigue en la lucha, procura defenderte y no me importunes más.

Quise hablar, pero toda la tierra en torno mío mugió sordamente y yo me estremecí de espanto.

¡Entonces desperté.

IVÁN TOURGENEFF.

¿Con que derecho amaría él a aquella niña, divina y pura, él, que había vivido sin freno ni ley?

¿Cómo vivir su vida, enlodada en el fango del mundo entero, con la vida pura y angélica de Irene?

Todo lo sabía él. Todo lo conocía. Ningún placer se había vedado. Había bebido en todas las copas, hasta el empalago.

¿Dónde no había estado? ¿Qué no había hecho? ¿Había algo sagrado para él?

¡Todo en él era impuro! Su alma, con las tristezas de la carne, se había manchado también.

¿Con qué derecho podía presentarse ante ella? Ya en su alma las ilusiones habían muerto. Todo lo que ella pudiera brindarle, ya lo conocía. ¡Era un crimen moral! ¡El no podía cometerlo, porque era hombre de conciencia, a pesar de todo!

Ella lo veía retraído, torvo el ceño, pero no podía comprenderlo. ¡No era posible que lo comprendiera!

Le dolía aquel silencio, aquellos ojos que expresaban algo así como una suprema compasión para el mundo entero. Le pedía explicaciones. Lo abrazaba dulcemente, castamente, interrogándolo con sus ojos cálidos, con sus manos gráciles y blancas. ¡Había tanta inocencia en aquellos ojos, tanta dulzura en aquella boca!

El sufría lo indecible. Al salir de su casa se repetía, una y mil veces:

—¡No! ¡No la merezco!

Se dió cuenta de que realmente la quería, él que no creyó amar ya más. Era, aunque tardío, su primer amor. Pensó de aquella palmera africana, que florece una sola vez en su vida. El había florecido. Pero era tarde. Las barcas de sus vidas, encontradas casualmente, debían separarse de nuevo, con la infinita desolación del bien para siempre perdido. Iría ella a otros ríos, en busca de nuevos amores. Él... se aterraba al pensar lo que sería de él.

Pero tuvo una idea salvadora. Fué en una tarde, durante una audición poética de Alfonsina Storni. La poetisa declamó algo que se titulaba "y tú me quieres pura"... Era su mismo caso. Pero Alfonsina perdonaba al hombre malo que la exigía pura y casta, con tal de que mejorara... Pedía que se fuera, por varios años, a la selva agreste; que se bañara mil veces en aguas salobres; que adquiriera otra sangre, que repusiera las células de su cuerpo, que cristalizara un alma nueva... Luego, purificado, que volviera, que ella le esperaría con los brazos abiertos y le brindaría su amor!

Su resolución fué rápida, extrema.

Dijo "hasta luego" y salió... sin decirle nada a Irene.

¡Aquella poesía era bastante elocuente y no necesitaba explicaciones.

Aquel mismo día se fué de Buenos Aires.

Piensa, sonriendo, de lo que hizo durante los tres años de su ausencia y cómo curó su mal. Todo se lo contaría a Irene. Teniendo sus manos en las suyas, le hablaría así:

—Quise, bien mío, merecer tu amor y ser digno de tu pureza. Quise merecer dignamente el beso de tu boca y el apretón de tus manos. Quise ser tan bueno y tan puro como tú, aconsejado por aquella poesía de Alfonsina Storni que escuchamos juntos y que te habrá explicado el misterio de mi ausencia. Me fui de Buenos Aires porque yo estaba perdido. Tontamente había gastado mi juventud. Quise renovarme. Durante dos años, como simple marinero, navegué por todos los mares. Me bañaba diariamente en agua salada. Me dejé curtir por los vientos marinos y el hielo de los mares árticos endureció mis carnes y templó mi corazón, dándome tejidos nuevos y un



alma blanca. Desde las regiones más lejanas yo te enviaba diariamente mis saludos y rogaba a Dios por ti. Iluminé mi corazón con lecturas de grandes obras. En los tres años no fijé mi atención en ninguna mujer y sólo soñé contigo, con la tranquila seguridad de que me quieres, que me comprendiste y esperas confiada mi vuelta. Volví a Buenos Aires hace un año, pero no me creí bastante puro. No quise verte, porque aún no te merecía. Algo quedaba de aquellos tiempos en los que, sin hallar el amor puro, lo buscaba en lugares donde sólo vileza encontré. Me interné en el país. Visité las regiones heladas de los Andes, admiré sus enormes ventisqueros y vi rodar los aludes y los bloques erráticos. Pasé por las selvas del Norte, donde mi alma volvió a templarse ante la visión estupenda de aquellas maravillas. Bañé mi cuerpo en las fuentes termales, de aguas hirvientes, de aguas carbonatadas, sulfurosas, ferruginosas y cálcicas... Ahora...

Luego le contaré sus aventuras, una por una.

—A la calle Arenales, número 14... Tocó el timbre.

El corazón le latía con fuerza.

Asomó una vieja, desconocida para él. Casi no tenía dientes.

Tuvo una vaga presensación de angustia.

Preguntó por la familia de Irene.

—Hace tiempo que se fueron de aquí. Después de haberse casado la niña Irene...

Abrió grandes ojos y tuvo que agarrarse a una columna para no caer.

La vieja siguió hablando.

Hacía cerca de un año que la niña, que ella había conocido, porque eran vecinas—su patrón compró luego la casa—se casó con un médico, porque el novio que tenía, según se contaba, había desaparecido una noche. El médico era muy rico y se fueron a París, con toda la familia.

Fausto la miraba boquiabierto, estúpidamente.

Al verlo así la vieja cerró la puerta. Siguió caminando, arrastrándose. Llegó a un hotel y pidió alojamiento. Nadie lo hubiera reconocido.

Se arrojó a la cama, vestido como estaba, crispados los dientes y los ojos turbios, negra el alma y el corazón atenaceado por el dolor.

—¿Cómo fué posible? ¿Cómo?

Y aquel hombre, que a la mañana había bajado cantando del tren, lloró. Lloró amargamente, en silencio casi, como jamás lloró un hombre.

Su llanto corrió, como la lava de un volcán ardiente, durante horas enteras.

—¿Cómo fué posible? ¿Cómo?

Pasó el día. Pasaron las primeras horas de la noche.

Aquel hombre, como un autómata, se levantó. No veía. Caminaba dando tumbos. Salió a la calle. Vagó durante horas enteras. No pensaba. Un círculo de hierro parecía apretarle el cráneo.

Nadie detuvo a Fausto. Nadie lo miró.

Llegó frente a una casa de diversiones. Por la puerta entreabierta alcanzó a ver las caras pintadas de las mujeres, sus grandes ojeras. Entraban y salían.

¿Quién sabe por qué estaban ahí!

Una música sollozante desleía los tango de moda, expresión doliente de las amarguras del arrabal. Algunos ebrios cantaban.

Fausto, tambaleándose, llegó hasta la puerta. Pero se detuvo.

Pareció pensar. Algo se agitó en él. Un lejano recuerdo cruzó su mente.

Vislumbró la magia de la cordillera andina. Vió a los gigantes de piedra, con las cabezas blancas, iluminadas por el sol poniente. Y vió una roca, cubierta de nieve, que se desprendía de las alturas e iba rodando hacia el abismo. Caía, caía, hasta perderse en las negruras de una sima...

Un escalofrío agitó su cuerpo.

Luego, no mirando a nadie, entró...

Motivos de la urbe

EL AS DE CORAZÓN

Silencio. Expectativa.

Resbalan en la mesa sobre el verde tapete, las barajas mugrientas por el uso...

Son cartas con alma, que recuerdan el epílogo trágico de una noche siniestra.

En los rostros ansiosos de los tahures, bregan palideces de muerte, rubores de tragedia, porque juegan la vida en el oro que juegan...

El as de corazón

lo atestigua... Una negra mancha sobre su cifra...

Mancha de sangre seca, derramada al final de la jugada aquélla del full, del color, del póker, de la real escalera... ¡Cuando perdido el oro se recurrió a la fuerza!

El as de corazón

con su mancha siniestra resbala en el tapete la diabólica ofrenda del crimen...

Bajo el crimen los hombres juegan, juegan...

E. M. decampo.

En defensa del vino

A propósito de la prohibición en los países limítrofes de Estados Unidos.

Tema del día ha sido en estos días la llamada ley seca. Nosotros siempre hemos estado de acuerdo en que se combatiera el pulque, la bebida maldita de la altiplanicie, la causa directa de la degeneración de estos pueblos, desde la época de los aztecas. También creemos que en el resto del país se debe emprender una ruda campaña, contra mezcales, tequilas y todos los alcoholes venenosos que se extraen del maguey. Son bebidas de tan baja calidad y tan fuerte graduación alcohólica, que no producen más que el entorpecimiento instantáneo y la degeneración progresiva. Lo que en provincias beben indios y criollos, es algo que causa espanto.

Una manera de combatir la embriaguez consiste en saber distinguir las bebidas. Prohibir a ciegos el uso de toda bebida, de bebidas como el vino de uva y la cerveza, sólo porque el tequila y el pulque son nocivos, no es más que un disparate de generalización y un abuso de poder. Se explica que en Estados Unidos, país que llama whisky al vino, y que en efecto lo bebía como si fuera vino, la ley prohibitiva fuese como una bendición. Pero cometeríamos un error al incluir el vino de uva y la cerveza en el estatuto prohibitivo. El whisky y los alcoholes fuertes prosperan sólo donde no hay abundancia de cerveza y vino.

Por otra parte, y aunque afirmen lo contrario médicos pedantes y analizadores de hígados, las bebidas ligeras no dañan la salud. El instituto que las busca sabe más que la ciencia especialista de los microscopios. La vida más sana y más dichosa tiene horas de fatiga y de pena, en las que es un derecho pedir goce o alivio a los productos de la tierra y del ingenio. Si casi todos lo hacemos, alguna vez, ¿por qué hemos de poner en la ley preceptos hipócritas que seremos los primeros en violar? Sólo a un puritanismo ridículo se le ha ocurrido señalar como pecaminosa la buena alegría de un poco de vino; la más barata y más modesta satisfacción de unos vasos de cerveza. Quienes no le hallen a esto gusto, que no se metan en

la vida, aunque se engrían en su propia virtud.

Una virtud, que la mayoría de los casos resulta, nada más, relativa, porque es raro el caso de un temperante de vino, que no padezca en mayor grado que otras gentes, el escorzo, la preocupación del vicio erótico. Una de las ventajas, la más profunda de las ventajas del vino está, precisamente, en que acalla, en que amengua y hasta cierto punto inutiliza la pasión amorosa. Quizá por esto los antiguos divinizaron a Baco; porque de todos los pecados en la lujuria el más peligroso, el más irremediable, el que mayores desgastes ocasiona al cuerpo y el que mayor energía roba al espíritu. Todo lo que contraría la lujuria ha sido bautizado de santo.

No sabemos lo que sería del mundo sin pasiones: los cuáqueros intentaron organizar una sociedad de esta especie y ellos mismos se sintieron espantados por haber creado semejante monstruosidad. No es posible la vida sin los pequeños goces, que no hay que confundir con el vicio. Pero de todas maneras, prefiero, sin vacilación alguna, un pueblo alegre que beba vino como el pueblo español, o francés, o italiano, que un pueblo abstemio como el turco, que no bebe vino, pero en cambio padece de la obsesión de la mujer. Desde hace siglos nadie bebe vino en Turquía, pero su misma decadencia nos demuestra que le ha hecho más daño el amor que el vino.

Cuando las mujeres de la clase acomodada de los Estados Unidos bebían fuerte, la vida de los hombres se volvió tranquila; había menos "dances" y menos tiempo perdido en flirteos. Con la temperancia se han multiplicado de una manera increíble, los bailes a base de limonada, pero con música bárbara, entre pierneo y mejillas pegadas, todo eso tan degradante que, a fuerza de repetirlo, llegamos a mirarlos con bestial indiferencia. El excitante que no se encuentra en la copa, lo extraen de la carne. Huyen de Baco para caer en los brazos de la Venus Negra, de la Venus Simia.

José VASCONCELOS.

Para redimirse

del suplicio que significa padecer de hemorroides, sólo tienen un medio los que sufren esta dolorosa enfermedad: recurrir inmediatamente al uso del Noridal.

Este notable específico domina la enfermedad desde las primeras aplicaciones y consigue extirpar el mal en poco tiempo, evitando la aparición de fistulas, úlceras o gangrena por estrangulación, accidentes que exigirían una arriesgada operación quirúrgica, de posibles consecuencias graves.

El Noridal es una pomada dispuesta en pomos provistos de una cánula con orificios que distribuyen el medicamento en todos sentidos, con lo cual se evita el peligro de adquirir infecciones.

Construcciones navales alemanas para Inglaterra

El hecho de que una casa armadora británica dió a los astilleros alemanes "Deutsche Werft" en Hamburgo el encargo de construir para ella 5 grandes buques a motor, ha causado en la publicidad inglesa y particularmente en las esferas técnicas grande alarma y fué motivo de reñidas discusiones sobre las condiciones actuales de la mayor industria británica: la construcción de navíos.

"Es inútil quejarse de los elevados salarios ingleses—dijo un prominente director de astilleros en una conferencia en el Savoy Hotel.—El problema estriba en la pésima situación de las industrias del carbón y del acero, cuya competencia en los mercados mundiales es punto menos que imposible."

El "Times" acompaña estas palabras con el siguiente comentario: "Alemania tiene tan perfeccionada su organización industrial que Inglaterra con sus circunstanciosos y atrasados métodos no puede competir con ella."

En breve tiempo se sacará a la discusión en la Cámara de los Comunes todo el problema del descenso de la construcción naval inglesa. Miles de obreros, ingenieros y técnicos se encuentran actualmente sin trabajo y muchos encargos extranjeros que antes obtuvo Inglaterra se confían ahora a los astilleros de otros países.

Un insecto que produce semillas de calabaza

La esperanza es un insecto del orden de los ortópteros, de color verde claro que se cría en Honduras. La hembra tiene doble tamaño que el macho y su color más vistoso; su cuerpo de 5 a 7 centímetros de largo, es achatado a los lados, formando en el dorso una pequeña quilla; la cabeza es muy grande, los ojos medianos a los lados de la cabeza, donde tiene dos antenas; las extremidades constan de 3 a 4 artejos. Salta como el chapulín y vive en los lugares donde hay abundante vegetación; no es dañina para la agricultura. Penetra en las casas por la noche, atraída por la luz; esto lo toman muchos como buen agüero para la casa.

Su reproducción es ovípara; son los huevecillos como la semilla del melón, solamente que más pequeños. Cuando las gentes se encuentran una esperanza con el vientre muy abultado, la toman, le sacan los huevos, los ponen a secar, generalmente en el humo, y éstas son semillas de "calabacitos de esperanza", que son muy estimados. Cuando la semilla está seca se siembra y da origen a una planta de la familia de las cucurbitáceas.

Con razón cierto extranjero dijo una vez en su tierra: "el que quiera ver cosas extrañas, que vaya a Honduras".

(Del "Boletín de la Escuela Normal", Tegucigalpa).

Confidencias de autores

Cómo escribo mis comedias

Por LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

Con letra muy menuda y en pequeños cuadernitos. Generalmente, con lapiceros bien afilados.

Nunca he trazado una línea en un café. A lo sumo, escribo en las bibliotecas o en el campo; pero por rarísima excepción. Siempre en mi cuarto de estudio, cómodamente, con recogimiento y silencio, o en la finca donde suelo pasar los veranos.

De día. Pocas veces de noche, y esto sin pasar de las dos de la madrugada. Mi hora propicia para el trabajo es la mañana. Sin embargo, porque así conviene al buen orden de mi vida, escribo siempre por las tardes.

Nunca pongo la primera palabra sin tener perfectamente pensada la totalidad de una comedia, escena por escena. Así, hay temporadas largas en que no escribo nada y otras en que escribo demasiado.

Quisiera ordenarme, como ciertos grandes escritores, por parecerme a ellos siquiera en esto, para escribir ocho o diez cuartillas diarias; lo que supondría, al fin de un año, considerable producción. Pero ni aun en esto puedo aproximarme a ellos.

Soy desigual. Me pasaría meses enteros encerrado, sin asomarme a la calle, trabajando; y otros, en cambio, me causa horror la pluma. Sin embargo, mi voluntad de trabajo hace que las épocas de ocio sean menos que las de labor.

Lo que más esfuerzo me cuesta, sin ser excesivo, es imaginar mis comedias. En los períodos de elaboración mental soy un hombre fuera de la realidad. En la calle, en la tertulia, en el espectáculo, esté donde esté, pienso en mi idea. Cuando considero que mi pobre inteligencia no ha de dar más de sí sobre un asunto y lo acepto como viable, descanso. La idea y su desarrollo, que surgen casi simultáneamente, duermen unos días.

Al fin me pongo a escribir. Esto me es facilísimo. Lo mismo en verso que en prosa, tacho muy poco, aunque corrijo cuidadosamente, porque, en general, la expresión que considero justa nace a la primera vez.

El verso no me arrastra jamás. Para evitarlo desde mi primera comedia me discipliné severamente. Antes de empezar a escribir versos dialogo toda la comedia en prosa, como si ésta fuera de forma definitiva; aunque, claro está, de un modo sucinto, esquemático, como guión cinematográfico o patrón de ideas y sentimientos.

Luego, sobre esta prosa telegráfica y desmenuada voy construyendo el verso. De este modo, el verso se ajusta siempre a la idea y la acción, sin que éstas sean arrolladas por el lirismo. Por eso la exuberancia lírica, los parlamentos de efecto y las tiradas de verso que la crítica me atribuye como defectos nacidos del vértigo lírico, no son nunca sino elementos buscados friamente por mí y puestos allí para un fin especial, que hasta hoy no me ha fallado.

Si me dejase arrastrar del verso estaría perdido. Tal es la gran facilidad que Dios me ha otorgado. En cuarenta minutos está pensado y escrito el romance "Doña Blanca", drama en un acto, que estrenó María Guerrero en uno de sus beneficios.

¿Cuánto tarda en escribir una comedia? Desde una semana hasta un año. Es decir, en escribirla materialmente, poco. Pero considerando que lo esencial es el período imaginativo, el plazo varía mucho. Comedias tengo pensadas y escritas sin interrupción. Otras exigieron un proceso muy largo. "La dama del armiño" está realizada en dos meses. En "El doncel romántico" tardé cerca de un año.

Tampoco el éxito está relacionado con la facundia o premiosidad del autor, con el cuidado o descuido que en la obra ponga, ni con el cariño que la profese. En quince días, y con todo amor, está escrita "Lupe la malcasada", que vivió once representaciones. En nueve días, y con poco entusiasmo, está escrita "La Bejarana", que lleva varios centenares. El "Bandido de la Sierra" fué también obra fácil y de pocas vacilaciones, y hasta la fecha es la que más remuneración me ha

producido y la que más se representa entre las mías.

Entiendo que para la perfecta unidad de la obra, el autor debe empezar a escribir por la primera escena hasta acabar por la última siguiendo el orden de sucesión, sin dejar lagunas, ni aplazar para otro día la escena que se presenta difícil. Esto es lo único que hace variar el tiempo empleado por mí en escribir una comedia: el no pasar a lo consiguiente sin haber resuelto lo precedente. La resolución del acto cuarto de "El doncel romántico", que fué el más discutido por todos y el que a mí me gusta menos, me detuvo detenido más de tres meses, sin escribir una sola línea del acto final, que ya tenía minuciosamente pensado y solucionado.

Siempre trabajo en una sola obra. Sólo por causas muy apremiantes interrumpo la empezada para atender a otra. Roto el hilo de la emoción me es muy difícil reanudarla.

Porque trabajo siempre con emoción. La imaginación de la obra y su distribución en actos y escenas es fría, puramente cerebral. Su realización formal es emotiva. Desde que pongo la primera línea hasta la palabra "telón", siento una a modo de fiebre o pasión que me hace desear

que las horas se alarguen y el tiempo no corra. En estos momentos las exigencias de la vida: comer, dormir, una visita inoportuna, me producen verdadero enojo. Por eso no siempre que quiero puedo empezar una comedia, y por eso lo eventual en mí es el momento de empezar. Una vez empezada y tomada lo que en argot profesional llamamos "la embocadura"—esto es, el tono, el aire—lo demás es coser y cantar.

Hasta hoy si tengo queja de mi "modo" de hacer comedias en cuanto al valor artístico de éstas, no lo tengo en cuanto a su resultado. Desde 1921 en que se estrenó "La dama del armiño", llevo estrenadas ocho comedias, todas con éxito indudable, a pesar de la oposición tenaz que me hace la crítica. De ellas—salvo "Lupe la malcasada", que, como ya he dicho, tuvo una vida efímera—la que menos ha pasado de las cincuenta representaciones, y algunas, como "La dama del armiño", "El bandido de la Sierra" y "La Bejarana", han quedado de repertorio. "Doña Diabla" lleva el mismo camino.

Por eso a mi letra menudita, a mis lapiceros bien afilados y a mis pequeños cuadernitos, les atribuyo cierta virtud mágica que procuraré merecerles siempre.

Fiesta de Corpus en el Cielo

Por HORACIO QUIROGA

Como es sabido, en el cielo se festeja Corpus Christi mucho más que en la tierra. La luz angelical es reemplazada ese día por los destellos del Espíritu Santo. Pero como la fluorescencia divina es silenciosa, entredírense en esa ocasión las cortinas inferiores, y llega así hasta el cielo la armonía de los mundos que antes creó el Señor: es la única música.

Bien se comprende que Dios—Causa, Efecto, Presencia y Alegría de todo y sí mismo—se halla muy por encima de todo festejo. En cambio, a Jesucristo, que tuvo demasiado tiempo, forma y quebranto de hombre, no le es dada la absoluta serenidad del Padre, siendo de ahí susceptible de variación de ánimo. El día de Corpus Christi es pues consagrado a su gloria particular. A fin de que ésta irradie sobre el mundo gigante allá abajo.

Es vieja costumbre que las almas de todos aquellos que tuvieron trato con Jesús organicen ese día un afectuoso desfile delante suyo. hosanna a la Bondad, Tolerancia, Caridad, triángulo divino de su peregrinaje por la tierra.

Ahora bien; el último año la sacra fiesta se vió turbada, ¡y qué inesperadamente! Los hechos pasaron del siguiente modo:

A la una de la tarde la procesión comenzó a desfilar delante del Trono. Jesús, emocionado ante esas caras conocidas, porque aun no ha perdido del todo los sufrimientos de su viaje a la tierra en tiempos del imperio romano, se mantenía de pie al lado del Señor. Pasaron primero las dos mil criaturas degolladas en Bethlehém, sonriendo al celestial vecino de dos años. Luego, los innumerables mártires de nombre ignorado. Después, las piadosas hierosolimitanas que fueron a recibirle con palmas en las puertas de la ciudad. En pos de ellas pasó la mujer adúltera, perdonada por Jesús, a pesar de sus muchas faltas.

El desfile, entonces, se individualizó—por decirlo así—pues cada persona representaba un mundo de dolores en la Redención. Así pasó Pedro, apóstol huiclose que, sin embargo, le negó tres veces. Pocas emociones fueron más tiernas que la de los celestes espectadores cuando el influente anciano llegó, disimulado en las alas, a pedir una vez más perdón a Jesús. Algunos arcángeles lloraron. Entonces, transportados los ángeles y los justos levantaron la voz, enviando esa gloria a todos los ámbitos del cielo:

—Pedro lo negó y fué perdonado.
Desde ese momento el entusiasmo cantó cada nuevo triunfo. Pasó Caifás, que se había ensañado de qué modo con Jesús. Y el coro cantó:
—Caifás lo persiguió y fué perdonado.

Luego, Pilato, las manos mojadas aún, y Cristo, al verlo, no pudo reprimir un ligero sobresalto. Pero, a pesar de todo, sonrió al Procurador con divina clemencia, porque si bien fué hombre treinta y tres años, eternamente había sido Dios. Y el hosanna llenó de nuevo el cielo con su gloria:

—Pilato lo condenó y fué perdonado.
Pasaron Herodes, Cleofás, Longinos, Antipas, todos los que habían hundido su puñal en el Divino Cordero. Y el último fué Judas. El antiguo Tesorero se tapó el rostro, gimiendo aún de ver-

guenza. Y el coro, esta vez, llegó a las más lejanas circunvoluciones del cielo:

—Judas lo vendió y fué perdonado.

¿Qué más era posible? Todos lloraban de entusiasmo.

—¡Ah, el perdón, el divino perdón!—murmuró Jesucristo, levantando la cabeza en una efusión de indulgencia pícara que es su encarnación misma.

Pero he aquí que cuando ya se creía concluido el desfile, un hombre llegó hasta el trono celestial y se detuvo inmóvil, la expresión desabrida y cansada.

—¿Qué quieres?—le preguntó Jesús con dulzura.

—Señor—dijo el hombre.—No he podido soportar más sin hablarte. He visto y oído, pero me parece que esa gloria tuya que cantaban no está completa.

El coro se miró, mudo de asombro: ¡La gloria de Jesús no era completa! ¡La bondad del Señor no era absoluta! ¡Cómo era posible decir eso!

—No sé de lo que hablas—dijo suavemente Jesús.

—Señor—continuó el viajero en el profundo silencio que se hizo.—Sé que tu tolerancia y caridad son inmensas. Sé que Pilato te sentenció y fué perdonado; que Judas te vendió y fué perdonado; todos lo fueron. Sólo a mí no ha alcanzado tu perdón. Perdonaste a los que te negaron, te persiguieron, te vendieron y te crucificaron; y a mí, porque te negué un vaso de agua, me condenaste para siempre!

Un cuchicheo de sorpresa y horror corrió por los espectadores:

—¡El Judío Errante!

Era él, en efecto. Su queja parecía un rudo desahogo, debido seguramente a que, amargado por su eterno sufrimiento, no recordaba que estaba delante del Tribunal Supremo.

—Yo no te pedía más que un poco de agua, Ashavero,—le dijo Jesucristo tristemente.

—Ya lo sé—respondió el Judío Errante con amargura.—Pero yo estaba en el mismo caso que la muchedumbre de ese día, e igualmente excitado contra ti. Mientras yo me negaba a darte de beber, otros te negaban cambiar de hombre la cruz, arrojaban clavos delante tuyo para que no pudieras caminar de dolor y adofectarte. Y a todos has perdonado, menos a mí... ¡Ay! Los juicios divinos son irrevocables.

—¡Anda, Ashavero—le dijo Jesús dulcemente. El Judío Errante no respondió y deshizo su camino. En las lejanías crepusculares del Paraíso, rodaba aún, apagándose, el hosanna simbólico de ese día: "Judas lo vendió y fué perdonado."

—Ashavero lo negó de beber y no fué perdonado—remedó él. Luego, habiendo llegado a las puertas del cielo, sacudió el polvo de sus sandalias sobre ese suelo ingrato y volvió a la tierra.

Con este incidente los festejos murieron. Ya no era posible el himno de Absoluta Bondad: había uno que no había sido perdonado. El destello divino se apagó, las almas se dispersaron en silencio, y los ángeles, de nuevo luminosos, vagaron distraídos hasta la caída de la noche.

Mucho me temo que este año la fiesta no se haya repetido.

Un buen partido

Por L. CAPRICE

Siempre que Felipe Moreau pasaba por la calle de las Damas no dejaba de entrar en la casa número 10, para ver, decía, a la señora Magache, la legendaria portera y, en realidad, para evocar los recuerdos de su primera juventud, de la edad de floridas ilusiones. Sentado en el cuchitril de la portera, veía los mismos muebles, las mismas cosas e iguales escenas que cuando tenía 20 años, negra la cabellera, lisas las piernas, viva la mirada y el espíritu abierto a grandes aspiraciones... con lo cual se sentía rejuvenecido, olvidando por unos momentos la realidad presente, tan pobre ya de ilusiones.

La señora Magache, en cambio se conservaba como si no hubieran pasado por ella los años, y continuaba, como siempre, lista, maligna, adusta, siendo el tirano de la casa y el terror de la calle, ahuyentando a escobazos a los perros y a los organilleros...

Transcurrió un largo período sin que Felipe Moreau apareciera por la calle de las Damas; pero, al fin, un día presentóse allí de nuevo.

—¡Buenos días, señora Magache! Ya me daría usted por muerto, ¿verdad?

—¡Toma! ¡Si es monsieur Felipe! ¡Y tanto que le creía en el otro mundo! Le echaba mucho de menos. Como que he ido a su casa a preguntar por usted...

—Sí, señora Magache; mi doméstico me ha dicho que dos o tres veces había estado una señora con un mantón colorado...

—Es claro... yo misma... no había de ir con las trazas que tengo aquí... y el muchacho me dijo que estaba usted muy lejos... no recuerdo...

—En el Cáucaso.

—Sí, me pareció que dijo eso... ¿qué ha hecho usted por allí? ¿Siempre plantando?

—Siempre, señora Magache; allí he pasado más de cuatro años.

—Pues debe ser muy malo aquel país; viene usted negro.

—Es del aire y del sol... pero el país es sano.

—Sin embargo, el aire de París le sentaba a usted mejor. ¡Buena diferencia de cuando estaba usted aquí!

—Pero es que yo tenía entonces veinte años. ¿Y vuestra sobrinilla, cómo está? ¿Por dónde anda?

—¿Magdalena? ¡Buena pieza!... Como es sábado ha ido a entregar sus plumas. ¿Sabe usted? Se dedica a la preparación de plumas de pájaro para los sombreros...

—No lo sabía. Estará ya hecha una moza.

—¡Ya lo creo! Haría un buen soldado si tuviera pantalones. Va a cumplir los veinte años... frescachona, rolliza, ¿y come? ¡Válgame Dios! ¡Si la viera usted comer!

—Pero trabajará mucho.

—Eso sí, porque si no yo no la podría mantener. Afortunadamente, gana más de cinco francos diarios.

—¿Con el negocio de las plumas?

—Sí, señor; pero crea usted que se los come ella sola. No ahorra nada.

—Habrá que casarla, señora Magache.

—¡Ah! ¡Pretendientes no le faltan! el fontanero, el ebanista de al lado, el cocinero del restaurante de volanderos... pero yo tengo mi idea... Espere usted que voy a cerrarle la puerta, y voy a contárselo a usted... y luego usted, que pinta y que habla

tan bien, seguramente convencerá a Magdalena...

—¡Ah, vamos! Usted tiene un partido en cartera... pero no es del agrado de Magdalena.

—¿Qué quiere usted! ¡A los veinte años las mujeres son tan tontas! Sobre todo estas muchachas de París... Pero yo le tengo preparado un marido excelente; un partido soberbio... es un inquilino de esta misma casa... en el quinto piso... ciego...

—¿Cómo! ¿Un ciego, señora Magache? ¿Va usted a casar a Magdalena con un ciego?

—Sí, señor; un ciego. ¿Por qué no? Es una profesión como otra cualquiera. Además, es buen mozo, tranquilo, de veinticuatro años, y que

Mi pacto con el lobo

Oh, ven, hermano lobo, sé mi hermano. Tú de lobo la piel tienes siquiera, y a cuántos hombres he de dar la mano que bajo piel humana y de cristiano esconden acechanzas de pantera.

Oh, ven, hermano lobo, yo te quiero, yo quiero hasta tu nombre, Tú eres lo que naciste, Dios no te dió su imagen como al hombre y la imagen de Dios no pervertiste.

Yo sé al quererte, oh lobo, que amo a un lobo y a mi amistad le basta ver que con piel de oveja no te escudas: cuántas veces yo quise a "los amigos" y me vendieron luego peor que Judas en pública subasta!... o en su cueva escondidos me burlaron y hasta mi alma y mis huesos devoraron.

Oh, lobo, hagamos pacto para siempre que jamás lo quebrante humano encono: hermano me dirás, te diré hermano; tu ser de lobo yo te lo perdono y perdóname tú mi ser de humano.

Alfonso DURAN.

tiene ya dos obligaciones del Crédit Foncé. ¿Qué le parece a usted? A los veinticuatro años, y con dos obligaciones que pueden llegar a producir millones...

—¿Y quiere a Magdalena?

—Ya lo creo, está enamorado de ella.

—¿Y cómo se ha enamorado, si es ciego?

—Pues de oírle cantar. Usted no sabe que voz más preciosa tiene Magdalena.

—Y Magdalena, ¿qué dice de ese muchacho?

—No le hace caso, y es lo que siento.

—¿Y en qué se ocupa ese ciego?

—Pide limosna.

—¿Y quiere usted casar a Magda-

lena con un mendigo? Eso es absurdo, señora Magache.

—¡Absurdo! ¡Un mozo que a los veinticuatro años tiene ya dos obligaciones del Crédit, que es económico, tranquilo, que no bebe ni juega más que al dominó!...

—¿Que juega al dominó!...

—¡Ya lo creo! Y mejor que usted y que yo. Todos los días, al anochecer, cuando vuelve de su jornada, echamos una partida... ¡Si parece que tiene los ojos en la punta de los dedos ese demonio de ciego! Eso le distrae un poco... hay que hacerse el cargo... después de estar diez horas a la puerta de una iglesia...

—Señora Magache... insisto en que no es ese el marido que corresponde a su sobrina.



—¿Y por qué no? ¿Dónde se va a encontrar otro mejor?... Desde hace seis años, un día con otro, sale por ocho o diez francos... y eso sin oficio; no hay paros, ni huelgas, ni temporadas muertas. Además, no tiene gastos... un par de zapatos le dura seis meses... el perro no le cuesta nada; porque le conocen en todo el barrio y todo el mundo le da algo de comer. Luego, el muchacho no anda mendigando por esas calles no, señor; ya se lo he dicho a usted. A sus iglesias y nada más... San Roque, San Sulpicio, la Magdalena... ¡Y si viera usted! Es tan amable, tan atento... no pasa un domingo sin que traiga un ramillete de violetas para Magdalena...

—Todo eso está muy bien... señora Magache; pero ¡me parece muy triste eso de que un marido no vea a su mujer... ni a sus hijos, si los tiene...

—¡Ya lo creo que los tendrá! Y eso enternecerá más a las gentes... ¡un padre que no ha visto nunca la cara de su hija! ya lo tenía yo previsto... le digo a usted que un marido como ese no lo encuentra Magdalena ni con candil...

Adiós, monsieur Felipe.

Y siguiendo con la vista al visitante, que se alejaba, la portera continuó murmurando:

—¡Vamos! ¡Despreciar así a un ciego! ¡Quién sabe! Puede ser que con todos tus años y todas tus pinturas no tengas ni una sola obligación del Crédit.

El muérdago y las hemorragias

El muérdago, la planta sagrada de los antiguos druidas de la Galla, ha gozado siempre de gran reputación. Cuando perdió sus atributos sagrados, se le atribuyó el poder de dar la felicidad a la casa donde se conservaba. Además, es la planta de los enamorados; en los países anglo-sajones, bajo el ramo de muérdago pueden impunemente besarse muchachos y muchachas el día de Navidad.

Pero el muérdago tiene otras propiedades, menos poéticas si se quiere, pero mucho más positivas. Es un medicamento a la vez purgante y vomitivo, si se le absorbe en grandes dosis. Tiene además las cualidades de calmante, sedativo y antiespasmódico. Su principal utilidad, sin embargo, estriba en que una infusión de muérdago puede contener las hemorragias, o mejor dicho, cierta clase de hemorragias, provocando una rápida disminución de la presión de la sangre. De aquí que esta planta sea muy útil en la hipertensión de la sangre, en el endurecimiento de las arterias, enfermedades que con frecuencia van acompañadas de hemorragias.

PLANTAS VENENOSAS DE JARDIN

El hombre ha buscado para adorno de sus jardines las plantas más lindas y que dan flores de más delicados matices; pero entre estas plantas hay muchas con las que se debe andar con cuidado, pues bajo su bella apariencia ocultan propiedades tóxicas más o menos acentuadas.

La modesta violeta es un ejemplo. Mientras sus flores secas tienen aplicación en medicina, sus simientes y su rizoma son muy venenosos. Introducidas por descuido en la boca, las semillas pueden penetrar en el aparato digestivo, y en este caso provocan náuseas y vómitos muy dolorosos, acompañados de fenómenos nerviosos que pueden llegar a ser mortales si la dosis es un poco crecida. Lo más curioso, es que las variedades de violeta que mejor huelen, son precisamente las que tienen la raíz y las simientes más mortíferas.

Los hermosos rododendros, más conocidos en España bajo el nombre de rosales de los Alpes, son también muy tóxicos. En las montañas donde esta planta crece espontáneamente, muchas vacas y cabras se envenenan por comer sus hojas. El mismo peligro, pero elevado al extremo, encierra la adelfa, que tantos envenenamientos ha ocasionado en hombres y animales. En una habitación cerrada, las simples emanaciones de sus flores bastan para producir intoxicaciones. Dos gramos y medio de flores secas de esta planta, son suficientes para matar a un gato. Más de una vez, se ha dado el caso de morir una persona por haber agua donde habían caído hojas de adelfa.

Aunque no tan peligrosa, la azalea tiene también cierto carácter ponzoñoso. Ya Jenofonte habló de los terribles efectos que produjo en el ejército de los Diez Mil el haber comido miel de abejas que habían libado en las azaleas.

El mismo tulipán, que tan hermosas variedades representan en nuestros jardines, encierra en sus cebollas un principio venenoso denominado tulipina: los jardineros deben cuidar mucho, por consiguiente, de que las cebollas de tulipán no queden en sitios fácilmente accesibles, donde pudiera comerlas algún animal o, lo que es peor, llevarlas a la boca algún niño.

Ciertas primaveras deben manejarse también con precaución. La llamada primavera oheónica, sobre todo, es muy peligrosa, porque sus tallos y sus hojas están cubiertos de pelitos que segregan un principio ponzoñoso y que fácilmente penetran en la epidermis cuando se toca la planta. Este principio cáustico tiene la propiedad de provocar una erupción en la cara y en las manos con todo el aspecto de la eczema o de la erisipela. Por fortuna, la cosa no suele pasar de ahí, y el resultado de la penetración de los picos pelillos desaparece tras repetidas lociones de ácido fénico puro concentrado y de glicerina.

La mayor parte de los aros son también venenosos. Sus frutos, casi siempre de vivos colores, tientan a veces la golosina de los niños, que se envenenan al comerlos, y su jugo es muy irritante y puede causar trastornos en las mucosas del tubo digestivo cuando penetra en cierta cantidad.

Las euforbias, tan buscadas por algunos jardineros por su extraño aspecto, encierran igualmente un jugo acre que puede producir la intoxicación, aunque por fortuna rara vez mortal. También son ponzoñosos la mayor parte de los iris, pero como suelen crecer en el agua espontáneamente, ni están demasiado al alcance de las personas imprudentes ni requieren la proximidad o los cuidados del jardinero.

Mucho mayor peligro encierran las anémonas, algunas de cuyas variedades gozan, por su belleza, de gran favor en floricultura. Todas ellas pasan por ser venenosas, aunque realmente no se tiene certeza de que lo sean más que tres de ellas; pero éstas lo son en todas sus partes. Su principio tóxico es mucho más terrible para los animales que para el hombre, en el cual sus efectos no pasan de accidentes locales de irritación o tumefacción. Una variedad propia del Kamtschatka es empleada por los indígenas de aquel país para emponzoñar sus flechas.

Una de las plantas más peligrosas de nuestros jardines, es la lobelia, tan frecuentemente em-

pleada para hacer bordes de macizos y ornamentar balcones. Contiene un latex muy acre que, si salta a los ojos, produce fuerte inflamación; pero sus efectos son aún peores dentro del cuerpo, asemejándose bastante a los de la belladona. Como ésta, ocasiona violentos vómitos, alucinaciones, mareos y, si se ingiere en cantidad algo regular, puede causar la muerte. La especie más

peligrosa es la lobelia ardiente, pero la lobelia erina, cuyas variedades blancas, azules o violáceas son las que con más frecuencia se ven en los jardines, no debe mirarse con menos precauciones.

De las plantas de estufa, una de las más venenosas es la aristoloquia grandiflora, que se cria en las regiones más cálidas de América. En las Antillas francesas, llaman a ese vegetal "mata-cerdos", nombre que por sí solo indica sus efectos. Lo peor es que las aristoloquias no son sólo nocivas para los cerdos, sino también para los hombres. En Europa existen algunas variedades espontáneas, cuyos efectos en el hombre se desconocen; pero se sabe que tiene veneno bastante para intoxicar a un caballo.

Venenosas son también las hojas del barniz del Japón o árbol del cielo, y las flores de ciertos narcisos, pero de las plantas que con más frecuencia se ven en los jardines, las que más precauciones exigen son las anteriormente citadas.



El elixir de vida

Fácil es contrarrestar el deprimente estado que predomina en las personas debilitadas, sea a consecuencia de una enfermedad sufrida, imperfecta asimilación de los alimentos o falta de apetito.

Bien probada, y ya de todos conocida, es la eficacia imponderable de la Malta Palermo en tales casos

Por la completa asimilación de sus altos valores nutritivos, su fácil digestión y agradable sabor, ocupa una ventajosa posición como reconstituyente natural, nunca mejor justificada que cuando se trata de personas de estómago delicado

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires



Malta
PALERMO

S e r m ó n

(Del libro "Suburbio", próximo a aparecer)

—Che, Luisa, vení acá, ya van dos veces que te veo del brazo de ese petiso zonzo y melenudo de sombrerito claro...

¡Avisá si has perdido la chaveta! le ví armar un escándalo... por sinvergüenza y puerco... ¡un petiso que no vale un centavo!

Viene lleno de orgullo y se te planta en la puerta, lo mismo que un caballo; le da vuelta a los guantes, con gran ínfula. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo conocí al venir de Caballito en el 84... Me habló, nos entendimos y ahora viene todas las noches a charlar un rato.

—¿Trabaja ese "mosito".
—Sí, trabaja, es "empleao" de un banco...
—Presentamelo a mí... A ver qué quiere, no vaya a ser que sea un "pelagatos".

—Cuando le hablo de "usté", se hace que no como disimulado...
Parece que no quiere conocerla...
—¡Al que va conocer, es a tu hermano!

Y... ahora mismo ¡Julián! a un "cajetilla" que habla con ésta... de sombrero claro, dale dos cachetadas, por engreído pa que no venga más, el desgraciado...

Felipe H. FERNÁNDEZ.

Una nueva leyenda habsburguesa

A mediados del pasado mes de marzo murió en Viena un anciano que había vivido en luctuosa indigencia, y sin embargo se rumorea, y aun se afirma con insistencia, que este pobre viejo fué un miembro legítimo de la dinastía de los Habsburgos. El finado se llamaba Juan Alberto Goebel, y su señora, algunos habitantes de casa y un abogado sostienen terminantemente que en él ha bajado a la tumba el archiduque Juan Salvador, que más tarde tomó el nombre de Juan Orth. Sabido es que el archiduque abdicó de todos sus títulos y prerrogativas como miembro de la familia imperante cuando, contra la voluntad de sus allegados, contrajo matrimonio con Milli Stubel, una linda burguesita de Salzburgo. Apenas había celebrado sus bodas se embarcó a bordo del "Santa Margareta" para emprender viajes de exploración. Nunca se volvió a oír nada ni del buque ni de su dotación o de sus pasajeros. Evidentemente se había hundido en la terrible tempestad llamada de "Cam-lises", y el archiduque lo mismo que sus acompañantes pasaban por muertos.

El hombre que el 16 de marzo falleció en la capital austriaca no reveló a nadie su identidad, y sólo hace cinco años la descubrió a su esposa, obligándola a observar un silencio sepulcral sobre este secreto. En efecto, nadie se enteró jamás del misterioso caso, aunque el matrimonio lo pasaba con la mayor estrechez y tenía que recurrir al comercio ambulante para ganar su mísero sustento. Los documentos del difunto estaban extendidos a favor de Juan Albert Goebel, nacido en Mauer cerca de Viena; pero es muy cierto que el fenecido no era idéntico con este personaje, y que también su edad era muy otra que la que figuraba en esos papeles. Juan Orth habría cumplido ya 74 años, mientras el pseudo-Goebel no admitía para sí más que 59, pero su fisonomía delataba una edad mucha más avanzada.

La viuda de Goebel pretende haber conocido a su esposo en el año 1901 en el distrito del Ruhr y haberse casado con él un año después. Goebel era entonces primer camarero y administró más tarde el restorán "Thaliatheater". Pero, la empresa no floreció y en 1903 se trasladó el matrimonio a Frankfurt del Main. Al año siguiente marcharon los dos a Viena ganándose allí la vida como mejor pudieron. Las últimas palabras que Goebel dijo a su mujer cuando ya se aproximaba la muerte fueron: "Me han dicho que algún día llegaría a ser rey". De su vida pasada no hablaba nunca el difunto, y ni siquiera a su mujer ha referido su lance amoroso con Milli Stubel. Lo único que ha contado con algún pormenor fué la catástrofe en que se hundió el buque. Dijo que con el barco se había perdido toda la tripulación y que él fué el único que pudo salvarse a una isla, donde mujeres negras le hallaron y le dispensaron todos los cuidados posibles. Goebel se complacía mucho en ha-

cer regalos en cuanto se lo permitían sus tristes circunstancias; pero él mismo no aceptaba nunca nada, ni siquiera un simple cigarrillo. Las gentes que le conocían le pintan como un carácter impetuoso y prepotente, de modales huraños y muy taciturno. Su instrucción estaba muy por encima de lo vulgar, pues el difunto hablaba corrientemente las lenguas francesa, inglesa e italiana y entendía también el checo. Goebel leía muchísimos periódicos y libros y sabía taquigrafar. En cuanto al aspecto exterior no cabe duda que su rostro presentaba muchos rasgos típicamente habsburgueses. Sus facciones son resueltas e inteligentes y se refleja en ellas un concepto elevado de la vida y de las cosas humanas. En ningún caso es su fisonomía la de un mozo de café o de un buhonero. Ciertamente es que un misterio rodea al muerto, sin que por eso se pueda considerar probada su identidad con Juan Orth.

Hans G. KRAMER.



¡Qué pereza tengo!

No tengo ganas de trabajar; tengo la cabeza pesada; las ideas no me vienen; me echaría a dormir todo el día.

¿Qué quiere decir esto? ¿Es acaso normal que esté así un hombre sano?

¡No, no y no!

Este hombre pasa por un momento de debilidad, debe reaccionar, no solamente para sí, sino también para los que le rodean y que se afligen de verle en ese estado.

Para ayudarlo a reaccionar está la

NUCLEODYNE

(EL TÓNICO QUE NO ENGORDA, PERO QUE DA FUERZA)

que tomado a la dosis indicada, en pocos días le devolverá su coraje y sus bríos.

La NUCLEODYNE, que hoy por hoy es probablemente el mejor medicamento tónico que existe en farmacia, contiene fósforo fisiológico, que es el alimento de las células del cuerpo; estrienina, tónico por excelencia de los nervios, y zumo vital de toros, que favorece la función de todas las glándulas del cuerpo.

Nosotros tenemos mucha fe en la NUCLEODYNE, pues ha sido creada y preparada en nuestros laboratorios.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires



Un tren de pasajeros del Central Córdoba, procedente del Retiro, se precipitó desde el viaducto del kilómetro 9, ocasionando tres muertos y cuarenta heridos



Dos instantáneas del estado en que quedó el convoy, tomadas poco después del accidente. Como puede observarse, los vagones y la máquina que componían el tren formaron un montón informe de maderas y hierros, bajo el cual se hallaban aprisionadas las víctimas.



El maquinista Pedro Schiavi, conductor del tren, muerto en la catástrofe.



Rogelio Ojeda, pasajero, muerto.



Pedro Antonio Díaz, empleado del F. C. C. C., muerto.



Félix M. Roberts, fogonero de la máquina, milagrosamente salvado.



Pedro Lucessi, herido.



Parte del público que se trasladó al lugar del accidente, presenciando los trabajos realizados por los bomberos, para extraer a las víctimas.



El guarda del F. C. C. C., José Vega, y algunos de los pasajeros que resultaron heridos.



Otros dos de los heridos en el fatal accidente.



Inauguración del mausoleo erigido al brigadier general Martín Rodríguez



En el cementerio del norte, realizóse la inauguración del monumento levantado a la memoria del brigadier general Martín Rodríguez, por decreto de la intendencia municipal, cuando esta repartición se hallaba a cargo del señor José Luis Cantilo. — A la izquierda: vista parcial de la concurrencia que asistió al acto, escuchando el discurso del general Vernengo. A la derecha: el palco oficial ocupado por el presidente de la República, a quien acompañan los señores Antonio Sagarna, ministro de Instrucción Pública; Carlos M. Noel, intendente municipal; José Luis Cantilo, gobernador de la provincia de Buenos Aires; general Justo, ministro de Guerra y general Broquen

El viaje del escritor paraguayo O' Leary



El talentoso escritor paraguayo, y colaborador de FRAY MOCHO, don Juan E. O'Leary, que recientemente fuera nombrado cónsul del Paraguay, en Madrid, acaba de ausentarse con destino a España, siendo despedido en el puerto por numerosas personas. — A la izquierda: el señor O'Leary. A la derecha: el cónsul del Paraguay acompañado de su esposa e hijos, a bordo del vapor alemán "General Belgrano", en el cual realiza el viaje

El interventor nacional en San Juan



El general de brigada Eduardo Broquen, designado por el Poder Ejecutivo, Interventor Nacional en la provincia de San Juan

La renuncia del ministro del Interior



Doctor Vicente C. Gallo, que, a raíz de su último discurso en el Senado, presentara al presidente de la República la renuncia de la cartera del ministerio del Interior.

Visita del presidente del Concejo Deliberante, doctor Horacio Casco y de varios concejales, a la zona sud del Caballito



Invitados por una sociedad de fomento de Caballito Sud, concurrieron, en visita de inspección, el presidente del Concejo Deliberante, doctor Casco, y algunos concejales, los cuales fueron luego obsequiados con un banquete ofrecido por aquella asociación. — Una vista parcial de los comensales

Los nuevos generales del ejército



Doctor Julio A. Garino, director general de Sanidad del Ejército, recientemente ascendido al grado de general de brigada. — Este acertado nombramiento ha sido recibido con general complacencia, por las relevantes dotes que adornan la personalidad del doctor Garino.

Caricaturas de actualidad, por Sanguinetti



Mr. Georges Picot, nuevo ministro de Francia, en la República Argentina.

71° Aniversario del natalicio del doctor Estanislao S. Zeballos



Con motivo de cumplirse el septuagésimo primer aniversario del natalicio del doctor Estanislao S. Zeballos, tributóse un homenaje a la memoria de este ilustre patriota. El acto, que fué organizado por la Asociación que lleva su nombre, realizóse ante la tumba que guarda los restos del extinto, en el cementerio de la Recoleta. — La concurrencia escuchando una marcha fúnebre ejecutada por la banda municipal.

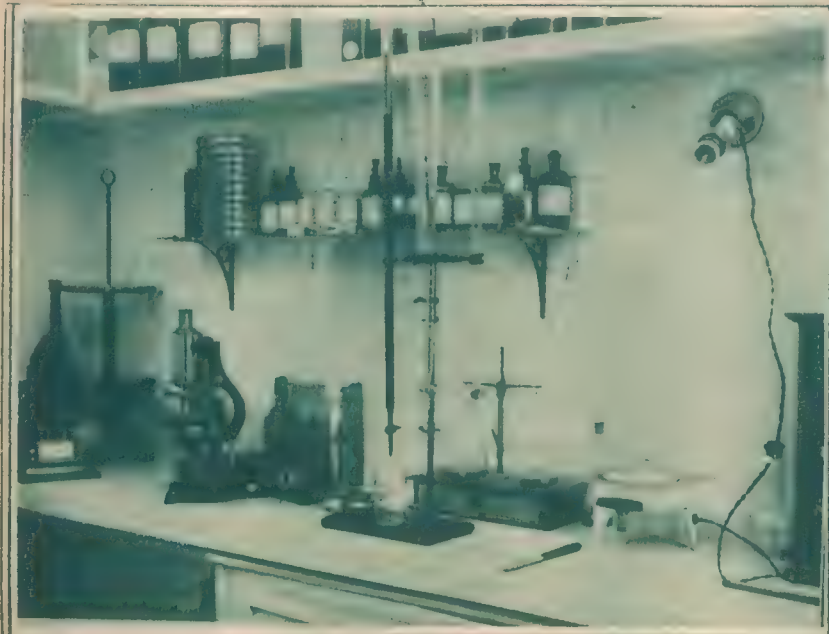


El señor Raúl Ortega Rodríguez, haciendo uso de la palabra.



Inauguración de un consultorio médico, en el Banco de la Nación, casa central

Recientemente ha sido inaugurado un consultorio médico en la casa central del Banco de la Nación Argentina, destinado a prestar servicio de urgencia, tanto a los empleados de dicha institución, como al público que se halle en el recinto. — El director del consultorio, Dr. Fidel E. Alsina (X), acompañado por el Dr. Carlos B. Broderick y los practicantes Astore Verardini, Gregorio Lifchitz y Orfilio Palma, que prestarán servicios profesionales en el mismo.



Un detalle del laboratorio químico



La secretaria del consultorio médico

De Rosario de la Frontera



Vista general del edificio de las termas de Rosario de la Frontera, con el nuevo cuerpo de ampliación del mismo, que el que aparece a la derecha, recientemente librado al servicio público



Familia del Carril de Grondona.



Señora Dolores Cueto de Basso



FOOTBALL - Platense v. San Lorenzo de Almagro - Huracán v. Argentinos Juniors



Una vista de conjunto de la tribuna popular, en el match Platense v. San Lorenzo de Almagro.



Orio, el guardavalla de Platense, interviene con éxito en un momento de peligro.



Otra incidencia del encuentro que despertó interés en el público.



Equipo de Platense que empató con San Lorenzo de Almagro.



Team de San Lorenzo de Almagro.



Huracán, que venció a Argentinos Juniors por 4 a 3.



Argentinos Juniors



Los capitanes de los dos teams el referee, el presidente de la Asociación Argentina de Football y dirigentes de ambos clubs, antes de iniciarse el encuentro



La tribuna popular "au grand complet"

INFORMACION GRAFICA ROSARINA



El profesor español Pío del Río Hortega, con el doctor Tomás Cerrutti, y un grupo de alumnos, en el laboratorio de histología de la Facultad de Medicina.



Los delegados y componentes del team "Boca Juniors", en el cementerio de San Salvador, momentos antes de rendir homenaje a la memoria del malogrado footballer Ernesto Celli. Al acto concurren las autoridades del "C. A. Newells Old Boys" y el back internacional Adolfo Celli.



La comisión directiva "Pro homenaje a Stephenson". El señor Viola fué comisionado para llevar a Londres la placa de los ferroviarios argentinos.



Concurrentes a la comida que dió el "Centro Productores de Leche", festejando su reciente aniversario en local propio.



"Boca Juniors", que venció a los rosarinos, por 1 a 0.



El team de los rosarinos, que perdió frente a "Boca Juniors"



Match vermouth. — Cuadros de "Centenario de Venado Tuerto" y del "C. A. Leones", que jugaron antes del partido interprovincial de referencia, resultando vencedor el primero, por 3 a 0.

Fots. de J. Flores Toledo.



Teatros

Fallecimiento del actor **LUIS VITONE**.— Estreno de "Como en la vida."



El cortejo fúnebre conduciendo los restos del actor Luis Vittoné, a su paso por frente al teatro de la Avenida, seguido de un numeroso acompañamiento. — En círculo, el popular actor Luis Vittoné, uno de los iniciadores del teatro nacional, cuyo reciente fallecimiento fué hondamente sentido en nuestros círculos intelectuales y artísticos.



Escena final del primer acto de la obra titulada "Como en la vida", original del señor Enrique Osés, recientemente estrenada en el teatro Liceo.



El autor de la obra, señor Osés, acompañado de la señora Angelina Pagano y de los señores Ducasse y Fregues, que interpretaron aquella



ACADEMIA NACIONAL DE BELLAS ARTES. — Trabajos de los alumnos del curso de decoración a cargo del profesor señor Piqué.



"Cucu", por Guibourg.



"Teros", por E. Requena Escalada.



"Cangrejos", por Guibourg



Estudio por N. A. Russo



Estudio por L. A. Lamberti.







SOCIALES



CAPITAL FEDERAL.—Señorita Lola Barbaglia con el señor Luis A. Salice.



LOMAS DE ZAMORA.—Señorita Celina Cosentino con el señor Enrique Barsotti.



Señorita María Esther Tomasini con el señor Alfredo Grieco y Bavio.



CAPITAL FEDERAL.—Señorita María Magdalena Roverano Migoya con el ingeniero Esteban F. Sanguinetti.

DE CORRIENTES



La señorita Matilde G. de la Fuente, ex directora de la Escuela Normal de Maestras, recientemente jubilada, leyendo su discurso de despedida.



El senador nacional Juan Ramón Vidal, haciendo uso de la palabra en el acto de la colocación de la urna con los restos del doctor J. Esteban Martínez, en la Catedral.

DE VILLA RAFFO



Durante la ceremonia de la inauguración del alumbrado público en Villa Raffo (Sáenz Peña). En la fotografía aparecen el intendente municipal señor Bonifacini, el presidente del C. D. señor J. Welsh, y el presidente de la comisión de festejos, escribano Oscar Gil Navarro.

CREDITOS

Los acordamos con la mayor facilidad sin grandes trámites y sin aumento en los precios.

Solicítelo hoy mismo y así podrá aprovechar las enormes rebajas que ofrece nuestra

Grandiosa LIQUIDACIÓN

de todos los artículos de Invierno

HASTA EL DÍA 20

CASA M. ZABALA
= BME MITRE y ESMERALDA

El último reducto español en Sud América. — Lo que hizo el brigadier Quintanilla. — Chile celebrando el centenario de Chiloé.

El brigadier Antonio Quintanilla, como su antiguo camarada Hernán Cortés, también hubo quemado sus naves y fiándolo todo al destino hizo de la hermosa Chiloé, que descubriera el insigne cantor Ercilla, una nueva Tlezcala, templo de espartano heroísmo.

Perdido este bello archipiélago, entre las fragosidades australes del bravo Pacífico, sus diez y siete islas constituyeron el nuevo imperio de este pundonoroso cuanto valiente y caballeresco atleta de la nueva Eneida.

Estratega insigne, ojo avizor en el lejano azulado horizonte, levantó como faros de estos innumerables escollos, los fuertes y poternas de la Corona, que artilló con seis piezas o bocas de fuego a ras del agua; más allá, alzó la fortaleza de Balcecura y la de Agui, que contaban en junto veinticuatro cañones de grueso calibre, estableció el castillo de Puquillihue en la playa rocosa que barría sus flancos el continuo temporal defendiendo así el estrecho y peligroso canal de Chacao y la hermosa y tranquila bahía de San Carlos de Ancud, e internándose tierra adentro, casi a flor del río Pudeto, en las alturas de Bella Vista y camuflado a Castro; erizó de púas de fuego y bala el fuerte de San An-

tonio y los fuertes y las chozas, el reinado de sus amores y sus desvelos; nunca olvidó que allí lo retenía el deber cumplido y su alma espartana sabía de los dolores del sacrificio, pero también se ufana de la responsabilidad suprema que en sus manos se confiaba.

Cuentan, crónicas, que amores sembró su alma y la desdeñosa nunca supo del mal humor de su hombre, quien jamás quiso, y menos osó, vencer aquel corazón tierno y adorable de mujer con las arrogancias de otro impulso que no fuese las tiernas caricias consagradas; olvidó de su prepotencia de único soberano para empuñarse con los despegos y altiveces de aquella Eva patriota, que si lo amó en silencio como a hombre galante, fino, valiente y hermoso, también ella se hizo mártir no olvidando que su amante era también el enemigo aciago de su patria, y heroína digna del héroe, supo ahogar en la tumba de su corazón femenino los ardores de una pasión, que la consumían en un fuego devorador aún más por lo imposible de su satisfacción honrada.

Fródiga la naturaleza, en ese paraíso perdido, si era amado de los isleños como padre y protector, no menos lo era también de aquel pu-

que jamás en su locura heroica se detuvo a pensar cuántos eran sus enemigos, sino se contentó con saber que los tenía y que pronto vendrían a reñir con él, y supo hacerse digno de Numancia y Sagunto, aunque no más fuera.

Si olvidado en tiempos mejores fué en aquellas islas como un desterrado, bien sabía que ahora sólo podía fiar a su destino, y de nadie y de nada podía esperar ningún auxilio, porque barridos como hojas batidas por el huracán fueron los compañeros que con él habían venido a tan lejanas tierras, y su patria, además de estar lejos, muy comprometida estaba con poder sacudir de su propio suelo el yugo infamante del audaz Corso, que tan a traición quiso oprimirla y abrojarla.

Cuántas veces, y no fueron pocas desde el 1817, los patriotas chilenos intentaron rendir aquel pecho valeroso de gran capitán, con tentativas militares costosas fracasadas o con dádivas y mercedes tentadoras, otras tantas el intrépido guerrero contestó que su rey lo había puesto allí y que mientras su rey no le mandase retirarse o la suerte le negara la victoria, no habría poder humano para manchar su espada con ninguna cobardía y moriría si

el navío "Lautaro", el bergantín "Aguiles" y los transportes "Ceres" e "Infatigable", llevando a tres mil quinientos hombres de desembarco más las marinerías, al mando del jefe supremo de la Nación, general Freyre, del brigadier Borgoño y de los coroneles Beauchef, Rondizoni, Gana, Godoy, Tupper y Aldunate, muchos de ellos veteranos de las guerras de la independencia.

Después de tomarse, tras muchas horas de fuego, los fuertes de la Corona "Balcecura" y "Agui", en la noche del 10 de ese mes, asaltaron el castillo de Puquillihue, y habiendo ya entrado la escuadra al canal de Chacaco, haciendo silenciar las baterías de San Carlos, el ejército patriota logró derrotar al sufrido y gastado ejército de Quintanilla en las batallas de Pudeto y Bella Vista y lo obligó a refugiarse como único baluarte en los alrededores del castillo de San Antonio en Castro en donde el porfiado general español juró vender cara su vida y en donde el 14, después de cinco días de encarnizada contienda, aceptó las capitulaciones que se le ofrecieron honrosamente, pues salió con armas y el pabellón al aire, mientras las huestes chilenas le rendían honores de héroe y fué embarcado para España con sus aguerridas huestes que



Una vista del fuerte Agui, en la provincia de Chiloé.

tonio, que más tarde, años después, había de ser el testigo más fiel de sus hazañas de bravo luchador y el teatro de su gloria reconocida humildemente por sus vencedores.

Desterrado voluntariamente, este noble descendiente de los gloriosos tercios de Flandes, en este apartado rincón del mundo, vió transcurrir largos años de dura prueba como soldado entre los acantilados y rocas de este caprichoso dédalo de tierra agrietada por el embate furioso de las olas enfurecidas, que cual pedregos de nieve, hinchando los bellos, encabritábanse ganosas de sepultar entre el vértigo vorágine de sus burbujas lechosas a este nuevo Sansón con todos sus filisteos.

Perdido entre estas fragosidades, el bizarro y apuesto caudillo, sólo de seis en seis meses, el aura santa de la patria lejana, en forma de cariñosa misiva, venía a traerle el consuelo de un recuerdo, que a medida los azares de la época se acentuaban, ese recuerdo se fué haciendo más distanciado, más vago y más casual, hasta perderse para siempre, como si él hubiera pasado a la tumba del olvido y perteneciese ya a otro planeta perdido en la vaguedad del no ser conocido.

Si bien su corazón de hombre brincaba irritado dentro del pecho al verse así abandonado tan por entero a su propia suerte en la vaguedad de lo desconocido, su templanza de soldado curtido por los embates de la suerte casquivana y cruel, lo amoldaron malgrado de su pesar e hizo de la tierra que sus plantas hollaban, su patria, su hogar y su blasón.

Sus dos mil soldados y sus otros tantos isleños, constituyeron su fa-

ñado de prófugos de la suerte que con él convivían desterrados en aras de un ideal cada vez más derrotado y maltrecho por la suerte aciaga.

El mar, les brindaba sus variadas riquezas sibaritas de moluscos y sabrosos y abundantes crustáceos, pescados y exquisitas preseas, la tierra, fértil, les ofrecía sus golosinas de tubérculos sabrosos y de manzanas deliciosas y ricos vinos, y la paz de la aldea nunca vióse perturbada en aquella delicia de costumbres patriarcales hasta hoy aún conservadas, y si bien estaban olvidados del mundo en aquellos parajes que el mar abraza y defiende, en cambio, podían decirse en un paraíso que, prisioneros de amor, los tenía en tierna fascinación.

Mas, vientos huracanados, bien pronto trajeron al caudillo la nota triste, de que estaba realmente prisionero y rodeado, porque la América, casi entera, había expulsado de su solar a todo pabellón que no fuese el propio de cada una de las nacionalidades brotadas al impulso arrollador de la victoria, y desde el centro al extremo sur, ya no ondeaba más la bandera española, sino a no ser en las manos de Quintanilla sobre los fuertes del olvidado Archipiélago de Chiloé.

Cuando el valiente brigadier del rey de España, supo las victorias de San Martín, O'Higgins y Bolívar en Argentina, Chile, Bolivia y el Perú, lejos de entrar la pesadumbre en su alma brava, se encerró más en sí mismo, y cual otro humilde alcalde de Mostoles, lanzó, desde el almenado de sus fortalezas, el guantelete de hierro del desafío, y como otro Guzmán el Bueno, acordóse de que era soldado de aquella patria

era preciso, pero como saben morir los hijos de Pelayo, matando y con honor de soldado.

Bolívar, ante semejante tenacidad, llegó a intentar la aventura de ir él con sus recursos y hombres del Perú a arriar el pabellón de Fernando VII, pero, eso sí, exigiendo como precio de esa conquista ese archipiélago para la soberanía del Perú.

Corría el 1826, cuando el gobierno chileno del general Freyre, ante semejante amenaza y peligro, que limitaría la soberanía chilena de realizarse con suerte imprevista, echando de lado todo escrúpulo resolvió afrontar las contingencias de un ruido asalto y realizar costase lo que costara semejante aventura.

La empresa sabían los chilenos no era fácil, porque en ella habían fracasado muy dolorosamente las huestes acaudilladas por el inglés lord Cockrane en 1820 y por el intrépido general Freyre en 1824, quienes, al medirse con el bravo león de Chiloé, dejaron en sus manos no pocas víctimas y no menos costosos trofeos.

Por eso cuando, en enero de 1826, se resolvieron las armas de la República a dar este arriesgado paso, pusieron en ello todo su coraje y todo el interés y la porfía de una empresa asaz peligrosa como desesperada.

El 9 de enero del 1826, la escuadra chilena, al mando del intrépido almirante Blanco Encalada, salió de Valdivia, concentrada en punta Huechucucui, formó en el fondeadero de la bahía del Inglés, llevando como buque insignia al "O'Higgins", las fragatas "Independencia" y "Chacabuco", la corbeta "Galvarino",

llegaron a ser aclamados por los isleños como por los vencedores, que reconocieron en la bravura y la caballerosidad del último realista que en Sud América dejó el 19 de ese mes de ser gobierno.

Hoy que el gobierno chileno prepara el primer centenario de la salida definitiva de los españoles realistas de Sud América, con grandes solemnidades, a las que se invita a los países todos de América y a España, esperándose la representante el príncipe de Asturias, con más entusiasmo y méritos que la batalla de Ayacucho, no se olvida que junto al monumento a Freyre y Blanco Encalada, debe levantarse a Quintanilla, ese gran héroe, que no esperando auxilio de nadie y sabiéndose solo en semejante tenaz aventura de honor militar, supo colocar muy alto y como al igual del descubrimiento, las glorias legítimas de su patria, la noble y grande España, que tan nobles y supremas energías supo engendrar en sus valientes conquistadores de todo un nuevo mundo.

Aún recuerdan las tierras y las consejas Chilotas, la epopeya del gran Quintanilla, cuya silueta no se ha perdido entre la fragorosa de las olas que baten aún los restos dormidos de aquellos fuertes y barbaccanas por donde aún asoman sus negras bocas de fuego, los cañones legendarios del valiente brigadier español, el último loco de esas jornadas de gloria, que escribieron sobre esta América Española una de las páginas más gallardas de la civilización universal.

J. FERNÁNDEZ PESQUERO.
Chile, 1925.



Gente menuda



Cachito Falabella Rosales.



Pepita Alma Blanco



Rodolfo F. Basile.



Hilda Amelia Monteverde Stagnaro.



Juan José Curcio.



Elsa Nélida Chiérico.



Manolito y Robertito Zapico.



Pachito Bonahora.



Gerardo Araquistain Unamuno.



Ana M. del Villar



Enriquito Etturi



Aurelio Oscar López



Blanca Rosa Andreoli



Lucía Varela.



Juan F. Meza.



Julio Antonio Herrero



ACTUALIDAD CINEMATOGRAFICA



Corina Griffith y Conway Tearle, en una escena de "Buenos negros", cine drama Primer Circuito que Max Glücksmann distribuye desde el último domingo.



Una de las numerosísimas figuras femeninas que dan realce a la novedosa película en colores y relieve "París se divierte", de la New York Film, que comenzó a exhibirse, con gran éxito, en el Cervantes.



Escena de la superproducción "¡Viva el rey!", que con el "pibe" Coogan como protagonista, exhibe la General en el Cervantes, Gaumont, Empire, Callao y Alvear.



Hope Hampton y Dagmar Godowsky, que con Harrison Ford, Mary Astor y Edmund Arthur Carew, interpretan "El precio de una fiesta", cine drama que la General estrenó anteayer.



Uno de los cuadros de las revistas del Casino y Folies Bergères, de París, en la notable película "París se divierte", con Mlle. Mistinguett como estrella, verdadera maravilla cinematográfica que distribuye la New York Film.



Otra escena de "¡Viva el rey!" que, con Jackie Coogan, interpretan Rosemary Theby, Vera Lewi, Alan Hale, Alan Forrest y otros quince conocidos artistas, cinta extraordinaria que presenta la Sociedad General.



Escena de "El milagro de los lobos" (representación de un "milagro", forma escénica elemental de la Edad Media), película francesa, con música especial de Rabaud que se dispone a estrenar Artistas Unidos.

PARIS SE DIVIERTE

En colores y en relieve

Por un novísimo procedimiento cinematográfico
TODOS LOS DIAS
EN EL

Teatro CERVANTES

Las grandes revistas de los teatros: CASINO-FOLIES-BERGÈRE



Escena del cinegrama "Que siga la danza", con George O'Brien, Alma Rubens y Madge Bellamy como protagonistas, que la Fox estrenará el jueves próximo.



La siempre linda morena Bebe Daniels, que, con Antonio Moreno, — dos predilectos del público — interpretan "Sed de emociones", cinegrama que Max Glücksmann estrenará el próximo viernes.

¡VIVA el REY!

Programa AJURIA Especial
UN ÉXITO SENSACIONAL DEL "PIBE"
JACKIE COOGAN

SOCIEDAD GENERAL CINEMATOGRAFICA

TRIUNFO DEL SÉPTIMO ARTE

"El MILAGRO de los LOBOS"

Será la sensación del año

Exclusividad de ARTISTAS UNIDOS - Lavalle 1206

BIBLIOGRAFIA



Señor Antonio Burich, autor de "Historias", serie de cuentos últimamente editada.



Señor Leónidas Barletta, autor de "Los pobres", volumen de cuentos recientemente aparecido.

S O C I E D A D E S



Festejando el sexagésimo noveno aniversario de la fundación de la asociación "San Crispín", llevóse a cabo un concierto seguido de baile, en el Salón Augusteo. — Una vista parcial de la concurrencia al acto.



DEL INTERIOR



SANTA FE. — Dos instantáneas obtenidas durante la misa de campaña oficiada con motivo del 110.º aniversario de la creación del regimiento 10 de infantería "General Arenales".



RUFINO. — Grupo de ferroviarios de "La Fraternidad", festejando el triunfo obtenido en las elecciones de la Caja de Jubilaciones y Pensiones.



Team de la 1.ª división del "C. A. Jorge Newbery", campeón en los partidos de football disputados en ocasión de las recientes fiestas patrias.



Concurrentes al te ofrecido por la señorita Magdalena Vissio.

Desde el día en que el señor consejero Murier des Voisins fué designado para presidir los debates del famoso proceso Shandail, su vida quedó completamente estropeada. De la mañana a la noche, y a veces durante ésta, el timbre de su puerta de calle no cesó de resonar; y, por otra parte, el teléfono — instalado en el departamento, — no se cansó de llamar, y, para colmo, en la calle tendieron emboscadas muchas gentes, hombres y mujeres, deseosos de encontrarse con él. ¡Y no hablaré del correo! Una inundación de cartas y telegramas como para tragarse la paz, el reposo y la tranquilidad de un ciudadano, por más juez que fuese. Todo eso, naturalmente, a causa de las tarjetas de entrada para las audiencias, de que disponía. Amigos, enemigos, desconocidos, todo el mundo quería una. El señor consejero Murier des Voisins estuvo, los primeros ocho días, a punto de perder la razón. En el noveno tomó una determinación viril.

Se estaba en los últimos días de septiembre. El tiempo era bastante bueno. El sol de otoño parecía esperar visiblemente, para tomar su retiro invernal, el término de las vacaciones y la apertura de la temporada judicial. En suma: la permanencia en el campo era aún soportable, y el magistrado recordó, muy oportunamente, que en los alrededores de Juvisy, a orillas del Sena, poseía un pequeño chalet, merendero y punto de cita para la pesca, donde se encontraría, si lograba evitar las indiscreciones, completamente al abrigo de las solicitudes del mundo entero.

Así, una noche preparó rápidamente su valija y, sin prevenir a nadie, ni siquiera a su portero, se dirigió hacia aquel puerto de salvación, donde constábase que encontraría también un buen surtido de líneas, anzuelos, plumas y verdugillos, y su bote, que haría amarrar de inmediato entre sus dos perchas. Porque era caballero de la pértiga y, como el difunto Waldeck-Rousseau, adoraba el fastidiar a los peces. Y he ahí por qué aquella tarde — hacia ya una quincena que se hallaba sometido al suplicio de los pedigüños — acababa, el espíritu tranquilo, el color fresco y el corazón ligero, de instalarse en su bote, en medio del río. Hay en aquel punto un codo y un remolino y en que abunda el sollo y en donde, con un poco de suerte y de paciencia, se obtienen kilos de pescado.

El señor consejero Murier des Voisins era un guapo hombre de cincuenta y cinco años, de cabellos grisáceos, pero de bigote negro aún; lo suficientemente corpulento para ser un hombre de peso sin ser pesado, y para tener majestad sin parecer obeso. Cubierta la cabeza por un sombrero de paja basta y vestido con un traje viejo, desprovisto de toda pretensión, había abierto su caja de lombrices y con un índice cauto, removiendo el enredo hormiguante de los nauseabundos animalículos, disponíase a elegir uno para cargar el anzuelo cuando, de pronto, experimentó una de esas emociones que perduran en la vida de un hombre, y hasta en la de un presidente de "assises". El fondo de su bote cedió bajo sus pies. Y no necesitó siquiera un segundo para comprender que él, el señor Murier des Voisins, era víctima de una maniobra criminal.

En efecto, la tabla había sido cuidadosamente aserrada, a lo largo y a lo ancho, en una superficie de alrededor de setenta y cinco centímetros cuadrados; de suerte que aquella barquilla recordaba, como para desesperarse, las célebres gabarras de válvulas empleadas antiguamente en Nantes por el procónsul Carrier para sus "ahogamientos" en el Loira.

El señor Murier des Voisins no sabía nadar. Y no había que hacerle: el agua penetraba ya. Dentro de diez

Por una tarjeta de entrada

Un cuento de Luis MARSOLLEAU

minutos, cuando más, todo desaparecería, y por aquella hendida abertura, el Sena entero entraría en la embarcación. No había modo de ganar la

orilla, y, en aquel sitio, se cuentan seis metros de profundidad, sin olvidar el remolino ya señalado, y la corriente, que es muy fuerte.

Pidan

QUILMES

DE

INVIERNO

la mejor cerveza
para la estación.

France y los poetas jóvenes

De tiempo en tiempo Anatolio France recibía en su casa a los poetas jóvenes y a los novelistas imberbes, a quienes trataba con gran benevolencia.

—Maestro — le preguntaba en cierta ocasión uno de ellos, — habéis leído mis poesías?

—Naturalmente, y hasta me he deleitado con ellas toda la noche. Las comencé al acostarme, y no pude cerrar los ojos sin haberlas acabado.

—¡Oh, maestro! os burláis de mí. No las habéis leído.

—¡Ah, joven incrédulo! ¿Queréis una prueba? Voy a indicaros la página más hermosa de vuestro libro. Es la página 84. ¿No es en ella donde habéis puesto lo mejor de vuestra alma? ¡Admirable página! ¡Repetiréis ahora que no he leído vuestras poesías?

—Maestro, os pido que me perdónéis. Realmente, me siento confundido. ¡Gracias, maestro, muchas gracias!

El muchacho, desbordante su corazón de alegría, cogió aparte a los allí presentes y les dijo:

—¡Es extraordinario! El maestro ha leído mi libro. ¡Lo ha leído!

En efecto, en la página 84 es donde se encuentra mi más hermoso poema. El maestro lo admira. ¡Ah, qué honor para mí!

Y marchó de allí embriagado de orgullo. Cuando ya se había ido, alguien dijo a France:

—Maestro, confesad que no habéis leído su libro. Yo lo conozco, y estoy seguro de que no habríais podido pasar de la segunda página.

—¿Eso suponéis? Pues bien, mi querido amigo, quiero ser sincero. No, no lo he leído.

—Lo que me maravilla es la casualidad de que sea precisamente en la página 84 donde esté lo mejor del volumen.

—¡Ah, hombre ingenuo! Lo mismo hubiera podido citarle cualquiera otra. Un poeta juzga siempre que cada uno de sus poemas es el mejor de todos.

—¿Y si la página 84 hubiera estado en blanco?

—¡Oh! Hubiera sido desastroso. Mi respuesta se hubiera entonces tomado como un epigrama sangriento. Pero cuando por benevolencia, querido amigo, alteramos la verdad, es preciso contar con la indulgente complicidad del Cielo.

El señor Murier des Voisins, sin falsa vergüenza, púsose a lanzar gritos desgarradores y a pedir socorro a voz en cuello. Pero, en todo el contorno, el paisaje parecía perfectamente desierto.

Sin embargo, en aquel instante, — ¡oh, alegría! ¡oh, alegría! ¡oh, lágrimas de alegría! — una canoa se destacó de la orilla izquierda y, rápidamente impulsada por un lindo par de remos, se dirigió hacia el lugar del siniestro. Era una dama quien remaba. Una dama cubierta por un gran sombrero de paja aplastada, y cuyas facciones no se distinguían todavía. Pero, aun cuando hubiese sido más fea que los siete pecados capitales, el señor Murier des Voisins la habría encontrado, sin embargo, encantadora, sin hallarle más defecto, a su juicio, que el estar todavía demasiado lejos.

Comenzaba, por lo demás, a ser tiempo, pues el agua había subido poco a poco hasta la altura del banco, y el naufrago mojábese ya hasta las rodillas en el pérfido elemento. Entre tanto, la canoa llegaba. Pero a dos metros de distancia, se detuvo la dama, una rubia gorda, de cara ancha, parecía no querer ir más lejos. El señor Murier des Voisins le gritó con toda su alma:

—¡Ah, señora! ¡Usted me salva la vida!

La remadora, que se había detenido decididamente, contestó:

—Señor, todavía no lo sé.

Y como la angustia, al mismo tiempo que el estupor, se pintasen en la fisonomía del pescador en peligro, la dama preguntó con calma:

—¿Es usted, realmente, el consejero de la corte Murier des Voisins?

—El mismo, señora, pero... — balbuceó el desdichado.

Tenía ahora el vientre sumergido y se agarraba a la borda con ambas manos. Graciosas olitas corrían alrededor de él con un leve rumor siniestro, y aquella embarcación se hundía a ojos vistas.

—Pues bien — prosiguió la dama con una flemma implacable; — le he escrito a usted dos veces pidiéndole una tarjeta de entrada para la audiencia del proceso Shandail. Usted ni siquiera me ha contestado.

—Si no es más que eso, tendrá usted su tarjeta — afirmó el señor Murier des Voisins.

—Me da usted su palabra de honor? — insistió la señora de Casafuerte.

—Sí, señora; pero... ¡me hundí!

—Perfectamente — en dos remadas la dama había puesto la canoa a diez centímetros del bote naufrago — deme usted su palabra de honor de que inmediatamente, en mi casa, donde va usted a proporcionarme el placer de venir a comer, me entregará esa tarjeta de entrada.

—¡Lo juro! — suspiró el señor Murier des Voisins.

Y, no sin trabajo, ayudado por su robusta salvadora, pasó las piernas por la borda de la canoa.

—Soy su vecina — explicó la condesa dirigiéndose a la orilla. — Habito ese chalet que ve usted ahí, y estoy en este paraje desde que usted vino, señor presidente.

Después de cambiarse de traje, el señor Murier des Voisins comió opíparamente en el chalet de la señora Casafuerte, y, fiel a la fe de lo pactado, le entregó la tan ambicionada tarjeta. Tuvo bien la vaga sospecha de que aquella hábil persona era quien había hecho averiar el bote presidencial para lograr sus propósitos, pero como, en ese caso, había tenido algunas razones para sentirse avergonzado como un zorro apesado por una gallina, no abrió ninguna investigación a ese respecto. Y la señora Casafuerte asistió al proceso Shandail desde la lectura del acta de acusación hasta el veredicto. ¡Se había ganado en buena ley ese puro goce!



Los acontecimientos internos producidos en Alemania han provocado viva alarma en Europa. La asunción al poder en el imperio de un gobierno de la derecha y la crisis política que trabaja al gobierno prusiano, turban el sueño de los vencedores. Muchos ven ya a los Hohenzollern sentados de nuevo en Potsdam y en el castillo real de Berlín.

Si la conciencia tuviese derechos en política, a la inquietud que muchos sienten en Francia, en Gran Bretaña, en Italia, debería mezclarse un poco de remordimiento. La República alemana es débil, está enferma, bamboleante, en parte porque es todavía niña pero en parte también porque los vencedores han echado sobre los hombros de esa niña un peso que hubiera abrumado a un atleta. La República ha tenido que comenzar su historia con la bancarrota y con la invasión: el comienzo no podía ser más desalentador para un país a quien la monarquía había dado el poder y, desde algunos decenios antes, una extraordinaria prosperidad.

Cierto es que de todo los males presentes de Alemania—la derrota, la catástrofe monetaria, la invasión del Ruhr—la verdadera responsable es la monarquía, no la República, fundada cuando el desgaste era ya total. Pero los pueblos son como los niños y se dejan convencer por los razonamientos sencillos. No es de extrañar que en Alemania asocien a la República todos los males que desde hace siete años afligen al país; ni que, recordando los buenos tiempos anteriores a 1914, se pregunten si esos buenos tiempos no volverían junto con un rey y un emperador.

Un tratado de paz menos duro que el que hubiera podido esperar la monarquía, hubiese sido para la República alemana en pañales una excelente cura de revalenta arábiga, que la habría hecho engordar y crecer. La coalición que venció a Napoleón en 1814 había aplicado esta dietética: concedió a los Borbones condiciones de favor que, permaneciendo fiel a Napoleón, Francia no hubiera obtenido jamás. Wilson lo comprendió, y al aceptar sus catorce puntos, los aliados se habían comprometido, en cierta medida, a tratar a la República mejor que a la monarquía. Pero después, en el congreso de París, ya no hicieron caso de Wilson y quisieron que la República respondiese de lo hecho por la monarquía, como si lo hubiese hecho ella misma.

La República alemana está, pues, enferma. Entre las cosas posibles hay que contar hasta con una reacción monárquica que la aplaste. Sin embargo, aunque no sea imposible un restablecimiento de la monarquía en Alemania y aunque los vencedores hayan hecho todo lo posible para facilitarla, no lo creo ni tan fácil ni tan probable como piensan muchos: los que han imaginado a los alemanes—quién sabe por qué—como un pueblo que necesita ser gobernado por un rey y un emperador.

La República o la monarquía no depende hoy, en Europa, del carácter de los pueblos, sino de las situaciones políticas. La restauración de la monarquía en Alemania es hoy difícil, no porque el pueblo alemán se haya convertido a la República en estos últimos diez años, sino porque "la restauración de la monarquía aislaría a Alemania en Europa", y Alemania tiene necesidad, por el contrario, de encontrar amigos y apoyo.

Cuando Francia estableció la República en 1792 y en 1848, la República se aisló dentro de una atmósfera de desconfianza, porque toda era monárquica entonces, y este aislamiento fué una de las razones que la hicieron durar poco. La misma Tercera República, la fundada en 1870, fué siempre objeto de muchas desconfianzas por par-

La República alemana está en peligro

Por GUILLERMO FERRERO

te de las grandes monarquías europeas, de modo que hasta en 1914 Francia se encontró, por ser República, en cierta posición de inferioridad.

Una de las razones de que la monarquía fuera tan fuerte en Alemania hasta 1914, era que los Hohenzollern, merced a sus relaciones y parentescos dinásticos, dominaban y guiaba a toda Europa monárquica, desde Roma hasta Moscú, pasando por Viena.

Hoy la situación se ha vuelto del revés. Tres cuartas partes de Europa son República y en la parte que continúa siendo monarquía, la influencia de la corte ha disminuido mucho. Si los Hohenzollern volviesen al poder en

fundamento, la vuelta de sus antiguos inquilinos.

¡Cuánta razón tenía, desde este punto de vista, la Santa Alianza, al querer que las tres cortes del Norte—Berlín, Viena, Petersburgo—marcharan siempre de acuerdo! La buena armonía de estas tres cortes era la piedra angular de la monarquía europea. El sistema monárquico de Europa se desplomó el día en que la corte de Viena y la corte de Berlín declararon la guerra a la corte de San Pedro precisamente porque se ha derrumbado todo el sistema monárquico, la restauración parcial de ésta o de aquella dinastía es hoy muy difícil, no obs-

DE LA VIDA INTENSA



La señora.—Quisiera saber, Gertrudis, qué ha sido de la carne asada y del vino que quedó aquí anoche.
La criada.—Pero es que la señora no ha tenido un novio vigilante cuando tenía mis años?

Alemania, las relaciones y las parentelas dinásticas, que les eran tan útiles hasta 1914 para contralorear la política en Europa, ya no les servirían de nada, ni a ellos ni a Alemania. Hasta el hecho de ser soberanos atraería sobre ellos la desconfianza de las monarquías.

Las condiciones de Rusia son y serán de decisiva importancia para los destinos de la dinastía alemana. Para rehacerse, Alemania tiene necesidad de ser amiga de Rusia.

Sus mayores esperanzas de renacimiento están unidas a Rusia. Pero mientras Rusia sea República, y bolchevique por añadidura, la República se encontrará en Berlín en mejores condiciones que la monarquía para cultivar y aprovechar la amistad rusa. Otra cosa sería si se restaurara la monarquía en Rusia. El día en que un zar fuese coronado de nuevo al son de las campanas del Kremlin, Potsdam podría esperar de nuevo, con algún

tante la debilidad de las nuevas repúblicas surgidas de la guerra.

Alemania no ganaría nada y, en ciertos conceptos, perdería, volviendo a la monarquía. Suscitara contra ella los odios, las desconfianzas, las sospechas del mundo; la enajenación a Rusia y se colocaría en una situación peor para con las demás repúblicas de Europa, sin que las monarquías sobrevivientes pudieran ayudarla mucho. No podría esperar de la monarquía un rápido alivio de sus males internos. Antes de la revolución, el pueblo atribuía a los reyes de Francia la virtud taumatúrgica de curar las escrófulas. Sería locura para el pueblo alemán soñar con que un emperador posea la misma virtud para las heridas de la guerra que tanto hacen sufrir a Alemania. Para curar esas heridas se necesita tiempo, trabajo, paciencia, paz, cordura, no coronas o cortes.

Esta es la verdadera razón de que los vencedores hayan podido humillar

El Té
de la aristocracia
MELROSE TEA

y maltratar a la República alemana sin matarla. Esta vive por una razón de política general más fuerte que las faltas de los vencedores y que su misma debilidad intrínseca. Sin embargo, sería oportuno que los vencedores no abusasen de esta situación tan favorable para ellos. La República alemana es débil; un poco de moderación y de cordura por arte de los vencedores ayudaría a pasar éstos, que son para ella los años críticos del desarrollo. No olvidemos que una restauración monárquica en Alemania no sería un bien para Alemania, sería una verdadera desventura para Europa.

Regateo ingenioso

Al multimillonario norteamericano M. Pierpont Morgan, le gustó mucho una perla que cierto joyero de Nueva York le vendía en cinco mil dólares, aunque el precio le pareció exagerado.

Dispuesto a adquirirla, quiso intentar el obtener una rebaja y para ello hizo que le llevaran la perla a su casa, la sacó del estuche y puso en éste un cheque de cinco mil dólares. Extendió luego otro cheque de cuatro mil y encargó a uno de sus empleados que fuese a la joyería llevando en una mano el cheque y en la otra el estuche cerrado y que dijera al comerciante:

—Mr. Morgan, no paga por la perla más de cuatro mil dólares. Si no quiere usted el cheque, tengo orden de devolverle aquélla.

El joyero se apresuró a aceptar el cheque, sin ocurrírsele abrir el estuche.

Gracias a su estratagema, Mr. Morgan se ahorró un millar de dólares.

Su Majestad el anuncio

En el anuncio, como en todo esfuerzo humano la constancia siempre vence.

Aunque en forma de pregón, existe el anuncio en los lugares más humildes.

El movimiento social es el anuncio de la vida.

El anuncio es la rapidez de la venta, en un día pueden saber millares de personas lo que se vende en una tienda.

No hay anuncio insignificante, si se coloca en sitio selecto.

La publicidad es fecunda como la luz, por doquiera va derramando tesoros.

Con el anuncio sucede lo que con una batalla: para lograr la victoria no bastan los primeros disparos, sino es preciso con multiplicados golpes vencer al enemigo.

El anuncio es como la lluvia que cae sobre los campos: ninguna gota se pierde. Si no da producto en el acto, dispone el terreno para dar fruto mañana.

El barómetro de la civilización de los pueblos es el anuncio. Los pueblos más atrasados son los que no anuncian.

Todo es digno de publicidad aún lo más elevado.

El anuncio es el compañero inseparable de todos los progresos de civilización.

Hasta en los momentos de recreo es un recreo el anuncio.

Un juicio de faltas

Por VICENTE DEL OLMO

Con gesto glacial e indiferente, como azeado a estas visitas incógnitas en los días de audiencia, el juez dijo:

—Continúe usted.

—Sí, señor; sí...—agregó su interlocutor.—Dentro de breves minutos, empiezo por reconocer mi culpabilidad, compareceré ante el tribunal que "usía" presida para responder de una falta... Mi esposa, señor juez, es buena, muy buena; yo la quiero con el alma, la adoro con mis cinco sentidos. Mas, ¿qué quiere usted?, a pesar de sus virtudes físicas y morales, es... ¿cómo lo diré a "usía"? es algo irrazonable y no poco voluntariosa... Yo me hallo sin trabajo, ¿entiende "usía"? "En la casa donde no hay "panzón", todos riñen y todos tienen razón"... Mi suegra, la primera... ¡Ah, si no fuese por mi suegra, lo confieso sinceramente, muchos días mis hijitos no probarían pan!... Asimismo, si no fuese por mi suegra también mi vida matrimonial, en medio de privaciones y calamidades, sería una existencia paradisíaca. Porque, vuelvo a repetirle al señor juez, mi mujer es buena, muy buena, y me quiere, me quiere de verdad; corresponde a mi afecto... Su incompreensión, sin embargo, fué la causa de todo. Cuando las mujeres se obstinan en llevar la contraria al hombre...—¡un lamento, desafinado con el austero concierto de su continente, dejó escapar el juez municipal!—colocan al marido en un brete: o matarlas o suicidarse... Yo no sé cómo pasó. Puso en tensión mis nervios, me lanzó un epíteto inaceptable para un caballero, y... ¡reconozco que hice mal!... la verdad, sin darme cuenta, ¡zas!... le aticé una bofetada en los labios. —¡Socorro!... ¡Auxilio!... ¡Que me maten!...—desafortunadamente chilló mi esposa.

Arremolinóse la gente, acudieron los guardias... Por cierto que uno de ellos, indignadísimo con razón, camino de la comisaría, dábame soslayados puñetazos en el vacío y exclamaba:

—¡Valiente!... ¡Pegue usted a un hombre!

Y el otro, con menos razón seguramente, intervenía:

—¡Déjalo, Sulpicio!... ¡Que tú eres soltero e ignoras que cuando las damas se colocan en el terreno neurasténico!...

—¡Hereje, renegao!... —escupiéndome al rostro dijo una mujer del corrillo.—¡Mírale qué cara "tie"!...

¡Oh, señor juez, como a Cristo; lo mismo que Cristo!... Perdón "usía" esta ilustración de mi calvario... Y prosigo... Ella, mi mujer, fué a la Casa de Socorro; yo, entre la befa del público, a la comisaría... Pegué, y no vengo a impetrar clemencia. Me merezco, señor juez, todo lo que el fiscal pida para mí: cinco, diez, veinte días de cárcel... Pero, eso sí, señor juez, que mi esposa desconozca la pena que "usía" me imponga... Si mi señora ve un fácil triunfo en el juicio, si el tribunal me condena ante su presencia, la condena no será de veinte días, de un mes, de un año de reclusión; colgaría el tribunal a mi cuello una perpetua cadena de martirios... ¡Ay, señor juez, "por higiene de la armonía conyugal" — ¡y dispense la frase!... — que mi esposa ignore el castigo que se me imponga!...

—Puede retirarse — seca y bruscamente, como malquistado consigo mismo, exclamó el juez.

A poco rato, el alguacil voceaba:

—Martina González Prieto, lesionada; José Artigas Riñón, guardias 4005 y 5004... ¡Pasen ustedes!

Monótona, fatigosamente, el secretario dió lectura al atestado de la comisaría. "Los guardias 4005 y 5004, según el parte, al escuchar angustiosos gritos de auxilio, en el "lugar del suceso, encontráronse con una mujer bañada en sangre", la que decía llamarse... "y el formidable escándalo que había producido el agresor", de nombre... "sin antecedentes en los registros de la dirección de policía"... Acompañábase el parte de la Casa de Socorro, en el que se certificaba que Martina González Prieto había sido curada de lesiones leves en el labio inferior... Cacheado el agresor, no se le encontraron armas"... Y comen-

zando el interrogatorio, los números 4005 y 5004 se limitaron a reproducir el parte en la comisaría dado, añadiendo que nada vieron en verdad.

—Y bien — interrogó el fiscal: —cuenta la señora lo que pasó.

—Pues verá usted... Discutíamos éste y yo, y discutíamos porque yo le digo, con la mejor intención, que el marido tiene la obligación de mantener a su mujer... Y en dimes y di-retes íbamos cuando de repente, sin más ni más, pues que éste... mi esposo, me pegó.

—¿Se embriaga su esposo, señora?— preguntó a la testigo el juez.

—¡Ay, no!... ¡Eso, no!... Podrá ser muy poco trabajador, sí; pero borracho, no...

—¿Qué tiempo hace que no trabaja su esposo?

—¡Mucho!... ¡Bah, mire!... Sos-tuve relaciones con mi marido doce años... ¡sí, doce!, desde pequeños... ¡pues desde entonces, y ya van para diez y ocho, que... pocas, pocas veces le vi trabajar. Palabra.

—¿Y no tuvo usted tiempo de conocer a su marido en los doce años de relaciones?

—Mucho... Y además mi madre, que una vez, estando pelando la papa conmigo, para obligarle a que trabajase en algo, ¡por lo menos en lim-

Pida a su sastre los casimires

BELWARP LIMITADA

Colores firmes contra los efectos del sol y del agua

Poemas de amor

M í a

"¿Me ama o no me ama?"
en la duda sombría
sobre su seno recliné mi testa.
¡Oh, la fiesta interior, la dulce fiesta
del alma mía!
¡cómo latía su corazón, cómo latía!
¡Oh, diminuta orquesta
enorme de armonía!
mis poros estallaron en aplausos
y mi mente que ardía
radiante de alegría
y repicando a gloria pensé: ¡Mía!

T u m i r a d a

¡Oh, tu mirada, sombra
de tu melancolía
que hace sombra en mi alma!

¡Oh, tu mirada, tibio surtidor
de silencio que cae
dulcemente en mi alma!

¡Oh, tu mirada, claro
remanso que refleja
la soledad sagrada de mi alma!

¡Oh, tu mirada! — ¡Ah
si pudiera expresar
todo lo que sugiere tu mirada!

Mas mi verbo no expresa,
no dice: balbucea
o, simplemente, canta!

Mayorino Ferravá

SI QUIERE ESTAR SEGURO de
cibo las famosas Tabletas Bayer
de Aspirina y Cafeína legítimas, pida
CAFIASPIRINA

y fíjese en que el em-
paque lleve este nom-
bre y la ESTAMPILLA
OFICIAL DE COLOR
AMARILLO con la
CRUZ BAYER y nues-
tra Razón Social: "La
Química Industrial
Bayer"



piarse la ropa, ¡era muy pinturero!,
le arrojó un barreño de agua sucia.

—¡Le pega a menudo su esposo?

—No, señor juez... Nunca me ha-
bía tocado al pelo de la ropa... ¡Y la
otra noche, lo declaro porque es cierto,
fué llorando a casa y me pidió per-
dón!

—¿Le perdonó usted, señora?

—Consulté con mi madre... Y mi
madre, "que conoce mucho a los hom-
bres, y que logró poner como una seda
a mi padre", me aconsejó que no le
perdonara.

—¿Dice verdad su esposa?

—Mucha verdad, señor juez.

—¿Y por qué le pegó usted?

—Por... porque me dijo algo muy
feo.

—¿Qué de feo dijo a usted?

—Pues... pues... que me parecía
a su padre: ¡que era un calzonazos!

Concedida la palabra al fiscal, el
vindicador de las faltas públicas, tras
una prolija enumeración de artículos,
pidió la absolución del Artigas Riñón,
mientras que "para Martina González
Prieto, "señora de agrio carácter",
que amarga la existencia a su esposo
por influencias extrañas, debía im-
ponérsele la pena de"...

El Comité Internacional Fémica,
¡que estima que la mujer no es una
"cos", como en tiempo de los roma-
nos!, ha apelado de la sentencia. Y a
creer lo que se dice y murmura entre
letrados y gente de toga, al nombrar
a una abogada recién salida de las
aulas universitarias, dará mucho que
hacer a la justicia.

Transformaciones de un nombre

Cuando nació le bautizaron con el
nombre de Juan Durand.

A los diez y seis años intentó hacer-
se barítono de ópera y adoptó el nom-
bre de Giovanni Durandino. Luego, se
hizo compositor, llamándose Johann
Durandenberg.

Poco afortunado en la música, tro-
có estas aficiones por las literarias, y
fué Janowitz Duranski.

Como las artes no le producían, se
convirtió en comerciante y a la puer-
ta de su negocio puso una gran placa
que decía "John Duran's".

Malos negocios le hicieron abandona-
r el comercio y peores amigos le
indujeron a hacerse apache, designán-
dole con el nombre de Jeanjean la
Dure.

Al llegar el verano tomó por cam-
po de "operaciones" los balnearios,
en los que se hacía presentar con el
nombre de Jehan d'Urau.

Por una torpeza, le hizo caer en
manos de la policía y el tribunal ha-
lló contra él cargos bastantes para
sentenciarlo a muerte.

En el cadalso volvió a ser Juan
Durand.

Y pasó a la posteridad con el mis-
mo nombre con que había venido al
mundo.

La peligrosa cacería del rinoceronte

La trágica muerte de Lady Green, hermosa y aristocrática dama irlandesa, que fué destruida por un rinoceronte, enfurecido por la imprudencia de la cazadora. — Lady Green había conquistado celebridad por su gran valor y sus fantásticas aventuras de caza. — En una ocasión, con un rifle sin balas, dominó a la tripulación amotinada de la canoa en que viajaba. — El capitán Atkins, que acompañado de su esposa salió en auxilio de Lady Green, también fué destruido por el rinoceronte, el cual redujo a añicos el automóvil en que viajaba el matrimonio. — El rinoceronte hace recordar a los terribles monstruos antediluvianos. — Corre a velocidad vertiginosa, es de ferocidad sin paralelo, tiene una coraza superior a la de un tanque de guerra y pesa de 5 a 8 toneladas. — La costumbre de estos paquidermos de hacerse su carretera propia en la que no permiten la presencia de animal alguno. — Cómo salvó Lady Green al señor Sanderson. — La espantosa muerte de uno de los guías nativos. — El inenarrable espectáculo de un combate entre rinocerontes y elefantes. — Superior en ferocidad al rinoceronte, no existe más que una fiera, aunque mucho más débil, que se llama hombre.

¿Cuál es la bestia más peligrosa de la selva india o africana? ¿El león, el tigre, el leopardo, el búfalo, el elefante? No. Ninguno de ellos. De acuerdo con la mayoría de los cazadores experimentados, la bestia más peligrosa y terrorífica de todas, es el rinoceronte. Este animal, tiene el hábito innato de embestir, con una fuerza irresistible a velocidad espantosa, lo que da por resultado, que destruye cuanta vida encuentra a su paso, de racionales y animales.

El efecto de 4 ó 5 toneladas de huesos, músculos y carne, con un cuerno al tope de unas 40 libras de peso, embistiendo a una velocidad casi de bala, es un hecho terrorífico, imposible de verdadera descripción. La fuerza de la embestida, es suficiente, substancialmente, para destruir una casa; y los cercados y empalizadas levantados a veces en plena selva, no ofrecen más protección contra este animal, que la fe de una mezquina caja de fósforos. Ni los árboles significan defensa para una persona en peligro, pues hasta la embestida de un rinoceronte bien desarrollado para derribar al árbol más corpulento.

El rinoceronte tiene la costumbre de traficar siempre por una misma ruta, es decir, de hacerse su carretera. Durante años consecutivos no se aparta de este camino, sin permitir jamás que nadie se acerque a tal ruta, pues entonces la embestida es segura. La ofensiva de los rinocerontes es más peligrosa en los lugares planos, porque entonces puede desarrollar totalmente toda su espantosa velocidad.

Una de las más impresionantes de las muchas tragedias ocurridas con los rinocerontes, es la que acaba de acontecer en el distrito de Manyki, de la Colonia Kenya, de Africa del Este. La aristocrática y hermosa señora Green, famosa por su riqueza, sus bellos nobiliarios, su hermosura y sus grandes aventuras de caza, murió de la manera sorpresiva y trágica bajo las plantas de un rinoceronte, pereciendo también el capitán E. D. Atkins, que valerosamente intentó enfrentarse a la fiera.

Lady Green, acababa de terminar un viaje de unas 2.000 millas, desde el Congo hasta el Kenya. Era mujer muy valerosa, de gran fuerza muscular y

muy experimentada en asuntos de cacerías de fieras. El rasgo peculiar, que la personalizaba en absoluto, era el de usar monóculo, el cual retenía en su sitio hasta en los momentos más peligrosos. Después de su llegada al Kenya, declaró que el país era demasiado tranquilo, y que iba a buscar algo que le sirviera de atrayente entretenimiento y excitante.

A poco de su arribo a la comarca, salió a hacer una jira en busca de venados. Iba acompañada de un nativo, y armada sólo de un ligero riflecito. Después de larga caminata, vió a un gigantesco rinoceronte sobre una roca, que estaba bebiendo en un riachuelo que serpenteaba al lado. A pesar del inmenso peligro que significaba la

primer tiro. Por total, la señora Green disparó 8 veces, haciendo blanco todas ellas; pero ningún proyectil fué suficiente para detener a la bestia. El rinoceronte llegó a donde la dama a velocidad de bala de cañón, destrozándola a la primera embestida. Retrocedió después nuevamente, y con su cuerno, y sus patas la seccionó de tal manera, que puede decirse que la dejó convertida en una masa informe y sanguinolenta.

El nativo acompañante, se salvó escapando velozmente y yendo a dar aviso al poblado de lo ocurrido. Entonces el capitán Atkins acompañado de su esposa salió apresuradamente a prestar auxilios a lady Green. Ambos marcharon a gran velocidad en un

mados. La lucha con la bestia fué titánica; pero después de tres días de esfuerzos y peligros, fué muerta por una europea.

La señora Green había adquirido gran renombre en sus notables aventuras. Durante su último viaje a través del Africa, ella sola, acompañada de varios nativos, concurrió a una cacería de elefantes a la usanza primitiva, es decir, con flechas y arcs. Al negro encargado de llevar las armas de lady Green, no se le logró hacer comprender lo peligroso que era un rifle, por más explicaciones que se le hicieron. Debido a esta falta de comprensión, disparó en el bosque al ver a un elefante en la lejanía. El animal le embistió inmediatamente ensartándolo con uno de sus colmillos. Después, tomándolo con la trompa lo machacó furiosamente. Lady Green avanzó arrastrándose hasta cerca de la fiera, logrando alojarle un certero disparo en el cráneo, antes de que el animal se diera cuenta de la presencia de la señora.

Cuando lady Green cruzaba en canoa el lago Kivu, la tripulación se amotinó. Lady Green levantó su rifle descargado amenazando a los bochincheros, los cuales, ante el argumento de una arma de fuego recobraron prontamente su tranquilidad. A no haber sido por este rasgo de valor y sangre fría, la señora irlandesa habría perecido miserablemente a manos de los negros amotinados.

La carretera en la cual fué muerta la señora Green, es una ruta de rinocerontes desde tiempo inmemorial. El señor Blayney, que fué amigo de la víctima y que es otro afamado cazador, dijo con relación a esta costumbre de tales bestias: "El rinoceronte muestra una exagerada tendencia a mantener con la más escrupulosa fidelidad la ruta trazada por sus antecesores. Puede prenderse una fogata en medio del camino: el rinoceronte pasará sobre ella como una tromba; pero pasará y no por eso abandonará su carretera. Se me concedió como una gracia el puesto de veterinario, para estudiar las condiciones de ciertos animales de Africa. Desde el principio, el irracional que más atrajo mi atención fué el rinoceronte y por eso me dediqué a estudiarlo detenidamente. Una noche, iba sin armas por un camino casi trillado, cuando oí un ruido seco a mi espalda y cerca de mí. Como estaba desarmado, traté de apartarme de la ruta y esconderme en la selva cercana. Instantes después pasaron tres muchachos dando grandes alaridos, y corriendo desesperadamente. Un rinoceronte los había perseguido. El rinoceronte es el animal al que más temen los africanos; mucho más que al león y al tigre".

El señor Sanderson, refirió al saber la trágica muerte de la señora Green, que este hecho lo apesadumbraba sobremedura, pues él debía la vida a dicha cazadora.

Contó que a pesar de tener grandes conocimientos de lo que eran los rinocerontes, en una ocasión cometió la locura de ir a encontrar a uno de ellos, en un sitio de su carretera. Tan pronto como lo vió aparecer le disparó con su rifle de 450; pero la bala rebotó, no haciendo más que enfurecer a la fiera. El animal se lanzó sobre el cazador y éste le disparó hasta por 5 veces; pero con resultado nulo. Entonces en medio

ELOGIO DE UN "MUSICO"



—¿Otra vez borracho, viejo esponja?
—¡Yo esponja, y en mi vida he probado el agua!

bestia, le hizo fuego a unas cincuenta yardas de distancia, haciéndole blanco en uno de los ojos. Semejante proyectil en cualquier animal habría producido la muerte, pues de seguro habría penetrado al cerebro; pero en el rinoceronte no sucedió así. La bala lo rasguñó ligeramente encolerizándolo, en cambio, de manera espantosa. La señora Green conocía esto; pero siendo una magnífica tiradora, tenía la evidencia de que podía poner otra bala, en el sitio de la fiera que a ella se le antojara.

Se asegura, que el rinoceronte tiene un lugar vulnerable. Es una parte suave de su piel, en la misma juntura del entrepecho, donde basta la más ligera herida para inmovilizarlo y dejarlo a disposición de su adversario. La señora Green, al notar que el rinoceronte se le venía encima a toda velocidad, cargó prontamente su arma y disparó; pero con no mejor resultado que en el

automóvil; pero habiéndose metido en un arrenal, el vehículo quedó atorado en él. El arrenal, desdichadamente, estaba dentro de la ruta habitual del rinoceronte que acababa de matar a lady Green. Y como la bestia, por su enfurecimiento, corría de arriba a abajo de su carretera no tardó mucho tiempo en descubrir al automóvil lo que la enfureció un tanto más. El capitán al ver tan gran peligro, aconsejó a su esposa que se bajara del auto y se pusiera a salvo, tratando él mientras tanto de disparar. Pero la velocidad con que avanzaba la fiera, escasamente le dió tiempo para levantar el rifle. El rinoceronte mató al capitán y redujo materialmente a añicos al automóvil, al que embistió repetidas veces. De este encarnizamiento aprovechó la señora para poder huir, y llegar casi muerta de miedo a la aldea.

Inmediatamente se organizó una caravana de cazadores fuertemente ar-

de su terror, recordó que estos paquidermos no pueden torcer y que tienen que correr derecho. De consiguiente se dedicó a sacarle quites a la bestia y ya se encontraba agotado y próximo a perecer, cuando apareció lady Green, la que alojó una certera bala en el entrepecho del rinoceronte. Inmovilizado el animal pudo ser victimado, resultando ser un ejemplar gigantesco que pesaba cerca de siete toneladas.

El rinoceronte puede compararse a uno de esos tanques que se usan en la guerra moderna; pero con la ventaja de su fantástica velocidad. Su coraza es superior a la de cualquier máquina destructora de nuestros días, por lo que sus ataques son de un peligro sin paralelo. Muy pocos son los seres que han gozado del inenarrable espectáculo del ataque de una partida de rinocerontes a una manada de elefantes. Aquello es terrorífico, dantesco, espantable.

El señor Lang, actualmente sub jefe del Jardín Zoológico de Long Island, es uno de los pocos hombres que han tenido ocasión de ver un cuadro de éstos.

Sobre una loma, dijo, pude ver esta pesadilla que jamás olvidaré.

Diez o doce rinocerontes, tomaban agua en un riachuelo, cuando inesperadamente dieron muestras de gran inquietud. Yo temblé de terror, pues pensé que me habrían olfateado. Me disponía a huir, cuando sentí que la tierra se estremecía, como si temblara. Y momentos después varios corpulentos elefantes aparecieron con las trompas levantadas dando muestras de la mayor irritación. Los rinocerontes voltearon rápidamente y partieron como flechas contra los elefantes que avanzaban. Aquello fué espantoso. Un choque de montañas de carne palpitante. Cuando la lucha terminó, con la fuga de los elefantes, cuatro de estos paquidermos yacían destrozados en el suelo, en tanto que uno de los rinocerontes, quizás el más pequeño, había sido reventado a patadas y trompazos. Opté por esconderme en una pequeña cueva, porque los rinocerontes en el paroxismo de la furia, recorrían como enloquecidos todos aquellos parajes, buscando los rastros de sus enemigos.

El rinoceronte es la fiera más terrible que existe sobre la tierra; pero mucho me temo que bien pronto quede vencido y desaparezca ante la ferocidad de un adversario más terrible: el hombre.

LOS MICROBIOS DE LA LUZ

El secreto de la fosforescencia animal. — La lámpara viva.

Durante mucho tiempo se ha creído que la fosforescencia de los peces muertos era debida al fósforo contenido en su organismo. Hoy se sabe que este fenómeno no lo produce el cadáver del pez, sino una infinidad de bacterias microscópicas que sobre él viven. Sabido esto, al doctor Molisch le ocurrió la idea de propagar artificialmente dichas bacterias: en estas condiciones seguían despidiendo su fulgor fosfórico, el problema de la lámpara viviente quedaba resuelto.

Ante todo había que averiguar a qué causa deben estos microorganismos su luminosidad, y el sabio profesor cree haberlo averiguado. En su opinión, cada uno de estos microbios, que es una sola célula, contiene dentro una partícula de cierta substancia luminosa, enteramente desconocida hasta ahora y a la que ha dado el nombre de "fotógeno". El doctor Mo-



El manual de las exigencias

F. AZNAR NAVARRO

Una casa de construcción moderna, grande, señorial.

El ascensor se detiene en el segundo. Sale de él una muchachita de aspecto vivaracho, alta, delgada, rubia, ojos azules. Aparenta más de veinte años, pero menos de veinticinco. Oprime un botón; suena dentro un timbre; un criado abre la puerta.

—¿Qué desea usted?

—Me han dicho que necesitan en la casa una doncella. Vengo a pretender.

—Pase.

El criado la introduce en una salita de recibir.

—Haga el favor de esperar un momento.

A poco se oyen pasos. Penetra en la salita otra mujer. También es joven. Y, como la anterior, bonita y vivaracha; pero morena y de ojos muy negros.

—Usted deseaba...

—Ya le dije al criado... Me han dicho que necesitaban en la casa una doncella... Vengo a ofrecerme... Antes de que la señorita (porque supongo que usted es la señorita) conozca mis pretensiones, quiero que sepa que he servido en las mejores casas de Madrid; en la de la generala Méndez, en la del banquero Goñanes, en la del ex ministro Ruizpérez, en...

—Bien, bien. ¿Mucho tiempo en cada una?

—Todo lo que he podido resistir, señorita. ¡Están las cosas tan difíciles, son tantas las exigencias!...

—Mucho. Las casas están imposibles.

—En cuanto a las condiciones, la señorita verá si convienen las que voy a indicarle. Debo advertirle que no pedré más de lo que pidi en las casas anteriores. La señorita puede informarse en todas y en cada una de ellas.

—Veamos.

—Treinta duros al mes. La señorita sabe muy bien que en estas casas grandes sólo en ropa se le va a una la parte mayor del sueldo. Y las modistas están ahora imposibles.

—Cierto. Las modistas están imposibles.

—Salidas, todos los domingos y fiestas de guardar, de tres de la tarde a diez de la noche. Digo las diez, suponiendo que no haya grandes complicaciones en el servicio de tranvías, porque en ese caso... ¡La señorita no sabe cómo se ponen los tranvías los domingos y fiestas de guardar de ocho de la noche en adelante!

—Lo sé; imposibles.

—El resto de la semana, una salida diaria, de ocho a nueve de la noche, para ver a mi novio, que es "chauffeur", y no dispone de otra hora; a menos que la señorita prefiera que no salga en días de labor y sea él quien venga a verme a la hora indicada. ¡Ah! Pero en este caso, los señores me autorizarán para que mi novio cene aquí. Su oficio no le permite perder tiempo. Podría encontrarse una solución: que los señores no estuviesen a gusto con el "chauffeur" que tienen ahora a su servicio, le

despidieran y tomaran a Pepe. Pepe es mi novio, señorita.

—¿Y nada más?

—Faltan algunos detalles. Yo no soy exigente para las comidas. Me basta y me sobra con comer lo que comen los señores. Porque supongo que en la casa se comerá bien. No será como algunas—¡Dios me valga!—en que todo se lo lleva la aparatosidad, quedando la cocina relegada a término secundario. Pero si yo me allano a todo, mi pobre Pepe no puede hacer lo mismo. La dispesía le tiene fastidiado. Sólo puede tomar ciertos platos especiales. Si los señores se deciden por que mi novio entre en la casa, tendrán que autorizarme para que me ponga de acuerdo con la cocinera respecto al régimen alimenticio de mi Pepe.

—¿Nada más?

—Se me olvidaba. Si hay en la casa señorito o señoritos jóvenes, se comprometerán solemnemente a no propasarse conmigo contra mi voluntad. ¡No quiero disgustos con Pepe! Por un disgusto así tuve que marcharme de la casa del general Méndez. El general tiene un hijo, un joven teniente que acaba de salir de la Academia. Decía él que quería estudiar prácticamente las diversiones estatégicas. Y toda su diversion era perseguirme como un mico. ¡Osea mas antipático! Y como el oficialito no me agradaba, se lo tuve que comar todo a mi Pepe. Y estuvo en un tris que no ocurriese una tragedia.

—Bien. No se moleste más. No hace falta doncella en la casa.

—Puede la señorita haber empezado por ahí.

—Me interesaba mucho conocer sus pretensiones. Yo no soy la señorita. Soy doncella de la casa, y siempre es bueno dar un repaso al manual de las exigencias, por si encuentra una algo en que no haya caído.

—¿Y ha encontrado usted en mis pretensiones alguna novedad?

—Ninguna. Mi manual es más extenso.

—Podría usted recitármelo para perfeccionarme?

—Yo tengo más distracciones que usted. Todas las tardes hago que la señora se ponga en el pasillo a cuatro patas; monto sobre ella y sacudiéndola con un látigo, me paseo como si fuese montada en una borrica.

—¡Graciosísimo! ¿Y nada más?

—La señora me entra todos los días el chocolate a la cama.

—¿Y nada más?

—Me ha autorizado para arrojar por un balcón a todas las insolentes (como usted) que vengan a esta casa.

—¡Oh! Usted se burla de mí. Usted no es una compañera. Esas palabras no puede decir las mas que la señora de la casa. ¡Al fin, señora! ¡Quédese usted con Dios!

La puerta de la escalera se cierra con estrépito. El ascensor vuelve a funcionar.

El portero oye decir a la joven que sale malhumorada del ascensor:

—¡Las señoras están imposibles!

COMPANÍA ITALO-ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

651 - CORRIENTES - 650

Para vuestra cocina, preferid siempre un aparato eléctrico, más práctico, más higiénico y más económico que los antiguos sistemas a leña, carbón o gas. La Compañía tiene abierto durante las horas de oficina un Salón especial con un surtido completo de aparatos eléctricos de uso doméstico, sobre cuya utilización proporciona al público los informes más completos.

TELÉFONOS:

U. T. 5940 al 45, 2765, 4225, 4790

al 94 y 5780, Avenida.

C. T. 1254 y 1387, Central.

Molisch atribuye al fotógeno la luz que caracteriza a las luciérnagas, a los cucuyos y a otros insectos luminosos. Si el aparato productor de luz de cualquiera de estos animalillos se deja secar y se pulveriza, el polvillo conserva todavía su poder lumínico por mucho tiempo, y ese poder se hace más intenso con la humedad. Esto prueba que la fosforescencia no depende de que el animal este vivo o muerto, y asimismo que es debida a una substancia que llena las células.

Los seres en que más abundante es el fotógeno son, según el doctor Molisch, los que viven en el mar. En efecto, la mayor parte de los animales marinos son luminosos; el hecho es harto conocido, pero no se había encontrado una explicación satisfactoria a este fenómeno.

Todos los animales que viven en las grandes profundidades oceánicas, donde no llega ni la más mínima porción de luz solar, están provistos de órganos productores de luz. Unas veces son placas luminosas, otras una especie de bombilla eléctrica. Hay peces como el escualo de ojos verdes, cuyos ojos podrían compararse con los faros de un automóvil, y la inmensa mayoría de los cefalópodos, o sean las jibias y calamares, pueden despidir en torno suyo vivos resplandores. El mismo fenómeno se observa en las medusas, en las anémonas de mar y en otros muchos animalillos inferiores que, con su vivo resplandor, verde en unos, azul o violeta en otros, son rosados en los de más allá, rompen las tinieblas submarinas; y también se presenta en los noctilucos, esos seres diminutos que en las noches cálidas del verano, sobre todo en las zonas tropicales, convierten en brillantes llamaradas la superficie de las olas.

Los naturalistas han explicado el objeto de esta luminosidad, que en unos casos sirve al animal que la posee para atraer a sus víctimas y en otros para alejar a sus enemigos. En cuanto a su causa, el doctor Molisch afirma que no es otra que la presencia de células llenas de fotógeno.

Parece que hay numerosas especies de estos microbios. La más luminosa se desarrolla en la carne cruda. Cuando ésta se tiene durante tres o cuatro días en un sitio no demasiado frío, y se humedece con agua salada, no tarda en ofrecer una fosforescencia parecida a la del pescado muerto.

El doctor Molisch ha obtenido numerosos cultivos de estas bacterias en un caldo compuesto de gelatina, peptona y un poco de sal, y de esta misma mezcla se ha servido para "encender" su curiosa lámpara viva. El aparato consiste simplemente en un tubo de cristal terminado por una ampolla, en la que se ha puesto cierta cantidad de caldo. Después de tenerlo algún tiempo en agua muy caliente, para matar cualquier microorganismo extraño que en su interior pudiera existir, y una vez enfriada la ampolla, el doctor metió en ella, por medio de una aguja de platino, microbios luminosos de la carne que se había pescado. Su propagación se verificó rápidamente. A las cuarenta y ocho horas la ampolla despedía un brillante resplandor, quedando convertida en una lámpara, a cuya luz se podía leer perfectamente, y algunas horas más tarde la luminosidad se había hecho tan intensa, que el sabio pudo utilizarla para sacar algunas fotografías.





Desde la fragata "Sarmiento" Planchadas al costado

Mientras leo, recostado en la cucheta de mi camarote, oigo que a poca distancia del ojo de buey, echan una planchada para picaretear el óxido del costado y retocar, con minio, antes de dar la mano de blanco.

Una inclinación inveterada de escuchar la chachara de la gente de a bordo hace que abandone mi lectura... Por lo pronto me doy cuenta que el conscripto Pérez de la dotación de la lancha 4 y su compañero Milleo del mesana—que a veces iza la ventana de mi ojo de buey—serán los interlocutores.

Al poco rato observo que Pérez, que debe picar el óxido, no llega nunca a golpear con la picareta más de tres veces consecutivas y que no deja intervalo sin su parrafito. En cambio el indio Milleo como habla poco—casi por monosílabos—parece ser más trabajador.

Sin embargo no alcanzo a percibir el ruido del pincel; sospecho e indago con cuidado de no ser visto comprobando que sólo de cuando en cuando moja el muy ladino la punta del citado pincel en la nociva pintura de las sales de plomo.

De pronto Pérez pica apresuradamente y Milleo para hacer algo golpea la lata con su arma de trabajo.

¿A qué viene esto?—me pregunto. En seguida se oyen dos pitadas del cabo de mar de guardia y la voz de "¡saludo!" del cabo de honores y me lo explico todo... Temen que algunos oficiales que bajan francos a tierra los vean sin hacer nada.

Cuando la lancha se aleja Pérez dice:

—Este buque no tiene barloa... El "San Martín" si tenía... ¿Te fijastes?... el oficial de guardia ni nos miró... Y qué bolada; ahora están en tierra el segundo y casi todos los tenientes... El alférez de botes está de retén y nosotros como pavotes estamos... con tanto laburo!... ¿Lo viste al jefe de la primera?... ¡ah yo!—exclama con brío—cuando me vaya a mi pueblo también voy a largarme de bastón... ¿Qué le vamos hacer—dice con sorna—unos chubascos vienen con viento y otros con agua...

Y luego:
—Che, decime ¿te gusta La Guayra?
—Sí.
—Y vas a salir luego...
—No.

—¿Y cómo me dijistes hoy que vos no te quedabas a bordo esta noche?... ¡Avisá si querés hacer méritos... o te la tirás para cabo de la reserva!... Entonces ya sabes, prestame el reloj que yo no la "goso" en tierra sin pensar en que ahora pican la hora a bordo y que ya falta poco para "armar trabajo"...

Después, aprovechando que Milleo da dos golpecitos yo cambio de postura, pero el elástico suena un poco y me detengo... Cosa rara; ahora Milleo dice:

—Qué colorado el minio...
—Recién lo sabes? ¡parece sangre de toro!... En el "San Martín" cuando trabajábamos con esa pintura nos daban leche. El contramaestre decía que tiene "veneno"...

—Sí, ellos saben—dice Milleo, que me resulta la discreción en persona (bueno para asistente pienso)...
—¿Y a vos te daban?

—No.
—¿Y no la protestabas?
—Yo nunca.

—Bueno, la leche del gobierno tiene agua...; no es como la otra... la de la gamela por ejemplo.

—Ah, yo no sé—dice en seco Milleo.

—Además tenés que ponerte en lista y a mí no me gusta andar en esos papeles del detall y de los cabos porque te aprenden en seguida el nombre y te joroban con las guardias. Mejor en todo caso es dar el número que se olvida más fácil. ¿Y vos das el nombre?

—Yo siempre—dice el noble Milleo. El terrible Pérez vuelve nuevamente a la carga:

—Che, decime ¿te gusta servir al gobierno?

—¿Y entonces!

—¿Acaso lo has visto alguna vez al gobierno?

—Yo no.

—Bueno, yo tampoco... ¿Y a Dios lo has visto?...

—Todavía no.

—Y entonces ¿para qué querés verlo a Dios?... Porque el gobierno es como Dios, todos lo nombran y nadie lo ve; pero él te embroma.

En ese momento se oye la voz del cabo que recorre las planchadas:

—Para hoy con la picareta, que el teniente me recomendó que terminá-

ramos para empezar mañana con el blanco.

—Sí, cabo—responde Pérez—pero es que somos pocos. Aquí hacen falta más planchadas. Además que no hay leche a bordo para tantas horas de "veneno"... Yo le dije al suboficial que en el "San Martín" armábamos 4 planchadas, pero él se emperrió.

—Bueno, basta de charla, trabaje callado como Milleo. Además el del minio no es usted sino él y sin embargo no dice nada... Yo lo voy hacer relevar mañana.

Cuando el cabo se retira, Pérez, siempre Pérez, exclama:

—Tengo un hambre... ¿y vos?

—Poco.

—Faltan 190 días y no me caliento... Cuando otros coludos vengan nosotros nos vamos ¿no es cierto?...

—Yo quién sabe...

—¿Cómo que no! o a vos te gusta este "laburo"...

—A mí sí...

—Entonces, viejo, picareteá solo; que yo me voy!

—Ah, no.

PARABOLA

"Porque en vano vino, y a tinieblas va, con tinieblas será cubierto su nombre."

Eclesiastés IV, Cap. VI.

Y era en la isla de Ceylán, en el séptimo siglo antes de la venida del Cristo, en la séptima encarnación de mi alma, en el tiempo en que Sakyamouni predicaba por el mundo y enseñaba la Ley, ley de gracia para todos los hombres. Y era en la isla de Ceylán...

Y mi alma triste había encarnado en el cuerpo de un paria. En los momentos de descanso, tras de las rudas faenas, un compañero, esclavo como nosotros, leía las plegarias y los himnos santos, santos himnos que escribieron el solitario de la familia de los Sakyas y sus discípulos. Y yo oía las sentencias del Buda, pero no me dilataba en el dolor, ni en la muerte, ni en la tristeza, ni en la miseria de las alegrías del hombre; meditaciones que abren al asceta las puertas de la misteriosa ciudad de la Nirvana, en donde se es sin ser, y en donde se duerme el eterno sueño del aniquilamiento; lejos, muy lejos de las miserias y de las torpezas del mundo, en los dominios de la paciencia y del reposo, fuera del ingrato océano de la creación dolorosa.

Y mi corazón estaba turbado por la vanidad y mis ojos no veían la luz en el camino. Porque amaba los gozos de la vida, falsos como el eco de las cavernas y como las sombras reflejadas en los ríos, y quería apurar la copa del placer, que es tan sólo receptáculo del dolor y de la liviandad...

Y el espíritu inspirador de los deseos y de las pasiones, me inundó el entusiasmo por la aborrecible existencia.

—¿Qué necesito—pensé—para encontrar la dicha? Ser libre; libertad basta para mí dicha.

Y fui libre, y me acosó la miseria, y viví desgraciado años y años. Y no encontré la dicha.

—¡Oh!—pensé entonces—¿Qué engaño el mío! No basta la libertad

para ser dichoso. Se necesita también la riqueza.

Un día me encontré dueño de una fortuna considerable y vi satisfechos sin esfuerzos mis necesidades y mis deseos.

Y no encontré la dicha.

—¿De qué me vale la riqueza—me dije después—si mis mayores ambiciones no puedo satisfacerlas? ¡Oh! Si yo fuera poderoso.

Y fui poderoso y tuve un país bajo mi dominio, y esclavos y esclaves gigantes, y carros de oro, y jardines colgantes, y mujeres adornadas con piedras preciosas.

Y no encontré la dicha.

Y cuando el poderío se me hizo repulsivo, quise ser sabio, y estudié en Egipto, y en Babilonia, y en Persia, y en Caldea, y medí la distancia de los astros y calculé las alturas del sol. Y vi que "en la mucha sabiduría hay mucha molestia y que quien añade ciencia añade dolor".

Y no encontré la dicha.

Y recorrí el mundo hasta las tierras del extremo Occidente, y vi las grandes fastuosas ciudades Mediterráneo, cuna de los más refinados placeres.

Y no encontré la dicha.

Y, resignado, volví a la isla de Ceylán, y volví a ser paria y volví a sufrir, y esperé tranquilo la hora de la muerte, la dulce hora de perder la personalidad en el crepúsculo del pasado y de fundirse en la augusta inconsciencia, como un rayo de sol en las masas azules de los mares.

Hay en los libros de Zaratustra y en las sentencias del hebreo Jesús Ben Sirach, parábolas más profundas y de más sutil enseñanza; pero de cierto os digo que a vosotros, cuyo corazón está turbado por la vanidad y cuyos ojos están cegados por el orgullo, os puede ser útil para la salud de vuestro alma la historia de esta vida, séptima encarnación de mi espíritu en el cuerpo de un esclavo, en la isla de Ceylán.

Pío BAROJA.

—¿Pero por qué? ¿qué te cuesta?... Mirá; yo me voy hasta las cinco y vos después... Una vez cada uno...

—Eso no.

—Pucha que sos zonzo; para pasaria bien en la marina hay que ser más diablo... Un zonzo de "gancho" va muerto. ¿Y vos querés firmar? Pero primero tenés que aprender con el capellán, no te olvides que sos alfabeto.

—Ah, claro.

—Y nunca te va a dar ganas de pegarle a la falta como los marineros o algunos cabos?

—No. ¡Nunca!

—Pero che, Milleo; hablá cristiano o te está matando el "veneno". Mirá yo tengo un método para curarte... Le sacamos unas naranjas al teniente por el ojo de buey... Vos que andás de suerte te "trais" el bichero.

—¡Eeeeh nooo!...

Qué pillastre el tal Pérez; así se pervierte un pobre muchacho, pienso, mientras con todo sigilo para no ser oído; evitando ser sorprendido—si prospera la propuesta del bichero—resuelvo irme a la toldilla, pescarlos ipso-facto, pasar por advertido, cooperando de paso para que el trabajo del costado prospere según los deseos del comando.

Ya fuera del camarote oigo a Pérez que le pregunta a su compañero.

—¿Ve!

—¿Para qué tenés ese espejo ahora? Picado por la duda retrocedo y escucho que Milleo, el sencillo, el discreto, el "alfabeto" le contesta en voz baja:

—Pucha que sos caído del mastele-ro; no ves que lo estoy vichando al teniente... Recién sale del camarote. Ahora le bajo la ventana porque me tiene escupiendo en el minio de ganas de hablar.

Entonces sonrío a mi vez, renunciando a castigar a un pillastre de su laya. Y me encamino a la cámara a tomar mi cafecito.

Al toque de retreta me paseo por entre las divisiones formadas para que la gente vea que siempre hay un superior que vela por el buen servicio y escucho que el cabo del detall lee:

Conscripto Esperidión Milleo: Por hablar después del toque de silencio y ser reincidente... 1 hora de plantón.

Conscripto Milleo: Por pretender engañar a un superior y tomarse la leche de los enfermos... 2 horas de plantón durante 5 días.

Conscripto Milleo: Por pretender evadirse de a bordo estando arrestado por la misma falta... 3 turnos sin salida.

Conscripto Milleo: Por llenar de cáscaras el sollado... 2 horas de plantón.

Este último castigo trae una duda a mi espíritu. Me encamino hacia mi camarote y ¡cosa rara! ya no queda en él ninguna naranja.

Entonces regreso a cubierta reflexionando si, como superior, debo castigarlo con el parte "por pretender hurtar naranjas"... o simplemente "por hurtar"...

Próximo el detall, Milleo que ha pedido aclarar el castigo—porque el reglamento prohíbe todo reclamo de castigo sin haberlo cumplido previamente—dice humildemente: "Yo creo, señor, que no he cometido ninguna falta en tirar las cáscaras... eran tantas que no podía comérmelas "con todo"... como allá en el "San Martín"..."

Teniente DOSERRES.

Fondeados en La Guayra, 28 de mayo de 1925.

LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

TUBERCULOSIS (Conclusión)

Tratamiento terapéutico. (Continuación).—Si los enfermos tosen porque han comido, y vomitan porque han tosido, hacerles tomar trocitos de hielo inmediatamente después de las comidas. Contra la irritación de la garganta que produce la tos, tomar un sorbo de agua fría, lo cual basta casi siempre. En caso de que no dé resultado, se empleará una cucharada de café en una poción de codeína. Si este medio no produjere efecto, tomar unos minutos antes de la comida una o dos cucharadas de agua cloroformada saturada.

Procedimiento que facilita la expulsión de los esputos.—La posición horizontal en la cama, por supresión de almohadas durante una o dos horas, después de la crisis de tos habitual al despertar, facilita en gran número de bronquitis crónicas la expulsión completa de los esputos.

TUBERCULOSIS VERTEBRAL, O MAL DE POTT.

Enfermedad crónica de la columna vertebral, observada sobre todo en la infancia y la adolescencia. Es producida por la tuberculosis del cuerpo de una o varias vértebras que se excavan, no ofrecen ya suficiente punto de apoyo, se hunden, y provocan una deformación.

Signos.—Dolores continuos, u intermitentes en la región de las vértebras enfermas que irradian a los lados del pecho o hacia los muslos, y pueden llegar a formar una especie de cintura. Gibosidad que se produce lentamente (varios meses), o puede suceder que lo haga bruscamente. Postura especial del enfermo, que tiene los hombros elevados, el cuello echado atrás, el rostro elevado; los brazos, aplicados a lo largo del cuerpo. Los movimientos de la pelvis y de las piernas, son lentos, poco extensos, de modo que eviten el dolor. Absceso por congestión, que aparece generalmente en el muslo por delante o por detrás, y está formado por una colección de pus que se filtra o traves de los tejidos desde las vértebras enfermas. Parálisis de la mitad inferior del cuerpo incluso el recto y la vejiga. Cuando el enfermo tiene que bajarse para alzar algún objeto, procura elevarlo entre las rodillas.

Evolución.—Los enfermos son débiles, presentan señales de tisis, pero a veces pueden llegar a curar por completo.

Tratamiento general.—El de la tuberculosis.

Tratamiento local.—Revulsivo, u operación quirúrgica.

Consultorio del hogar

En el salón de pinturas el "Vernissage".—Que se visite el salón, los salones, o los saloncillos instalados en los círculos, en las salas públicas u oficiales, la actitud de una señora debe ser siempre de una reserva impecable. A estos actos deberá ir siempre acompañada, pues presentarse sola en estos lugares daría origen a sospechas. Allí se encuentran amigas, gentes conocidas y la certeza de no encontrarse aislada en medio de la multitud puede parecer suficiente para renunciar a recurrir a un brazo protector. Pero hay que cruzar las salas para reunirse, hay que franquear puertas, pasar delante de los curiosos y recibir la admiración pública que no siempre se manifiesta de modo muy correcto.

Es evidente que en la vida no puede uno siempre detenerse ante esas consideraciones. La libertad ha entrado en nuestras costumbres y lejos están ya los tiempos en que una mujer joven no podía presentarse sola en los lugares públicos.

Las mismas jóvenes gozan de una libertad relativa.

El americanismo tiene ardientes prosélitas; pero, ¿quién podrá decir las emociones que se apoderan de una mujer honrada cuando se ve obligada a circular entre la muchedumbre; el rubor que cubre su frente cuando alguna observación brutal se eleva a su paso? La alegría que procura esa libertad queda pronto borrada. Nuestro país ha dejado de ser caballeresco y una mujer sola no puede evitar el ser confundida con ciertas criaturas a quienes esas atenciones encantan. Muy penoso es que le falten a una dama el respeto cuando sabe tener derecho a la consideración de los demás, por eso la satisfacción de encontrarse en medio de la muchedumbre

es para muchas señoras una causa de malestar más bien que un placer.

Cuando se ve una rodeada y protegida por nuestras amistades, entonces se recorren las salas deteniéndose ante las obras expuestas. También en esto surge un peligro. El "snobismo" moderno autoriza todas las exhibiciones, y permite todas las admiraciones: el Arte (que ostenta una A mayúscula) es una religión que tiene muchos adeptos, y muchos fanáticos. Una mujer joven, hasta una muchacha, se detiene y se extasia ante una desnudez si el nombre de un maestro está puesto sobre el lienzo. "Hay que ver el lienzo de Fulano, es una obra sensacional, las carnes tienen un color notable, etc., etc."; es preciso, pues, mirar, complacerse en el análisis de una obra inconveniente y esto entre el vulgo, entre los hombres, sobre todo, [qué divertido es! ¡Cómo buscan las sensaciones que esta vista puede provocar! Una mujer debe, pues, sin afectación, evitar el ver lo que sin turbarla, pueda parecerle inútil contemplar; el arte no perderá nada en ello y sus impresiones personales permanecerán inaccesibles para los curiosos, y tampoco sentirá lastimada al contemplar una obra que, sin empañar su pureza, podría ocasionarle cierto embarazo en la actitud. También es de muy mal gusto formular en voz alta y con viveza sus opiniones sobre las obras expuestas: la admiración isonjea al artista que tal vez "cecha su éxito a pocos pasos, pero también puede implacar un entusiasmo motivado y una apreciación malévola, aunque justificada, es a veces inhumana; más vale, pues, proceder como gentes bien educadas, mirar las obras, cambiar discretamente sus impresiones con las personas que nos rodean y no entregar al público el secreto de nuestro juicio.

El "Vernissage" que es el día elegante

y agitado, es preciso guardar las mismas reservas y no nombrar ostensiblemente a las celebridades que circulan, aunque generalmente esta pequeña gloria les sea bastante preciosa.

Consultorio femenino

Rubia dorada.—Para los guantes puede utilizarse:

Jabón en polvo. 250 gramos
Amoníaco 10 "
Agua de Javelle 165 "
Agua común 155 "
Salomé.—El olor tan agradable de la piel de Rusia se debe al empleo del abedul en el tratamiento de las pieles.

El cuero se deja muy flexible untándolo con glicerina, pero este líquido tiene el inconveniente de trasudar luego con facilidad. Esto no sucede si con la glicerina se pone un poco de dextrina o bien albúmina.

Rafaela, Cap.—Para el acné se recomienda el uso de jabones yodurados, con los cuales se lava la cara como con los jabones ordinarios. Si se produce una pequeña irritación cutánea, se remedia aplicando un poco de aceite de almendras dulces o glicerina.

Estos jabones contienen del 2 al 5 % de yoduro de sodio y del 1 al 3 % de yoduro de potasio.

Julia, Capital.—Para los sabañones, como medio preventivo, a la vez que curativo en los principios del mal, se pueden emplear fricciones con:

Glicerina. 180 gramos
Alcohol de 70° 180 "
Timol. 0,5 "
Tintura de digital 6 "

Magdalena, Morón.—Para contener las hemorragias nasales se tiene al paciente sentado, con la cabeza derecha y ligeramente inclinada hacia adelante; se desabrochan los vestidos del cuello y del busto, se aplican compresas de agua fría sobre la frente, sobre las sienes y sobre la nariz y se mantienen los brazos en alto. Además, se comprime la nariz con los dedos, a la altura del hueso nasal.

Hacer caso omiso

de la profilaxis individual, es obra de una crasa ignorancia o de una enfermiza negligencia. El hábito de la higiene significa previsión y, por consiguiente, acierto. Luego, cultivar esta costumbre, supone una garantía en el disfrute de una perfecta salud.

En la mujer, por ejemplo, es, no sólo una necesidad imperiosa, sino un deber ineludible. Ignoran, acaso, las señoras, que la mayoría de los recién nacidos atacados de conjuntivitis purulenta lo debieron únicamente al paso por un medio infectado? Sabido es que la infección puede ser fácilmente transmitida a la prole. Luego, no sólo por la propia salud, sino por la de los hijos todas las señoras están obligadas a realizar la higiene personal íntima.

Con la práctica de lavajes diarios, a base de soluciones tibias de Lysoform, bactericida excelente, inodoro e inofensivo, habrán eliminado las señoras los peligros indicados y un sinnúmero de otras enfermedades propias del sexo, que, generalmente, hallan su punto de partida en una descuidada "toilette" íntima.

El Lysoform se vende en todas las farmacias, envasado en frascos de 100, 250, 500 y 1.000 gramos. Use usted el Jabón Lysoform para tocador, fabricado a base de Lysoform.—Precio al público: \$ 0.45 cada pastilla.—Pida usted una muestra gratis y comprobará su excelencia. Mendel y Cia., Guardia Vieja, 4439.—Buenos Aires.

Secretos del tocador

LA TRANSPIRACIÓN DE LOS PIES

Si los callos, las durezas, los ojos de gallo son incómodos y dolorosos para los que los tienen, el exceso de transpiración es desastroso, a la vez, para el que está afectado y para los que lo rodean.

Desgraciadamente, esta incomodidad, que impide toda clase de encantos, no se combate victoriosamente más que a fuerza de grandes cuidados prolongados y minuciosos.

El régimen diario de las personas que están afectadas de abundante transpiración de los pies es el siguiente:

- 1.º Baños de pies, mañana y noche, con agua fría, apenas dos minutos.
 - 2.º Dos veces por día marcha sobre agua fría durante cuatro minutos.
 - 3.º Una taza de infusión de corazoncillo y salvia, dividida en tres veces.
- Este régimen se repetirá durante quince días consecutivos.

Después de curarse, se continuará tomando dos o tres baños de pies por semana.

Se recomienda también, para completar este tratamiento, los granos de nebrina absorbidos a razón de seis u ocho por día. Tienen la propiedad de mejorar la digestión, la sangre y los jugos.

El borato de soda, una cucharada de café en una cubeta de agua, es excelente para combatir la transpiración. Tómese un baño de pies, séquense cuidadosamente y empóvese en seguida con licopodio. Continúense esos baños durante ocho días consecutivos. Luego tómense tres veces por semana, luego dos, hasta que la transpiración se detenga completamente.

Los baños de sal, de alumbre, las abluciones de agua de eolonia son siempre eficaces.

Las recetas antiguas empleadas para combatir la transpiración muy abundante de los pies, consistían, sobre todo, en fricciones con aceite y unguentos con aceite de oliva o de nardo.

Conservan esta fórmula que se ha hecho clásica para las fricciones:

Agua destilada 100 gramos
Alúdrato de cloral 1 "

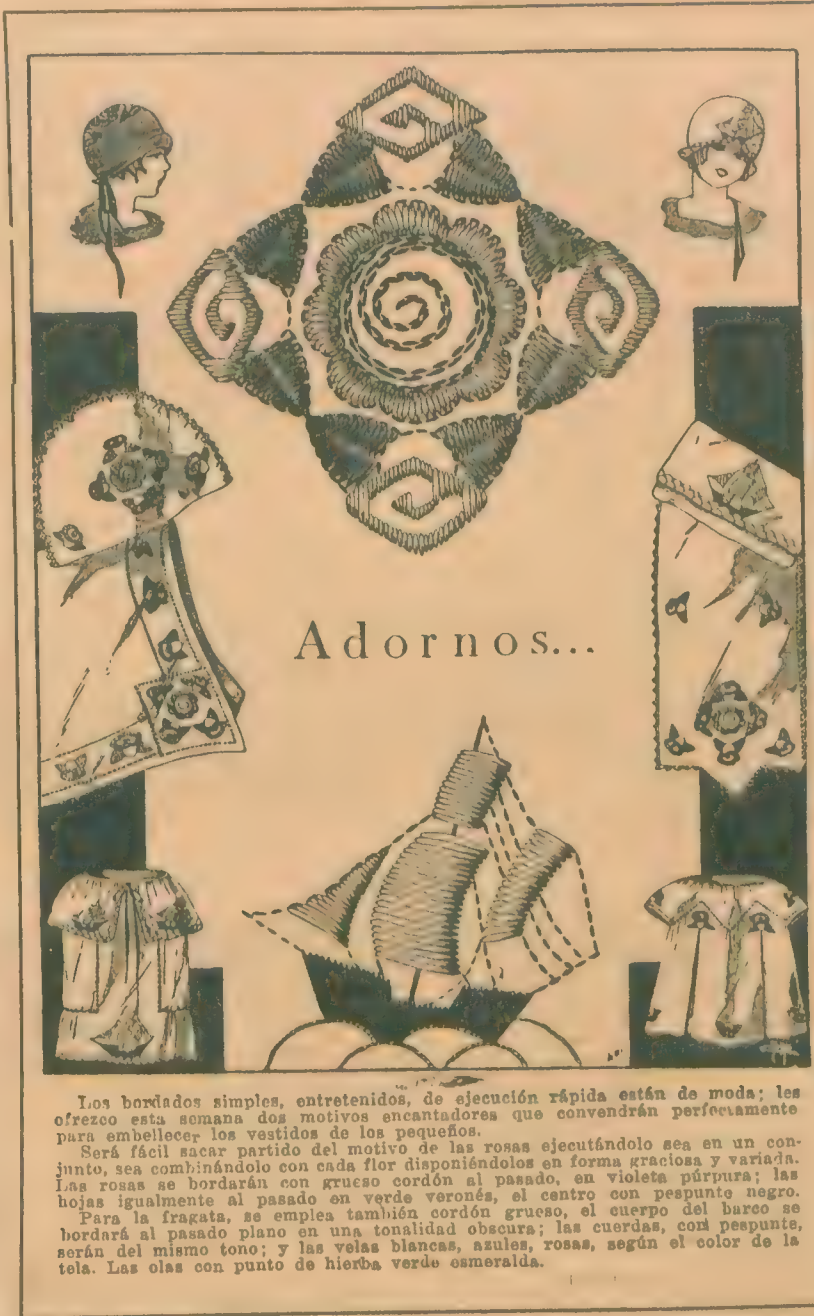
Las unguentos con percloruro de hierro son recomendadas a menudo; se componen de:

Percloruro de hierro 20 gramos
Glicerina 25 "
Bicromato de potasa 10 "
Esencia de romero 5 "

Pueden utilizar este polvo para después del baño, antes de calzarse:

Oxido de cinc 50 gramos
Talco de Venecia 50 "
Salicilato de soda 5 "
Salol 25 "
Polvo de iris 20 "

No se debe olvidar que podría ocasionar perjuicios la desaparición total de la transpiración de los pies; consúltese al médico antes de hacer ninguna prueba.



COLABORACION ESPONTANEA

La espera

El amplio andén de la estación... La gente que en eterno vaivén se precipita. Mi pobre corazón tiembla y palpita por recibir noticias de la ausente.

El monstruoso animal rompe el silente mutismo en que me encuentro apostemado; su grito se parece al condenado ulular de una fiera impenitente.

De la fértil y corta chimenea sale un ala fantástica que orea la majestad solemne del momento.

Y al igual que esa ala que se esfuma fué tu palabra, hábito de bruma, que en un instante lo deshizo el viento!

Francisco ALEMAN.

La chola

En la estrecha calleja Viluyo, apareció de pronto un hombre embozado en una bufanda negra, y después de mirar de uno a otro lado, púsose a dar golpes en la puerta de una tienda:

—¡Abrime tu puerta, Rosita! Pero como nadie respondiera a ese llamado, volvió a gritar:

—¡Abrime tu puerta, Rosita! Eran las tres de la mañana. La ciudad hallábase sumida en una profunda quietud. No había en pie más que los heroicos guardianes de turno, que, plantados junto a los postes de las esquinas, iban pasando la voz, de rato en rato...

—¡Abrime tu puerta, Rosita!—volvió a llamar Catacora. Pero la puerta de la tienda, una puerta sucia y ennegrecida por el hollín, seguía herméticamente cerrada. Toribio Catacora sintió frío y cólera. Y no sabiendo qué actitud tomar de inmediato, arremangó hacia arriba la solapa del abrigo, arrancó del bolsillo una botella y apuró un buen trago de "chinchá". Luego, sintiéndose más valiente, amenazó:

—¡Si no abres, meto la puerta a patadas! En esto logró oír un suspiro largo y débil, como una queja muy lejana y que parecía salir del fondo de la tierra. Catacora no esperó más. Tomó inmediatamente la guitarra entre sus manos encallecidas, y dióse a "puntear" la introducción de un bailecito nativo. Poco después su voz gruesa llenaba la calleja:

Rosa te llamó tu madre, por hacerte desgraciada, por hacerte desgraciada; porque en el mundo, las rosas, siempre mueren deshojadas, siempre mueren deshojadas.

La bemol, si bemol, sol mayor quiero tocar... En la puerta de tu tienda mi guitarra hago llorar!

Cuando callaba la voz de Catacora, las cuerdas prima y segunda de la guitarra seguían vibrando a dúo, como si las anteriores estrofas, entonadas con todo el dolor de su alma, no fueran suficientes para conmover el corazón de la cholita.

Toribio Catacora era un hombre violento, tumultuoso; torpe de palabra, fuerte en la acción, y propenso al sentimentalismo más desbordante, cuando entre copita y copita mostraba a sus amigos, todas las amarguras de su vida. Pertenece a esa clase social intermedia—mezcla de blanco y autóctono—que hay en Bolivia, como en ningún otro tiempo, exceptuando el período presidencial de Belza, está en plena actividad democrática y en pugna por reivindicar, para mezclarse en los movimientos de renovación y progreso del país, todos los derechos políticos y sociales que le fueron restringidos al correr de los años. Nació en una de las más típicas regiones de La Paz: Chocata. En sus mocedades fuera ayudante de sastrería, más tarde carpintero y luego minero; habién-

dose visto obligado a adoptar este último oficio, por huir de la justicia que lo persiguió tenazmente, y, sobre todo, por escapar de los padres de Rosita, quienes juraron vengar a cualquier costa el porvenir troncado de su hija.

Rosita, por entonces, sólo contaba 14 años. En el barrio Chocata era la que más cortejantes tenía, por su admirable belleza y por el lujo con que solía vestir. Era de verla, cuando, los días domingo, bajaba por la calle Sagárnaga, con dirección al colonial templo de San Francisco, ataviada de lindas mantas de seda, polleras de terciopelo, botitas moradas de cabritilla y un sombrero de copa alta que se ostentaba siempre a flor de cabellera. Los padres no eran ricos, vivían de la venta de ropas bordadas para indios bailarines; pero, haciendo cualquier esfuerzo, no dejaban de vestirla bien y de colgarle en las orejas unos enormes "faluchos" de oro.

Y nunca le faltaban diversiones.

[Cómo, Rosita, cuando todo Chocata estaba de fiesta en casa de algún artesano más o menos rico, se lucía bailando el antiguo vals de movimientos ligeros! ¡Cómo, tan tierna aún, cimbraba las caderas de zapatear un "kaluyo"! Y los padres miraban todo esto con muestras de orgullo. No era extraño, en las fiestas, verla a Rosita levantarse de su asiento y brindar su vaso de "chicha" al que le caía en gracia: "Con usteds, don Condori."

Catacora, que era audaz y obstinado, no empleó mucho tiempo en conquistar el corazón de la cholita, ahuyentando primeramente a sus rivales—la mayoría jovencitos de

Yo fui un infame para vos... Por mi culpa estás en ese estado. ¡Dios me castigue por todo el daño que te hecho!

Como Rosita no respondiera, Catacora comenzó a sollozar desesperadamente.

—¡Perdoname, por haberte abandonado! ¡Ay, desgraciado de mí!... Es que tus padres tuvieron la culpa, porque me persiguieron para matarme; de lo contrario se habría arreglado no más todo... ¡Que Dios los guarde en el mejor lugar! ¡No quiero oírme! Desperté, paloma, para que tomemos una copita. Esta mañana he llegado de la mina, con el único objeto de buscarte.

Le llevó la botella a la boca, pero como la mujer tenía los labios fuertemente apretados, el licor no tardó en resbalar por las comisuras moratadas.

Catacora, profundamente conmovido por el silencio de la cholita, tomó otra vez la guitarra y apoyando su pie izquierdo en el "patajati", volvió a cantar. Ahora su voz era lúgubre y temblorosa:

Rosa te llamó tu madre, por hacerte desgraciada, por hacerte desgraciada; porque en el mundo, las rosas, siempre mueren deshojadas, siempre mueren deshojadas.

Al siguiente día eran sepultados, con extremada sencillez, los restos de la más bella chola de la región de Chocata: Rosa Peralta. En el sepelio no habían más que dos personas acompañantes: Toribio Catacora y el enterrador.

Para colmo de sus desdichas, había dejado escapar su alma desgarrada por un cúmulo de amarguras, precisamente en aquel momento en que las cuerdas de la guitarra sollozaban con voz doliente y melódica, en la tristísima puerta de su tienda.

Carlos Adolfo RIVERA.

Filosofía rusa

—Buenos días, Ivan Petrovich.

—Adiós, Nicolavieff.

—¿Cómo te va? ¡Ya hace tres meses que no nos vemos!

—Muy bien. ¿Sabes que me casé?

—Lo ignoraba. Te felicito.

—No vale la pena. Mi mujer es murmuradora.

—Es lástima!

—Menos mal que aportó mil rublos de dote.

—Entonces... hay que disculparle el otro defecto.

—Nada de eso, porque empleé la dote en comprar carneros y todos se han muerto.

—Eso es lo peor.

—Gracias a que la venta de sus pieles me produjo casi lo que me habían costado los carneros.

—¡Entonces, puedes estar contento!...

—Imposible. Mi casa, donde tenía guardado el dinero, se quemó ayer.

—¡Qué horrible desgracia!

—A medias, porque la charlatana de mi mujer, estaba dentro.

buena familia—y después dándole, casi todas las noches, serenatas a dúo de quenas; hasta que un día, en ausencia de los padres, logró robarla. Tres meses vivió con ella, tres meses de orgullo y de felicidad... Después, como ocurre siempre en esta clase de aventuras, la abandonó, sin preocuparse de que, a partir de este hecho, la cholita estaría destinada a ser una presa fácil de los hombres...

—¡Ahora sí que abres tu puerta!

Dió un formidable sacudón a la chapa y la puerta cedió sin mayor dificultad. Una vez dentro, Catacora empezó a tantear el piso, mientras buscaba en los bolsillos una cerilla para darse luz. Al dar los primeros pasos, tropezó con un brasero de barro sobre el que estaba una jarrita de hojalata enmohecida. Tambaleó un poco y fué a dar contra dos cajones que servían de mostrador, donde se hallaban colocadas unas cuantas botellas vacías.

En un rinconcito de la tenducha, tendida sobre un "patajati" estaba la cholita, alumbrada por la opaca luz de un mechero de sebo.

—¡Ah! ¡Por qué no has querido abrirme tu puerta!—gritó Catacora.—¡Contestame, Rosita! ¡No me oyes! ¡Guau! ¡Cómo, te hacés la sorda!

Después, un tanto conmovido, continuó:

—¡Pobre mujer!... No duermas, corazón; desperté un momento... ¡Pero qué vieja te encuentro!... ¡Ya no caes en cuenta con tu Toribio! Ofime, pues, un ratito...

Las auroras boreales

Como se sabe, la aurora boreal es producida por la acción de radiaciones eléctricas, que provienen del espacio exterior, sobre la alta atmósfera, debiendo ser atribuida la emisión de luz a materia perteneciente a esta atmósfera. M. Vegard, que ha estudiado detenidamente el fenómeno, produciendo por eliminaciones, ha llegado a la conclusión de atribuir el espectro auroral al ázoe existente, bajo la forma de un fino polvo cristalino, en las altitudes comprendidas entre 100 y 130 kilómetros, donde aparecen con más frecuencia las auroras boreales.

Ese hombre de ciencia ha comprobado la hipótesis por experiencias de laboratorios, que han consistido, en un principio, en bombardear, por medio de rayos catódicos, ázoe mantenido sólido por contacto del recipiente que lo contenía con hidrógeno líquido. El ázoe sólido, sometido a la acción de los rayos catódicos, queda luminoso más de cinco minutos después que la excitación ha cesado. Parece pues, que este fenómeno, y, asimismo, el que constituye la aurora, es una fosforescencia.

El nuevo descubrimiento abre un nuevo campo a los experimentos, igualmente interesantes, desde el punto de vista cósmico como desde el físico. Un estudio cuidadoso permitirá determinar con exactitud las temperaturas que reinan en la región de las auroras y la velocidad y naturaleza física de los rayos eléctricos cósmicos que producen las auroras boreales.

Por otra parte, si otros gases tomados en el estado sólido dan, bajo la acción de los rayos catódicos, efectos análogos a los producidos por el ázoe, se puede esperar que se llegue a la explicación de las líneas espectrales emitidas por las nebulosas, y a la adquisición de conocimientos ciertos sobre la constitución de estos astros.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	
Año 9.00	Año 11.00	Semestre . . . 4.00
N.º suelto . . 30 cts.	N.º suelto . . 35 cts.	Año 8.00
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
Encuadernación " " " chico " " "	8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande " " "	9.—	2.—
" " " chico " " "	6.—	1.50

Siluetas de tipos

El hijo del general

Por CARLOS LENGUAS

Era una tarde de domingo y llovía continuamente desde por la mañana temprano. La pulpería estaba muy concurrida. Paisanos, chacareros, peones, todos de buen humor a pesar del mal tiempo, jugaban a las cartas o charlaban amigablemente.

De pie, recostado a una de las puertas que daban al campo, Marcos Laguna, mayordomo de la estancia de Silveira, miraba pacientemente llover. El agua caía silenciosa, en apretada y finísima llovizna, que el insistente viento del sur empujaba en pronunciada diagonal. Una cortina de sutil niebla cubría enteramente el paisaje, y se espesaba en las lejanías hasta anegar el horizonte en una densa bruma lechosa. Aquí y allá, como manchas de sombra, veíanse diseminadas las haciendas, inmóviles, vagas, solitarias, como envueltas en una atmósfera de inmensa calma y desamparada tristeza. A no ser por algún detalle visible de movimiento, el sesgo de las ramas de los árboles, o el ritmo de la cola de un animal cercano, siguiendo ambos el mismo impulso del viento, nadie hubiera creído en la agitación inelmente que reinaba al aire libre.

De pronto, Marcos Laguna, volviéndose hacia sus compañeros, dijo con despreciativa indolencia:

—¡Ahí viene "el Capitán!"

—¡Sí!

—¡No diga!...

—¿Con este tiempo? ¿Pero no estaba enfermo don Pancho?...

—¡Qué va a estar enfermo ese langosta! Viene pisando sobre las piedritas, como un gato, para no mojarse los pies. ¡Véanlo!

Y Laguna volvióse de espaldas como para defender al que llegaba.

Sintióse un fuerte carraspeo, una tos áspera, y en el claro de la puerta apareció un hombre de aspecto miserable, ruinoso, aunque por demás efusivo. Chapoteando en el barro todavía, ya saludaba a todos en voz alta, prodigando ademanes y contorsiones.

—Se le saluda—dijo mesuradamente al pasar junto a Marcos, mirándole de través y con cierto aire de gravedad cuidadosa.

Laguna no contestó nada; volvióse aún más la espalda. Entonces el otro, cual si quisiera contrarrestar el mal efecto de aquel humillante recibimiento, prorrumpió en una loca expansión de regocijo, de gritos y de movimientos, riendo a éste, palmeando a aquél, chillando al de más allá, dándose en suma, mafia y trabajo para demostrar a Laguna que tenía amigos de sobra, y buenos, y en cualquier parte.

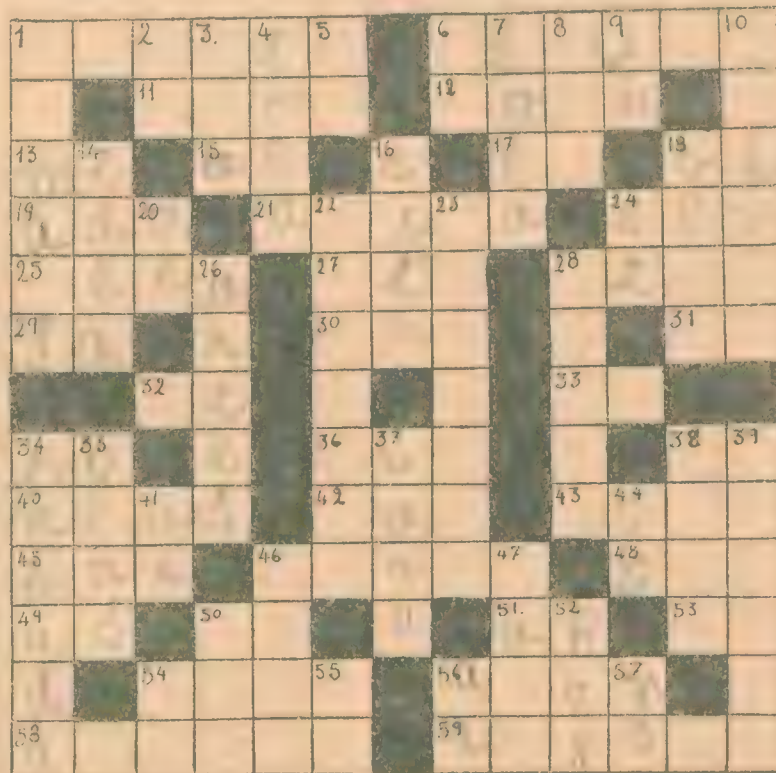
Lo deplorable fué que estos amigos no le correspondieron en debida forma, sino con palabras gruesas y bromas descomunales. Uno de ellos, sin más ni más, le aballó desconsideradamente el sombrero; otro le tiró, a traición, un manotazo al estómago, que le hizo doblarse en dos, cual si le acometiese repentinamente un acceso de torticolis.

—¡Déjame, hermano! —dijo don Pancho esquivando el bulto, al propio tiempo que cuidaba con extremo celo algo que llevaba oculto bajo el barroso sobretodo.—Mirá que estoy afectas, hermano.

—¿Afectas? ¿De dónde, capitán?

—De dónde va a estar? De donde siempre, no más: ¡del sitio de los vintenes! —acregó risueñamente un tercero, aludiendo a la inveterada mi-

PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

- 1—Especie de batata.
- 6—Alfombra de pleita.
- 11—Voz de verbo.
- 12—Primer rey de los hebreos.
- 13—Nota musical.
- 15—Contracción.
- 17—Pronombre.
- 18—Virtud teologal.
- 19—Nombre de mujer.
- 21—Ciudad de España.
- 24—Voz de verbo.
- 25—Cesta con asas.
- 27—Letra griega.
- 28—Igual que madre.
- 29—Interjección.
- 30—Una de las islas Molucas.
- 31—Contracción.
- 32—Cómo se denominaba a la nota do antiguamente.
- 33—Nota musical.
- 34—Río de Italia.
- 36—Indignación, enojo.
- 38—Nota musical.
- 40—Tienen los pájaros.
- 42—Infinitivo de un verbo.
- 43—Caudillo árabe.
- 45—Casa propia u hogar.
- 46—Guía de los navegantes.
- 48—Diámetro principal de una curva.
- 49—Carta de la baraja.
- 50—Nota musical.
- 51—Infinitivo de un verbo.
- 53—Río de España.
- 54—Con 365 se forma un año.
- 56—Extremidad superior de las aves.
- 58—Voz de verbo.
- 59—Nombre de mujer.

VERTICALES

- 1—Voz de verbo.
- 2—Pronombre dativo o acusativo.
- 3—Voz de verbo.
- 4—Lo que fabrican las arañas.
- 5—Voz de verbo.
- 6—Lo mismo que el anterior.
- 7—Habitación principal de una casa.
- 8—Pronombre latino.
- 9—Pronombre personal.

- 10—Célebre escritora y pedagoga española.
- 14—Lo mismo que pensamiento.
- 16—Señalamiento de día y hora para verse.
- 18—Lo que cuida de aumentar todo artista.
- 20—Terminación de los verbos de la primera conjugación.
- 22—Participio de un verbo.
- 23—Nombre de una célebre logia que influyó en la Independencia Americana.
- 24—Tiempo de verbo.
- 26—Lo que son la pintura y la escultura.
- 28—Inventor de un sistema de telegrafo.
- 34—Porción que la pala puede coger de un golpe.
- 35—Hay en el mar.
- 37—Lo que no es frecuente.
- 38—Voz de verbo.
- 39—Círculo rojizo que limita ciertas apostemas.
- 41—Terminación de verbo.
- 44—Dativo o acusativo de pronombre personal.
- 46—Lo que no quieren hacer los almaceneros y otros eros.
- 47—Color que significa modestia.
- 50—Apellido de un conocido paisajista español.
- 52—Bebida alcohólica.
- 54—Lo que hace el que es generoso.
- 55—Interjección para detener a las caballerías.
- 56—Terminación de verbo.
- 57—Adverbio de negación.

Solución del problema anterior



SI VD. TOMA LAS INSUPERABLES

Pastillas RIN-RIN

es posible que a pesar del cambio de estación, no conozca el efecto desagradable de la tos.

Precio de la caja grande, \$ 1.00 La caja chica, \$ 0.45

AL PEDIRLAS, NO ACEPTE SUSTITUTOS

sería del capitán.—¡Págale el biter, no más, ¡y verás cómo se desafeta en seguida!

Don Pancho hizo un gesto triste y vago.

—No, amigo, no crea—dijo frunciendo las ásperas cejas,—estoy afectado.

—¡Suelta, pues, la declaración, y dejese de retrancas!

—Bueno. Voy a declarar con todos los formularios de un hombre honrado—respondió don Pancho con lento y dignísimo acento.—Hay un ser personal (¡él se creó un hombre, gente, pero no lo es!) que ofende con la palabra y muerde con los dientes de una culbra manchada y reptil. ¡Un bicho rabioso de Paster!

—¡Oigalé!

—¡No diga!

—¡Sí, señor! Y este bicho, este rabioso, se ha permitido ofenderme,

diciendo en pública voz y fama que yo ¡yo! ¡un ciudadano magistrado! soy... ¿qué dirán ustedes, vamos a ver!... Pues ha dicho que soy un mamao, ¡un mamao!

—¡Y acertó!

—¡De verdad!

—¡Clavada, amigo clavada!

Todos reían a más y mejor, burlándose abiertamente de los escrúpulos y las susceptibilidades del capitán; pero éste no cejaba en su empresa, manteniéndose en actitud seria y agraviada.

—Permítanme, permítanme—dijo con porfiada y altiva dulzura. Aquí se trata de la altisonancia ¿entienden? del término mal empleado, falluto, de la injuria y del agravio. ¡De eso! Porque... vamos a ver... ¿por qué decir mamao y no ebrio?

Un hombre ¡claro! puede tener un vicio, una debilidad, ¡y es ebrio, naturalmente! Esto es lo gramatical y lo literario, y se puede decir, porque no ofende, como lo otro. ¿Dónde se ha visto que en un diario, pongo por comparación, se diga que un individuo fué reducido a prisión "por mamao"? ¡No, señor! Se dice "por ebriedad y escándalo". ¡Así, así está bien! Pero de la otra manera... ¡miren! ¡no me vengan con esos dictérios y anatomías de loco sinvergüenza! ¡Y mucho más peor si el vocabulario ofende a una persona que no es un cualquiera! ¡Decirme a mí eso! ¡A mí! ¡A mí! ¡A un hijo ¡nada menos! del heroico y magnánimo general don Juan Prudencio Gutiérrez, mi difunto padre! ¡A mí!

Y conmovido, excitado, resoplando de coraje, el capitán paseábase gallardamente y dirigía miradas ardorosas a todos los presentes, sin excluir al mismísimo Laguna. Tan exaltado estaba, que se atrevió a provocar a éste, añadiendo lo que sigue:

—¡Es que no todos son hombres! ¡No son! ¡Esto lo digo y lo certifico aquí y en cualquier parte! ¡No todos son hombres! ¡No son! ¡agregó con tonante acento, golpeando repetidas veces sobre una mesa.

Hubo un silencio; algunos rieron. Laguna volvióse lentamente, y enarandose con el capitán, preguntóle con voz áspera:

—¿Oye, lo decís por mí?

Don Pancho se estremeció un segundo, como si lo picara una avispa; pero inmediatamente hizo el sordo, concentrándose todo él a afirmar su herencia y sus bríos, frunciéndose, abanicándose con el sombrero, carraspeando jactanciosamente.

Laguna le sacó de su empeño que-

drentador, dándole un terrible manotazo sobre el hombro, acompañado de esta sabrosa galantería:

—¡Che, basural! Te hablo yo. ¿Qué decías?

¡Oh, sublime y ridículo! Al sentir don Pancho el golpe en el hombro, se dobló instantáneamente por las rodillas y escurrióse veloz como gota de agua sobre el piso polvoriento. Luego, a la distancia, como haciéndose de nuevas, como si su huida nada tuviera que ver con el pánico que le produjera aquel recio manotazo, dióse a simular, o mejor dicho, a explicar el motivo de su bochornosísima actitud.

—¡Pobrecita! Casi me la lastiman! —decía don Pancho hablándole a cierta cosa que llevaba oculta bajo el desarrapado sobretodo. ¡Pobrecita!

Y estiraba los labios como para besar. Hubo curiosidad general de enterarse de aquel misterio, y todos se acercaron a don Pancho, que acariciaba un animalejo de pluma oscura incómodamente prendido en el bolsillo superior del saco.

—¡La quiero como si fuese una criatura! —murmuraba el capitán, pasando a contra pluma su violácea y trémula mano de borracho sobre el lomo de una pequeña lechuza, víctima expiatoria de sus inconscientes ternuras de alcohólico, evidentemente manifestadas en el ritmo inarmónico de su mano descarriada, acariciando siempre a contra pluma.

—¡Vean si me da asco este individuo! —exclamó Laguna, y escupió fuerte. ¡Se precisa no tener vergüenza para andar haciéndole mimos a un bicho de porquería! ¡Se precisa!

Y se volvió indignado, asomándose a la puerta y respirando con ansia el aire fresco y húmedo del campo. Aun desde allí, no cesaba de mover amenazadoramente la cabeza. ¡Por qué? ¡Por qué le provocaba y ofendía de aquel modo tan violento y obstinado? ¡Y quién era aquel infeliz que de tal suerte soportaba las injurias y los desprecios, sin esbozar siquiera una débil protesta varonil?

Marcos Laguna era un hombre trabajador y honrado, muy querido en toda la sección, pero de malísimas pulgas para tratar con los viciosos, los pícaros y los holgazanes. Y estas tres condiciones deplorables las poseía don Pancho con hartura y, lo que es peor, complicadas con cierta jactancia de valimiento personal adere-

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. AMADEO NATALE

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. GARULLA

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente
enfermedades internas
Méjico 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0810

Dr. VICTOR MORASCHI

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216

Dr. A. R. ZAMBRINI

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oídos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 728 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor
Sehileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 — U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO

MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospita-
les San Roque y de Niños de la Capital
Federal. — Señoras y Partos.
Bm. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

zada por irrisorio matonismo. Orgullos de su origen, de nombre de su padre, caudillo de irrisuible prestigio, don Pancho desvivíase por recordarlo en todo momento, viniere o no viniere al caso, comunicando a su voz, entusiástica y respetuosa entonación; y sin olvidar jamás de quitarse el sombrero antes de comenzar la apología paternal.

Así es que, aquella tarde, a pesar del incidente con Laguna, halló ocasión para renovar sus filiales remembranzas.

—¡Mi difunto padre — exclamaba, mirando hacia el vacío, cual si evocase su imagen veneranda, — mi ilustre

padre, el heroico y magnánimo general don Juan Prudencio Gutiérrez! ¿Quién era el hombre que se le ponía al lado, ni siquiera para limpiarle las botas? Vamos a ver, ¿quién? ¡Nadie, pues, nadie!

Con gran sorpresa suya, alguien le interrumpió, surgiendo como un fantasma desde un rincón de la pieza. Era un viejo de elevada estatura, modestamente entrazado, que llevaba el largo pelo gris sujeto por una vincha. Le llamaban don Simón. Al verle, el capitán tornóse mohino y muy inquieto.

—¡Callate! ¡Haceme el favor de callarte! — dijo aquel sujeto con voz

solemne e imperativa. — ¡Hace rato que te estoy escuchando y no puedo dejar que mintas así, como un trompeta, en mi presencia. ¡Vos no sos hijo de ningún general! Vos, lo que sos, es lo que yo voy a decir ahora. ¡Oiganlo todos! Este individuo no es de estos pagos; es de muy lejos de aquí... es de Pando. Allí tenía padre, pero de adevéras. Se llamaba Patricio Gutiérrez. Era un hombre bueno, pobre y muy desgraciado, porque adolecía de una cojera muy fuerte y a más temblaba siempre de todo el cuerpo el infeliz. Ese que ven ahí, encariñado ahora con una lechuza, era su hijo único, y un día, sin saberse la causa, fuyó del pago el cachafaz, aunque no tenía en ese entonces más que quince años. Rodó por todas partes; fué peón de estancia, polecía, soldado y al fin entró al servicio del general Gutiérrez como cochero; después, cuando vino la guerra del 86, sirvió con las fuerzas del general con grado de teniente de guardias nacionales (él se hace ahora capitán). ¡Cachafaz! Cuando me acuerdo del pobre viejo Patricio, ¡me da una pena!... El desgraciado esperó mucho tiempo al hijo fuido; a veces me encontraba con él y me interrogaba si sabía alguna noticia. Como yo le decía que no, el infeliz temblaba más de su enfermedad y tenía que asujetarse de las paredes para no caerse. ¡Las lágrimas le saltaban de los ojos! ¡Tan desgraciado y tan solo! Al fin se murió, abandonado como un perro... Y ahora decime — exclamó don Simón indignado, dirigiéndose a Laguna: — ¿crés vos, crés, que ningún cristiano de conciencia es capaz de negar a su padre de adevéras? ¡Mirá! Si hasta creo que el bicho que lleva ahí ese desgraciado, no sería capaz de negar a su padre, por feo y sucio que fuese el lechuzón! ¡Cuanti más un hombre, un cristiano!

—¡Naturalmente! — dijo Laguna con brioso acento. — ¡Pa eso el hombre tiene cara y manos, y vergüenza, y no pesuñas y trompa sucia de barro, como los chanchos!

Y su mirada relampagueante se posó un momento en el capitán, que, acurrucado en un banco y dando las espaldas, parecía entretenido aún en murmurar cariños insensatos a su miserable lechuza...

—¡La quiero como si fuese una criatura!

Las vírgenes del Erecteo

Sobre la colina de la Acrópolis, entre las ruinas que cubren el suelo como testigos inmortales de la grandeza de Atenas, alza sus muros carcomidos y sus columnas mutiladas el templo de Erecteo, unido por las tradiciones más venerables al origen de la metrópoli.

La singular disposición de su planta, caso excepcional en la arquitectura helénica, presenta tres santuarios diferentes dedicados a sendas divinidades: Erecteo, uno de los reyes primitivos de Atenas, Neptuno y Minerva Poliada, la diosa protectora de la ciudad.

Cuando Poseidón y Atenea se disputaron el patrocinio de la nueva población, cada uno hizo un don a la ciudad recién fundada por Cecrops. El señor de los mares hirió la roca con su tridente y de la Peña Abierta surgió el caballo. La diosa de la sabiduría hizo brotar al golpe de su lanza el olivo que se conservaba religiosamente dentro del santuario de Minerva Poliada, levantado en el lugar mismo donde se efectuó la memorable contienda.

La parte de Erecteo, consagrada a Pandrosio, la hija de Cecrops, tiene adosada a su flanco meridional una tribuna de reducidas dimensiones. Nada más simple que esa pequeña construcción. Un zócalo rectangular, apenas moldurado, sobre el cual descansan seis soportes que sostienen una ligera cornisa arquitraba.

Los soportes no son columnas ni pilares. Por una inspiración genial, sus arquitectos Filocles y Archilocos, reemplazaron a aquellos por seis encantadoras figuras de mujer. El conjunto es de efecto incomparable. La arquitectura no ha sido capaz de crear nada que sea más armonioso ni que posea mayor gracia que ese pequeño templete de mármol.

La sustitución de la columna por figuras humanas no era desconocida en el arte griego. En Agrigento, el templo colosal del Zeus Olímpico, tenía en su interior, a guisa de grandes ménsulas, poderosos Telamones que sostenían la techumbre sobre sus hombros. El pequeño tesoro de la ciudad de Cnido en el santuario nacional de Delos presenta también en su fachada un pórtico con dos figuras femeninas que sonríen con el "rictus" característico del arcaísmo y que preludian ya, a un siglo de distancia, las deliciosas "coras" del Erecteo.

A continuación de esos ejemplares, muchas caridades se han hecho después con mayor o menor acierto. Algunas de ellas son sin duda admirables, pero ninguna puede paragonarse a las seis vírgenes de la Acrópolis en las cuales el

genio griego fijó para siempre el tipo de la columna femenina.

Se ha dicho que las caridades del Pandroseon representaban a las doncellas de la ciudad de Caria en Asia Menor, que se alió a los persas, traicionando la causa de Grecia. Los griegos, que redujeron a la esclavitud a sus mujeres, las habrían representado en las figuras del Erecteo.

Basta observar a éstas para comprender cuán poco fundada es esa hipótesis. No son cautivas agobiadas por la desventura — no son esclavas inclinadas bajo el yugo. Son simplemente las "coras" atenienses — las mismas que compartían con los efesos los juegos del gimnasio, las que tejían el peplo sagrado de Minerva y lo ofrendaban a la diosa en la fiesta de la Panateneas.

Se han esculpido numerosas caridades que gesticulan bajo el peso de su carga o que la llevan con torpe inconsciencia. No son así las del Erecteo. Penetradas de la grandeza de sus funciones, llenas de serenidad y de fuerza, desempeñan dignamente la misión que las manifiesta de pie, frente al sol, junto al templo venerado de la Acrópolis.

Una de sus piernas está rígida, la otra en flexión. Los pliegues de la túnica acarician suavemente los

senos, subrayan la ondulación armoniosa de las caderas y caen verticales sobre el suelo como las estrias de un fuste de columna. La cabeza no tiene señal alguna de padecimiento ni de protesta. Se eleva majestuosa sobre el cuello robusto coronada por un capitel esculpido que ofrece amplia base al entablamiento. Se advierte al primer golpe de vista que el soporte está en exacta proporción con el peso de la carga soportada. Ni de masiado débil, ni vigorosa en demasía, la caridad lleva su fardo sin alardes importunos pero sin dar muestra alguna de dolor o pesadumbre.

Y he aquí cómo las vírgenes del Erecteo dan a la humanidad, impregnada con el hábito de la su preta belleza, una lección de ética admirable y fecunda. Todos los mortales — estirpe atribulada de Deucalión — hemos de sostener sobre los hombros una carga más o menos pesada. Como dicen los esoritores ascéticos, cada uno ha de llevar su "cruz". Pero queda librado a nuestra voluntad y a nuestro esfuerzo el sobrelevar esa carga con la noble dignidad, con la serena actitud de las canéforas del Erecteo que desde lo alto de la Acrópolis, entre los mármoles destruidos, junto a los templos profanados, hacen brotar como una flor en medio de las ruinas la sonrisa de su eterna juventud.

Román BERRO.

EL TEATRO

CRÍTICA-GLOSAS -HUMORISMO-

FUE MUY APLAUDIDO "AQUÍ ESTOY PORQUE HE VENIDO"

Una nueva producción han hecho estrenar, esta vez en el Apolo, los conocidos autores Carlos Goicoechea y Rogelio Cordone. En esta ocasión, sin descuidar la nota regocijante, han efectuado los saineteros una intencional para amalgamar lo risueño con lo serio. La mezcla ha sido realizada con un buen sentido de la dosificación, de suerte que el ensayo resulta feliz. La nota festiva está a cargo de un personaje que recobra su optimismo frente al alcohol y el dinero, dos debilidades que son de muchos en la vida, y la parte sentimental con que se cierra la pieza, está igualmente bien lograda, dejando un poco de melancolía en el público.

Quizás por falta de ensayos, la obra que nos ocupa fué interpretada lentamente, perdiéndose por esto algunos efectos teatrales. La señora Bernal fué la más eficaz intérprete.

"LA BONDAD" DE MUÑOZ SECA, EN EL MAYO

El rey del astracán, don Pedro Muñoz Seca, tiene amplios dominios en la república de la risa, tantos, que nadie sabe hasta dónde llegan. Cada año, su cosecha cómica es abundantísima, capaz de proveer y dar para vivir a toda la farándula española. Cansado quizás de tanto éxito de humildad, Muñoz Seca, de vez en vez, invade el terreno de la gravedad, y es allí donde su producción sale poco menos que resentida por la helada.

La observación no es nuestra, desde luego, ni nueva. Se viene repitiendo de algún tiempo a esta parte.

Con "La bondad", el autor de "La venganza de don Mendo", se propuso hacer una comedia seria, hasta de cierta trascendencia y, una vez más, falló. Con la misma ilógica con que construye sus disparates graciosísimos, quiso construir una obra casi dramática en el fondo. Y esto no puede ser. No puede ser el casamiento del protagonista con la mujer desamparada, no puede ser su perdón por la falta de ella, no puede ser nada. Y no puede ser nada, porque nada es lógico ni verosímil en "La bondad", que sólo vale por los pasajes cómicos, esto es, por lo que hay de Muñoz Seca astracanalista.

Las actrices señoras Concepción Olona, Gil, García y los actores Rupert, Casali y Alcárdi, se desempeñaron con bastante eficacia.

ESPECTRAL

El trágico actor José Gómez, que siempre tomó en serio el oficio de cómico, está empeñado en llevar quién sabe a cuántas representaciones "Los espectros". El público hasta ahora responde, quizás por el prestigio de la obra y el recuerdo de las versiones del célebre Zaccani... y de Gómez.

Gómez, pues, "zacconiara" hasta que el público se cansa de cosas espectrales. Y parece que hay para rato. Por el barrio de Miguelito, desde que se da la obra de Ibsen el vecindario tiene alma de sepulcrista...

"EL PLATO DEL DÍA", de Dupuy de Lome, Botta, Osorio y Alberti, en el IDEAL

La nueva revista confeccionada por los proveedores exclusivos de la casa, ha reemplazado a "Con todas las de la ley", sin que pueda decirse que la haya superado, a no ser en la parte musical, del maestro De Bassi, que es evidentemente de mayores méritos que todas las demás allí estrenadas.

Nos presentan los numerosos autores de la pieza, una serie de cuadros de revista, que no son más que eso, cuadros de revista, recitados, cantados o bailados sin otra novedad que las variantes de que son susceptibles esas usuales manifestaciones del teatro espectacular. Merece especial mención el maestro Alonso, director de los bailes, algunos de los cuales son de muy buen efecto. Los decorados son adecuados, aunque en ellos no se ha derrochado mucho. El cuadro titulado "No morirás, pero te irás secando", a pesar de su vicio de origen, es, indudablemente, el más ingenioso, así como "Pero hay muchas melenas", en el que no faltan los chistes de buena ley.

En fin, se trata de una revista ni mejor ni peor que las anteriores, con la que la compañía del Ideal podrá ir desarrollando desahogadamente su temporada con la buena acogida que hasta ahora le viene dispensando el público.

LA CASTIDAD, EN EL SARMIENTO

Conocido es que el público que frecuenta el Sarmiento, especialmente en las secciones de la tarde, lo constituye lo que generalmente se denomina "Familias" en el

argot teatral. Son chicas sentimentales, señoras jóvenes, padres y madres de costumbres tradicionales y, en fin, un conglomerado de personas virtuosas a quienes gusta reír discretamente, sin exageraciones, y llorar superficialmente, sin emoción. Dentro de este marco debe estar encuadrada la nueva pieza que la compañía Ratti ha de estrenar en estos días. Se titula "Susana, la casta" y es adaptación de una "pochade" alemana vertida al castellano por A. Fernández Arias. Se anuncia que está "vertida", pero no sabemos si estará "divertida". (Se explica este chiste en razón de la procedencia de la pieza).

DOS ESTRENOS EN LA COMEDIA

La compañía que viene actuando en el teatro de la calle Carlos Pellegrini, alterna en su cartel desde el principio de la temporada, el sainete y la revista suntuosa, géneros que cultiva con éxito y para los cuales dispone de un elenco numeroso y bien disciplinado que le proporciona el seguro favor del público.

Su cartel ha sido renovado últimamente con dos producciones bien acogidas. "El camino de todos", de Carlos Arniches y José Estremera, tiene las calidades peculiares a esta clase de producciones, en las que se alternan la nota seria y la jocosa sobre asuntos de índole costumbrista. No es, sin embargo, esta pieza una de las más afortunadas del popular autor de "Las grandes fortunas", pero tiene valores suficientes como para llenar cumplidamente

al ánimo del espectador con la emoción de las cosas raras pero intensas. "El delirio del hotelero Bassá", ha sido traducida al castellano y estrenada en el teatro Smart por la citada actriz, proporcionándole a la misma un gran éxito. Esa obra era ya conocida entre nosotros por haberla representado en el rollo María Melato en la actual temporada. La traducción mantiene los valores de la obra y no hay que decir que la compañía de Banca le da una interpretación muy acertada y eficaz.

UNA MUCHACHA EN LO DE CARCA

Saldías regresó de su viaje al viejo mundo con las valijas cargadas de... comedias. El popular sainetero iba apuntando cuanto veía en Europa y, según el tiempo se lo permitía, daba forma teatral a sus observaciones. En París, para no perder detalle, adquirió un microscopio de los más perfeccionados.

Primer fruto escénico de ese viaje, es la pieza titulada "La muchacha de Montmartre", la que, salvo una catástrofe sísmica, ha debido ver la luz de las candilejas el viernes en la catedral del género chico, vulgo, Nacional. Esperamos referirnos a esa chica en el próximo número, y esperamos, también, que esa chica sea linda.

LOS CAMINOS DEL MUNDO

Son tantos los que existen en nuestro planeta, que no prevemos por cierto cuáles

¿Qué es el sol de media noche?

El fenómeno de los veranos árticos

Para los que tenemos la suerte o la desgracia de vivir en países templados, donde sólo por referencias podemos tener una débil idea de lo que pasa o se ve en las regiones polares, tiene algo de maravilloso y extraño este fenómeno, por su nombre el más poético de cuantos estudia la astronomía: el "sol de media noche". Todo aquel que goza de cierta cultura geográfica ha oído hablar de este espectáculo natural, constante en esta época del año en los países árticos, y lo bastante curioso para atraer a Noruega y a otros puntos igualmente accesibles de dichos países un sin fin de turistas, ávidos de presenciar algo nuevo e interesante; pero son relativamente pocos los que, sin haberlo visto, comprenden lo que el fenómeno significa y cuáles son sus causas.

El nombre singular y aparentemente paradójico de sol de media noche se da al aspecto que la órbita solar presenta a las doce de la noche, vista desde los polos próximos al círculo ártico, en la época del solsticio de verano. Hay también un sol de media noche, en el solsticio de invierno, en el hemisferio meridional; pero en este caso el fenómeno tiene para el hombre un grave inconveniente, cual es la dificultad en ir a verlo por no haber en aquellas regiones tierras habitadas. El fenómeno consiste en que al dar las doce de la noche el astro rey, en vez de desaparecer del firmamento, queda como en equilibrio sobre la línea

del horizonte, o bien a cierta altura por encima de ésta, posición que depende de la oblicuidad del eje terrestre respecto del plano en que la tierra gira alrededor del sol.

Empecemos por recordar que la tierra, durante su paseo anual en torno del sol, lleva su eje de rotación inclinado y siempre en la misma dirección. Como consecuencia, cuando la tierra está en un cierto punto de su órbita, el Polo Norte mira hacia el sol, y cuando el planeta se halla en el punto opuesto el mismo polo mira al lado contrario, y es el Polo Sur el que se vuelve hacia el astro, centro del sistema. Siendo la inclinación del eje de unos 23 grados y medio, este mismo ángulo representa la distancia a que el sol parece retirarse, tan pronto al norte, tan pronto al sur del Ecuador. El 21 de junio, o sea el solsticio vernal, el sol aparece a 23 grados y medio al norte del Ecuador, y el 22 de diciembre, o en el solsticio de invierno, aparece a 23 grados y medio al sur.

Tal es el fenómeno llamado sol de media noche. Para presenciarlo, numerosos turistas acuden a las costas de Noruega, cerca de donde se hallan cortadas por el círculo ártico. Debido a la refracción del aire, que aparentemente levanta algo el disco del sol sobre el horizonte, el curioso espectáculo puede verse desde medio grado, o sean unos 65 kilómetros al sur de la verdadera línea del círculo precitado.

serán aquéllos que están ensayando Cámara Quiroga y sus huérfanos, para darle gusto al autor, Defilippis Novoa, quien ha puesto el título del epigrafe a su nueva labor escénica. De todos modos, confiamos en que los caminos de marras no serán trillados, pues sería de lamentarse sinceramente. Estamos tan cansados de tomar siempre el camino que nos conduce a los teatros... y de perder la noche.

"MANO SANTA"

Este título que parece tener vinculación con la madre María, Penadés y demás cultivos de las ciencias ocultas, corresponde a la nueva comedia de Ricardo Hicken, el ingeniero que rió con la mecánica celeste y con Pitágoras, para dedicarse a la mecánica teatral y a la bella Talía.

Hace tiempo que Hicken no acierta, de suerte que es de palpar que don Ricardo habrá puesto los dos manos para escribir "Mano santa".

Tal es nuestro deseo. Hablando de este autor, recordamos "Maridos caseros", aquella joyita que estrenó Parra años atrás y, francamente, quisiéramos que se nos ofreciera un pariente de esos maridos, aunque fuera político...

Si no fallan nuestros cálculos y los del ingeniero autor, a estas horas la "Mano santa" debe estar abierta en el Nuevo.

LUIS VITTONI

A pesar de que este comentario ha de aparecer un poco tarde, no queremos omitir en esta página la consignación de la pérdida que para el teatro nacional supone la desaparición de Luis Vittoni. Era una de las figuras más populares del teatro nacional y su vida, consagrada íntegramente a la escena, ha de recordarse siempre en la historia de nuestro teatro.

250-150-¡OH! ¡OH! ¡OH!"

La solución es fácil. El primer término de la ecuación es el número de representaciones, más un poco, de "Viva la mujer", en el Maipo. El segundo, corresponde a "Las alegrías chicas del ídem" y el tercero es el título de la revista que será estrenada no se sabe cuándo, pero sí se sabrá por qué, puesto que será porque haya aflorado alguna de las anteriores. Se palpa que ello ocurrirá en la presente semana.

ARTE TÍPICO MEJICANO

Desde el jueves actúa en el teatro Avenida, una compañía de arte típico mejicano, dirigida por la señorita Lupe Rivas Cacho. En el número próximo nos ocuparemos de las obras representadas y del elenco.

LIBRICA ESPAÑOLA

Constituye un extraordinario éxito la reposición de "Las golondrinas", del malogrado maestro español Usandizaga. La compañía Oasenave le da una excelente interpretación, que contribuye al notable suceso del teatro Argentino y a su elevada concurrencia.

ESTRENO EN EL BUENOS AIRES

En el número próximo nos ocuparemos, si hay caso, del estreno de una nueva revista de Contursi y Alippi, titulada "Señor revista" y que merece a sus autores a la empresa mucha fe.

OTRA VEZ REVISTAS EN EL FLORIDA

Como la primera intencional no resultó, se va a insistir en la bombonera del pasaje Güemes para imponer el género revisteril hoy en boga. Los intrépidos que encaran la cruzada batallanesca son los autores Weisbach y Doblas, binomio teatral que entiende de revistas y anexos...

CASINO

Han debutado recientemente los trapeartistas a gran altura, Les Alexime y las bailarinas Irene et Federica, artistas todos que fueron recibidos con aplauso. No obstante ser muy atractivos al cartel, la empresa prepara para pronto novedades.

GRAND SPLENDID

La escogida concurrencia de esta hermosa sala, tiene ocasión diariamente de ver proyectadas en la pantalla películas notables, en las que se unen la perfección artística de la "mise en scène" con la insuperable labor de los más celebrados artistas del teatro silencioso.

Recordamos que las matinales de los jueves están dedicadas al mundo infantil y que los martes y viernes las veladas son de moda.

CAPITOL

Con salas pobladas de público selecto, desarrolla su feliz temporada este cine favorito de muchas familias de la buena sociedad. Para esta semana, el cartel ofrecerá películas grandiosas de las mejores marcas. Recomendamos, pues, los espectáculos.

PAPEL Y TINTA

Un libro de cuentos de Samuel Eichelbaum. "Un monstruo en libertad, editor Gleizer.

Desflorar un libro nuevo, resume para nosotros el encanto de una emoción nueva. Y aún más; si el libro recién llegado a nuestras manos, ostenta en su flamante tapa un nombre acreditado literariamente, entonces la emoción cede a un poderoso instinto de curiosidad que trasunta el deseo, súbito, de conocer y analizar valores nuevos esperados.

A veces, y esto ocurre con frecuencia, lo único que logramos entrever en la empresa captativa, es la sorpresa de un descendimiento de esos valores, fundamentales en toda obra. El autor, entonces, reaparece ante nosotros, disminuido, achicado frente al concepto crítico que labró el propio pedestal de su fama. De ahí, el doble interés que despierta en nosotros la reaparición de un hombre de letras acometiendo un género distinto al que le diera renombre.

Samuel Eichelbaum, autor dramático de singular talento, fuerte y original, acaba de publicar una serie de cuentos. "Un monstruo en libertad", título harto sugestivo, encierra ocho descripciones y un boceto dramático. El trabajo, en conjunto, compendia un raro esfuerzo que los méritos aislados de cada producción aportan en sus distintas formas al complejo de la labor.

Sospechamos, de acuerdo a la única definición posible del cuento, como género literario, lo difícil de su concepción y desarrollo.

Cuentistas, abundan en nuestro país. Cuentistas buenos, no alcanzan a media docena. Y, desde luego, los buenos suelen parecer malos con mucha frecuencia.

Creemos, pues, desde el punto de vista que asiste nuestro juicio, que para ser cuentista, para componer relatos que condensen vida, movimiento y forma—tres valores insustituibles en la pequeña novela,—se necesita, antes que nada, de un innato sentimiento analista que suponga caudal de extraordinarias dotes psicológicas, inherentes a la naturaleza del escritor, del escultor, al fin, de los personajes, hijos legítimos de su fantasía o imaginación.

A este factor, decisivo en las creaciones imaginarias, habremos de agregar el dinamismo instintivo que reside en todo creador capaz de animar sus ideaciones, con la expresión y el concepto—realista o simbólico—que corresponda a la concepción lograda. El otro factor, lo constituye la mera función estética que reside en la forma. Cuando a las dos condiciones expresadas se agrega el dominio del sentido externo, cuando se consigue "vestir" a personajes que "viven" y "piensan", entonces, podemos asegurar que la obra existe y el autor persiste.

Reafirmada la índole esencial, según nuestra modesta opinión, restaría a la integridad del juicio, la observación lograda en el transcurso de las lecturas brindadas por nuestros mejores cuentistas. La naturaleza de la obra está siempre de acuerdo con las modalidades de su autor. Todo producto literario, obedece al proceso psíquico que lo origina; así como toda influencia, derivación o desviación acusa y perfila en cada movimiento suyo al espíritu que lo engendró.

En vano tratáremos de desconocerlos en aquella obra que engendramos "fuera" de la órbita de nuestra personalidad.

Así, el alma del autor de "Un monstruo en libertad", flota en "presencia" a flor de cada página suya.

En la antítesis, perennidad espiritual en el libro de Eichelbaum, destaca, forjada en la autonomía individualista del escritor, con sus porciones de escepticismo, de crueldad y de sentimentalismo, una cualidad que es toda una definición: humorismo.

Samuel Eichelbaum, es, ante todo y por encima de todo, un humorista. Un humorista con una extraordinaria dosis de sutileza que vela siempre a la vista, como un párpado tibio y bienhechor, el paisaje desolado y frío de las almas vencidas por el duro sortilejo de la fatalidad; llámese esta Gorkov, Lubovitzky o Badin.

No sabemos por cuál proceso de asociación, alza ante nosotros su llama roja el espectro de Dostoievsky y recorre nuestra imaginación meridional...

El humorismo de Samuel Eichelbaum, acusa siempre el mismo tono como rasgo espiritual; sólo varía en la forma: unas veces se llama Amor; otras, Dolor; otras, Misterio. Los personajes encargados de llevar a nuestro interior la emoción, pareja y poliforme, tienen nombres judíos o criollos; pero, invariablemente, como una obsesión anímica del autor de sus días, estos personajes (podríamos decir de carne y hueso) hablan a nuestros sentidos con voz que rezuma amargura a través de la fina trama psicológica que los viste.

Qué otra cosa sugieren a nuestro espíritu, el final del noviazgo de Ana María, el calvario de Pereyra o el sueño de Polito, el niño que venció a la Muerte?

[Humorismo, humorismo que ríe; humorismo que llora; humorismo que confunde en una amable conjunción la profunda vena irónica del temperamento de su autor, con la propensión satírica que reside en él; sutilizadas ambas facultades, humanizadas, acaso.

Aparte esta condición espiritual, de valor inapreciable en el orden literario, posee Eichelbaum dotes estimables de escritor vigoroso. Su prosa es dinámica. Tiene, conservando el ritmo natural, la agilidad y el movimiento descriptivo conveniente a la mayor claridad de las ideas. El desarrollo, emplea la concisión como medio expresivo, a veces hasta la exactitud; aunque no siempre la sintaxis es precisamente un modelo. Con frecuencia, se advierte al autor sometido al influjo fonético de dicciones que aparecen en el desempeño verbal obstinadamente repetidas. No obstante, en los cuentos de Eichelbaum, los diálogos que concretan la acción, son ajustados, medidos. Los personajes razonan antes de soltar la frase. Esto sin detrimento de la naturalidad y propiedad "humanizante" en cada tipo pintado.

El color y el sabor forman la condición esencial del tipismo. Cuando se falsifican los ingredientes el producto resulta adulterado.

Leíamos un cuento de Benito Lynch. El asunto de tierra adentro; la escena el campo. Un carro atollado en un pantano; un carrero gallego (de Galicia) en el pescante. Un paisano va a "echarle" una cuarta. El gallego para "ayudarse", castiga, enfurecido, a las bestias atadas a las varas, haciendo crujir el látigo; comienza a soltar interjecciones castizas y, con sorpresa nuestra, vemos que el gallego es... andaluz.

Se concibe algo más absurdo que un gallego imprecando en andaluz o viceversa? Desde entonces, no hemos vuelto a leer al autor de "El inglés de los gúesos".

En resumen: "Un monstruo en libertad" nos deja una fuerte impresión; hay originalidad y arte. Y si, con lo primero, habría de bastar, en estos tiempos de atonía y de vulgaridad aplastantes, para ser un acierto, con lo segundo, agrega Eichelbaum un valor decisivo a su obra que señalamos como un éxito resonante.

A. HERRERO MAYOR.

Canciones de la tarde, poesías de Fermín Estrella Gutiérrez

Fermín Estrella Gutiérrez, uno de los poetas premiados recientemente por la municipalidad, ha dado a luz un segundo libro de versos intitulado "Canciones de la tarde".

Si bien en su obra "El cántaro de plata" el poeta se impuso, cosa difícil con un primer libro, ahora con el presente viene a robustecer su ya diseñada personalidad en la lírica argentina.

No diremos que la poesía de Estrella Gutiérrez marque alguna orientación modernista, ni ostente ese color de que abusan muchos poetas con lo cual restan emoción a sus versos. Estrella Gutiérrez es un escritor serio, cuyos versos hondamente sentidos, encuadrados dentro de las formas consagradas, son el producto de un espíritu sensitivo e inquieto. Sus poemas se manifiestan claros, nacen exactos y terminados, espontáneos como el gorjeo de un pajarillo, manan del vaso de su corazón como la suave esencia de la rosa encarnada.

EL FOOTBALL

EN EL RÍO DE LA PLATA

POR ERNESTO ESCOBAR BAVIO

(Antiguo cronista de sports de "La Nación")

En 360 páginas, la historia completa del popular sport en el continente, desde el año 1893, hasta la actualidad.

Adquiera un ejemplar en: Editorial Sports, Bolívar 379; Gath y Chaves, Cangallo y Florida; Jorge G. Brown y Cia., Cangallo 684; Librería Pousser, San Martín y Cangallo; Barbera, Matozzi y Cia., Esmeralda 332; Librería Moen Balder, Florida 431.

Precio del volumen: 3 pesos

Los pedidos del interior deben ser acompañados, además, de 0.30 para el franqueo certificado.

"Canciones de la tarde" es un libro de amor; amor suplica el poeta a la amada en la iniciación del nuevo año; de amor le habla al mar notando la ausencia de sus ojos, igualmente escuchando el tintineo de la lluvia la voz "al través del cristal de la ventana". Y así toda la obra, el amor canta en ella, se ve que el corazón del poeta espera la voz del niño arquero, que acaso le tiene reservado el destino.

Si en ramos a analizar el fondo de sus composiciones, reparamos que han sido tejidas por un poeta cuya sensibilidad es por demás exquisita.

Alma llena de ensañaciones, la de este escritor, mientras pasa por la vida, no quiere mezclarse al tumulto de los hombres, desea vivir su mundo; clama por la soledad, donde se ensancha el pensamiento y se agiganta la visión, por eso dice:

"Soledad, dame el soplo de tu eterna fragancia"
"y envuelve en tus sutiles redes al corazón."

Como todo ser sensible a la belleza, Estrella Gutiérrez siente también la idealidad de los paisajes y se manifiesta panteísta, como en "La emoción de la tarde", donde exclama:

"Yo no sé qué infinita vaguedad se diluye"
"en los tonos grisáceos de esta tarde de [estío]"
"todo ruido se apaga, y el horizonte huye"
"ante los ojos llenos de un hondo desvarío."

Después el poeta, aunque una fe lo alienta, siéntese embargado por las penas, como si la amada le hubiese rescatado toda la dulzura de sus labios y la piedad de sus palabras. Y, le dice, así tiernamente:

¿Quiere usted pasar unas horas divertidamente sin necesidad de ir al teatro?

LEA
PEDRÍN
BROCHAZOS
PORTENOS
POR
FÉLIX LIMA

se encuentra en venta en las librerías del centro, en Gath y Chaves, en la administración de FRAY MOCHO, Bolívar, 879, y en todos los quioscos de las estaciones de ferrocarril de la República.

Precio: \$ 2.50

"Tú no sabes, amada, cómo sufro"
"en esta espera eternamente larga,"
"es una sed que no se apaga nunca,"
"una fiebre de amor que me arrebató,"
"un continuo acicate en mi deseo"
"y un dolor de esperar lo que se tarda."

Nada se puede objetar en los versos de Estrella Gutiérrez, si fluidos y elegantes son los acentos, sonoras y correctas son aquellas donde se impone la tiranía de la rima.

Estrella Gutiérrez, con este nuevo volumen se supera; hay mayor dominio en la técnica, más originalidad en los temas y su pensamiento se desenvuelve claramente. En síntesis "Canciones de la tarde" es la obra de un verdadero poeta.

FÉLIX B. VISILLAC.

"La guerra viene del Oriente. Occidentales, alerta"

Con tan sugestivo título y con el pseudónimo de Un Ex Diplomático Europeo, ha editado la librería de Juan Roldán y Cia. un libro de rigurosa actualidad sobre la situación de la política internacional.

El autor afirma en el prefacio, que había escrito este libro dos meses antes de su publicación, y en él ha previsto todo lo que sucede, como si hubiera ido viendo antes de tener realidad las cosas. Los acontecimientos que están sucediendo en China y en Marruecos; la tendencia cada día más belicosa de la propaganda de la Tercera

OBRAS DE
Carlos Correa Luna

Historia de la Sociedad de Beneficencia
(1823-1852)
\$ 3.50

Don Baltasar de Arandia
\$ 2.50

LA INICIACION REVOLUCIONARIA. EL CASO DEL DOCTOR AGRELO—UN CASAMIENTO EN 1805 —LAVILLADELUJAN EN EL SIGLO XVIII— ANTECEDENTES PORTENOS DEL CONGRESO DE TUCUMAN.

A \$ 1.— el ejemplar

En todas las librerías y en la administración de FRAY MOCHO, Bolívar 879. Buenos Aires.

Internacional; la tirantez Ruso-Inglesa y otros hechos análogos que se acumulan como una grave amenaza para el orbe entero, son tratados clara y sucintamente por Un Ex Diplomático Europeo, quien ha profundizado los fenómenos de la política mundial, presentando al lector todo el complemento de las luchas y contrastes que batan a nuestro agitado globo en forma vivaz, dramática y atrayente.

La lectura de este libro de política es deleitante y amena porque aun tratando de tan complejo problema, está escrito en forma tal que entretiene y no fatiga, pudiendo ser leído por todos, como se lee una novela o un poema.

El libro parte del examen del antagonismo entre el Japón y los Estados Unidos, mostrando, grado a grado, cómo alrededor de este pleito y del que existe entre Rusia e Inglaterra, entre Oriente y Occidente, se polariza la acción de las luchas de los otros pueblos del Universo. El autor examina a fondo la naturaleza de la agitación asiática y especialmente de aquella India tan peligrosa para Inglaterra, y la naturaleza de la propaganda comunista, que el autor califica netamente de imperialista.

Hay además en este libro un interesante capítulo sobre la América del Sur, y en el que se habla con elogio y simpatía de la República Argentina y de su maravilloso progreso económico y social. Los lectores encontrarán también algunas observaciones hechas por el autor sobre la elegancia característica de la mujer argentina.

"La guerra viene del Oriente. Occidentales, alerta", está elegantemente presentada, teniendo la tapa un dibujo alegórico al problema que se plantea en el libro.

DUMAS, HIJO, PSICOLOGO

Más que un pensador, Alejandro Dumas, hijo; fué un psicólogo. Las consideraciones que esparce con profusión en sus escritos revelan su espíritu de observación.

He aquí algunas finisimas:
"Antes de amar a alguien, se siente la necesidad de amar."

"En todos los errores de la vida se cree siempre tener una excusa."

"Dios está en todas partes: dejémosle hacer y no le juzguemos hasta que haya acabado."

"Es preciso amar; no importa a quién, o a qué cosa, o cómo, con tal que se ame."

"La cadena del matrimonio es tan pesada que hace falta que se unan dos para llevarla; algunas veces, tres."

"¿Sabéis qué es el deber? Es lo que se exige de los otros."

"O las mujeres no piensan en nada, o bien piensan en otra cosa."

"De diez mil hombres hay siete mil u ocho mil que aman a las mujeres, cinco mil o seis mil que aman a la mujer, uno que ama a una mujer."

"Los hombres tienen alguna vez el derecho de hablar mal de las mujeres, pero jamás de una mujer."



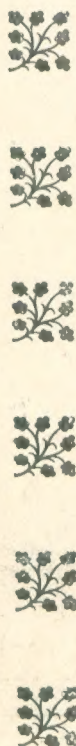
ALREDEDOR DEL MUNDO



Gozando de uno de los más bellos panoramas del mundo. — Obreros pintando los cables del puente de Brooklyn. El menor descuido puede significar una impresionante zambullida en el East River.



Veintinueve tarpones en un solo día. — Walter B. Olson, de Saint Petersburg (Filadelfia), retratado con una parte de los tarpones que pescó. El más pequeño pesaba 40 libras y el mayor 180.



Miss Ruth Malcolmson, de Filadelfia, ganadora en el concurso de belleza nacional, realizado en Atlantic City, recibe el título de Princesa Ci-ca-ke-po-nee de la tribu de indios Black-foot (Pies negros), en Minneapolis.



APROVECHE los REGALOS de ALHAJAS

finas de oro y brillantes, y de espléndidos objetos de arte y fantasía, con que se obsequia a las señoras consumidoras del acreditado

POLVO GRASEOSO

LEICHNER

a cambio de los cupones que contienen todas las cajas de este delicioso producto, único para embellecer el rostro femenino, porque aclara y suaviza el cutis, y lo mantiene constantemente fresco y delicado.

Complete usted dignamente los elementos de su tocador con estos deliciosos productos:

POLVO CIELITO MÍO
AGUA DE COLONIA ANTINEA
LOCIÓN CIELITO MÍO

Recomendables por su alta clase y original y delicado perfume.

PERFUMERIA MENDEL

En BUENOS AIRES: calle Guardia Vieja, 4439
En ROSARIO, SANTA FE: calle Entre Ríos, 864

NOTA: Estos mismos regalos los tiene establecidos, en Montevideo, el POLVO GRASEOSO MENDEL